LE
I

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VI MARZO DE 1923 NÚMERO 6

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.



LA TÉCNICA DEL COMERCIO INTERNACIONAL

TODA ciencia tiene su técnica. Una buena técnica enseña métodos eficaces, fundados en sólidos principios, y conduce al éxito feliz de la empresa. Una técnica deficiente aconseja métodos erróneos, basados en falsos principios, y conduce lógicamente al fracaso.

Una de las fases más importantes del comercio internacional es la técnica de esta ciencia. Las firmas dedicadas al comercio internacional, bien sea en operaciones de exportación o importación, deben conocer a fondo aquella técnica, o, de lo contrario, emplear los servicios de una institución que posea conocimientos especiales en la materia.

THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK no sólo se ocupa de las operaciones financieras propias del comercio international: ofrece a sus clientes los conocimientos técnicos del ramo. Mediante las sucursales que ha establecido en los principales centros mercantiles del mundo, THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK está constantemente al cabo de las condiciones que prevalecen en los mercados extranjeros; y por intermedio de su Departamento de Comercio Exterior, siempre se halla dispuesto a colaborar en el fomento de aquellos mercados.

SUCURSALES EXTRANJERAS DE
THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

ARGENTINA
Buenos Aires
(Dos Sucursales)
Rosario

BÉLGICA
Amberes
Bruselas

BRASIL
Pernambuco
Rio de Janeiro
Santos
São Paulo

CHILE
Santiago
Valparaíso

COLOMBIA
Barranquilla
Bogotá
Medellín

CUBA
Sucursales en
Habana, y otras
22 localidades

INGLATERRA
Londres
(Dos Sucursales)

ITALIA
Génova

PERÚ
Lima

PUERTO RICO
San Juan
Ponce

RUSIA
*Moscú
*Petrogrado

SUD ÁFRICA
Ciudad del Cabo

URUGUAY
Montevideo
(Dos Sucursales)

VENEZUELA
Caracas

*Momentáneamente cerradas



THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

CAPITAL, SOBRANTE Y UTILIDADES POR REPARTIR:
MÁS DE 100,000,000 DE DÓLARES

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VI MARZO DE 1923 NÚMERO 6

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

JOHN W. CÁVANAUGH nació en Leetonia, Ohío, mayo 23 de 1870; educóse en las escuelas parroquiales de Leetonia y en la University of Notre Dame, Notre Dame, Indiana; fué uno de los jefes de redacción de la revista *Ave Maria* desde 1890 hasta 1905 y rector de la University of Notre Dame desde 1905 hasta 1919; al presente es profesor de literatura comparada en la University of Notre Dame; entre otras obras, es autor de: *Priests of Holy Cross*; *The Modesty of Culture*; y *The Empty Throne*.

H[ENRY] ÁDDINGTON [BÁYLEY] BRUCE nació en Toronto, Canadá, junio 27 de 1874; recibió su educación universitaria en el Upper Canada College, Toronto, en la Trinity University y la Toronto University, Canadá, y en la Hárvard University, Cámbridge, Massachusetts; es periodista y escritor, habiendo pertenecido a la redacción de varios diarios; es autor de: *The Riddle of Personality*; *Historic Ghosts and Ghost Hunters*; *The Romance of American Expansion*; *Daniel Boone and the Wilderness Road*; *Scientific Mental Healing*; *Woman in the Making of America; Adventuring in the Psychical; Sleep and Sleeplessness;* etcétera.

ELÍZABETH [ROBINS] PÉNNELL [MRS. JÓSEPH PÉNNELL] nació en Filadelfia, Pensilvania, febrero 21 de 1855; se educó en el convento del Sacré-Cœur, París, y en el Eden Hall, Filadelfia; ha residido muchos años en Europa; es esposa del artista Jóseph Pénnell; es autora de las obras siguientes: *Life of Mary Wóolstoncraft; Feasts of Autolycus; Charles Godfrey Leland* (dos tomos); *French Cathedrals, Monasteries and Abbeys; Our House and the People in It; Our House and London out of Our Windows; Our Philadelphia;* etcétera.

WÍLBUR C[ORTEZ] ABBOTT nació en Kókomo, Indiana, diciembre 28 de 1869; recibió su grado en el Wábash College, Cráwfordsville, Indiana, y estudió en la Cornell University, Íthaca, Nueva York; ha sido profesor de historia en la University of Míchigan, en el Dártmouth College, Hánover, New Hámpshire, en la Yale University, New Haven, Connécticut, y en la Hárvard University; es autor de *Colonel Blood, Crown Stealer; The Expansion of Europe;* y *Colonel John Scott of Long Island.*

ANNE CHAMBERS es el seudónimo de una escritora que prefiere ocultar su verdadero nombre; nació, ha vivido hasta el presente y se ha educado en el estado de Óregon; es autora de numerosas historietas que se han publicado en diversas revistas.

FRÉDERICK E. PIERCE nació aproximadamente hace cuarenta años en el estado de Connécticut; recibió su bachillerato en la Yale University, New Haven, Connécticut; desde 1906 ha sido profesor de inglés en dicha universidad; es autor de numerosos textos y tomos de poesías.

RUTH ROSE es una de las ayudantes de Wílliam Beebe, el ornitólogo, en la Tropical Research Station de Kartabo, en la Guayana Inglesa.

HENRY WILKES WRIGHT nació en Saint James, Míchigan, agosto 16 de 1878; obtuvo su diploma de bachiller en la Cornell University, Íthaca, Nueva York; ha sido profesor de filosofía en la Cornell University y al presente es profesor de filosofía y ética en la University of Manitoba, Canadá; es autor de: *Self-Realization*; y *Faith Justified by Progress.*

Inter-América

MARZO DE 1923

ESPAÑOL: VOLUMEN VI — NÚMERO 6



EL PADRE ZAHM

POR

JOHN CÁVANAUGH

El autor presenta al público, con relieve interesantísimo, la eminente figura del padre Zahm, piadoso y erudito sacerdote. La descripción de su carácter y de sus obras despierta muy intenso el deseo de conocerle más íntimamente en sus libros. A pesar de las controversias surgidas con motivo de la orientación científico-liberal de sus escritos y conferencias, su fe inconmovible y su profunda piedad cristiana han hecho de él uno de los campeones más venerados del catolicismo ilustrado en nuestros días.—LA REDACCIÓN.

CUANDO el padre John Agustine Zahm, de la congregación de la Santa Cruz, falleció en Munich, Baviera, en las primeras horas de la mañana del 10 de noviembre de 1922, sus amigos juzgaron prematura esta muerte, a pesar de que había cumplido los setenta. Los sabios afirman que la longevidad y la estatura se cuentan entre las cualidades heredadas con mayor frecuencia, y el padre Zahm procedía de una familia de larga vida. En cierta ocasión me contó que uno de sus abuelos había muerto a la edad de ciento cinco años en circunstancias especiales. Encaminóse a pie a la iglesia un domingo por la mañana, en ayunas como de costumbre, y recibió la sagrada comunión, regresando luego a su casa. Mientras servían el desayuno se reclinó a descansar en un sofá, y cuando le llamaron algunos minutos más tarde encontraron que había fallecido apaciblemente sin que signo alguno lo pronosticara. Es probable que el padre Zahm, en condiciones ordinarias, hubiera alcanzado una edad venerable, porque aun cuando llevaba una vida extremadamente laboriosa, era también extremadamente sobrio y metódico; pero hacía algunos años que su corazón no marchaba bien a consecuencia de excesiva fatiga física, y cuando le atacó la neumonía, su organismo no pudo resistirla.

La piedad era otra de las cualidades que había heredado. Los Zahm eran oriundos de Alsacia, y tenían más de la raza alemana que de la francesa, entre aquel pueblo mezclado. Fe sencilla, carácter intrépido, tenaz perseverancia, economía honrada, eran sus rasgos distintivos. Su madre, Mary Ellen Bráddock, pertenecía a la familia del general Bráddock, famoso en la historia de los primeros tiempos de los Estados Unidos. Tenía muy definidas las cualidades irlandesas: era piadosa, inteligente, hermosa, idealista. He observado a menudo que los descendientes de las razas alemana e irlandesa mezcladas poseen notables facultades mentales y morales. Una de las tías del padre Zahm fué eminente superiora de las hermanas de de la Santa Cruz, y tres de sus hermanas

ingresaron también a dicha comunidad. Una de ellas falleció hace pocos años con aura de heroica santidad. Uno de sus hermanos, el doctor Álbert F. Zahm, es consultor en jefe del departamento de aviación de los Estados Unidos, y tuvo parte considerable—si no la mayor después de los hermanos Wright—en la invención del aeroplano.

El padre Zahm nació en la aldea de New Léxington, condado de Perry, Ohío, el 14 de junio de 1851. Entre sus amigos de la juventud contábase Januarius Aloysius McGahan, el corresponsal más distinguido de la prensa en su tiempo, y cuyas revelaciones sobre las atrocidades de Bulgaria provocaron la ira y la elocuencia de Glădstone y despertaron la conciencia del mundo. McGahan y Zahm ocupaban el mismo banco en la pequeña escuela de madera donde se inició la preparación de sus respectivas e ilustres carreras. Cuando el padre Zahm ingresó a Notre Dame en 1867 para seguir sus estudios universitarios, el padre Sorin, venerable fundador de la universidad era provincial general (el año siguiente fué elegido superior general), y el padre Corby, el famoso capellán castrense, era el rector. Los archivos muestran que John Zahm era excepcionalmente estudioso y aprovechado, y obtuvo su grado con honores en 1871. Poco después ingresó en el noviciado de la congregación de la Santa Cruz, y a la terminación de los estudios teológicos acostumbrados se ordenó en 1875 en compañía de sólo uno de los demás miembros de la clase, el padre D. E. Hudson, que fué por cerca de medio siglo director de la revista *Ave Maria*. Fué un día afortunado el que dió a la joven comunidad y a la iglesia de los Estados Unidos dos sacerdotes tan celosos e ilustres.

Los gustos del padre Zahm se inclinaron marcadamente a la literatura en los primeros años, habiendo seguido el curso de letras y bellas artes; pero, necesitándose por aquel entonces un profesor de ciencias en la University of Notre Dame, de acuerdo con la costumbre general y, al parecer, la necesidad del momento, los superiores eligieron al joven sacerdote para la cátedra de química y física. Este campo no le atraía, y su preparación en dicho ramo había sido solamente ordinaria; pero el padre Zahm se lanzó a la brecha sin vacilar. Indudablemente ni él ni sus superiores comprendieron entonces que aquella necesidad originó una decisión que debía de ser de gran trascendencia para la iglesia católica, especialmente en los Estados Unidos. A medida que avanzó el tiempo se vió obligado a dominar y, ocasionalmente, enseñar geología y otras ciencias. Así se prepararon providencialmente los cimientos para su futura labor. Durante sus días de enseñanza brotó de sus experimentos de laboratorio aquella gran obra técnica *Sound and Music* [El sonido y la música]: texto detallado y completo, que desde entonces se usa como libro de consulta en muchas universidades subvencionadas por el estado.

Desde que estaba aún en el seminario había dado algunas conferencias públicas, y en sus primeros tiempos de profesor publicaba a menudo artículos amenos y vigorosos sobre viajes o aspectos interesantes de la ciencia. Estos artículos, empero, aun cuando eruditos y valiosos, no tenían sello definitivo. No había desarrollado todavía un estilo personal.

Por el tiempo en que sus facultades llegaban a la madurez, el mundo estaba casi enloquecido en tumultuosa y acerba discusión. Darwin había hecho estallar la borrasca con sus doctrinas revolucionarias respecto de la evolución. Muchos hombres de ciencia alejados de la iglesia conservaban muy escasa o ninguna fe cristiana que abandonar, y acogieron con agrado lo que semejaba la explosión de una bomba en el campo de aquellos a quienes calificaban de obscurantistas y retrógrados. Brillantes expositores de la nueva doctrina surgieron por todos lados, contándose entre los más distinguidos Húxley y Týndall. Hérbert Spéncer, con un esfuerzo genial, casi igual al de Kant, formuló un sistema filosófico en defensa de dicha doctrina, tan sólo para encontrar, después de muchos años a la terminación de su gigantesca labor, que el mundo había abandonado en gran parte los principios fundamentales que él enunciaba.

Es innecesario decir que tanto el regocijo sacrílego de los sabios como la alarma experimentada por los cristianos tímidos

carecían igualmente de fundamento. Conforme lo expresaban los principios universalmente adoptados en aquel tiempo, Dios es al mismo tiempo el autor de la verdad científica y de la verdad revelada, y no puede haber conflicto entre la ciencia y la religión, ambas bien comprendidas. Es cierto que algunos escritores religiosos han llevado las avanzadas de la fe mucho más lejos de lo que la religión católica demandaba o justificaba: resultado muy natural del estado general de los conocimientos en aquel tiempo y en épocas anteriores. A su vez los sabios, deslumbrados por lo que parecía una nueva visión de los principios universales, y embriagados por el excitante licor del espíritu de partido y de controversia, han extendido las avanzadas de la ciencia hasta proyecciones absurdas. Entre estos extremos yace el campo de batalla, "la tierra de nadie." Vigorosos campeones se levantaron en favor del cristianismo, hombres de erudición maravillosa e intelectualidad gigante, pero su labor no era sencilla: se requirió algún tiempo para clarificar la atmósfera, analizar los datos y exponer al desnudo los principios; y, entre tanto, la orgía de lucha continuaba.

En esta situación apareció en escena el padre Zahm en un momento extraordinariamente propicio. Los hombres más eminentes del lado de los iconoclastas habían comenzado a perder ardor en el ataque y la destrucción. Más aún; comenzaban a percatarse de que, en su insensata furia contra el dogma y la tradición, habían establecido un intolerable dogmatismo de nuevo cuño. Al mismo tiempo los teólogos adquirían serenidad, recobrábanse de la primera confusión y comenzaban a replicar vigorosamente con sus grandes cañones.

La base general de preparación científica del padre Zahm, junto con su erudición teológica y sus dotes literarias le hacían un protagonista ideal de la fe. Sus primeros ensayos como apologista del catolicismo se publicaron en el *Ave Maria*, el *American Catholic Quarterly*, y *The Catholic World*, y tenían como tesis general la armonía entre lo que él llamaba "las ciencias de la fe y las ciencias de la razón." Solamente han pasado veinticinco años desde entonces, y quien tratara ahora de escribir sobre este tema sería considerado indulgentemente como un caballero anticuado distrayéndose en rematar a un cadáver. Pero el cadáver estaba muy lleno de vida en el tiempo en que Ándrew D. White, hombre de gran reputación y mente sutil, diplomático distinguido y rector de Cornell, escribía interminablemente sobre *The Warfare Between Religion and Science* [La lucha entre la religión y la ciencia], y cuando J. W. Dráper daba a la luz pública su popular *History of the Conflict between Science and Religion* [Historia del conflicto entre la ciencia y la religión]. Además de comprobar sus tesis, aquellos primeros esbozos[1] del padre Zahm chispeaban de hechos valiosos e interesantes acerca de hombres de ciencia católicos del pasado, y constituían un gran almacén de municiones para los atareados controversistas. Del mismo tenor y calibre fué un notable volumen publicado en 1893 y titulado *Catholic Science and Catholic Scientists* con la diferencia de que en esta obra los problemas comenzaban a asumir importancia mayor y las personas importancia menor. Este libro, aunque sobrepasado en mérito por sus obras posteriores, tiene, sin embargo, considerable valor y trascendencia.

Hasta este momento, el padre Zahm contaba con el apoyo unánime de los católicos. Mientras se mantuvo dentro de las viejas fortalezas sin aventurarse en nuevos campos de batalla ni hacer uso de armas extrañas, disfrutó no sólo de fama creciente entre los fieles, sino asimismo de la aprobación decidida de todos los eruditos católicos. Pero por aquel entonces se produjo en el país el interesante movimiento de que brotaron la todavía vigorosa Catholic Summer School de Pláttsburg, la Western Catholic Summer School, ahora difunta, de Mádison, Wisconsin, y la nunca vigorosa Catholic Winter School de Nueva Órleans. Todas estas instituciones de educación invitaron al padre Zahm a dar conferencias en sus aulas, y él eligió audazmente como asunto uno de los tópicos más difíciles, delicados y peligrosos que un apologista católico

[1] *What the Church Has Done for Science*, y *The Catholic Church and Modern Science*, Notre Dame, Indiana.

pudiera tratar. No puede haber duda alguna acerca de su integridad, su celo o la elevación de sus miras al escoger aquellos temas. La pasión dominante de toda su labor sacerdotal era un ansia intensa por la gloria de Dios y el triunfo de la iglesia. En su concepto, demasiados sabios católicos habían manifestado en su defensa de la iglesia una timidez que parecía casi rayana en debilidad de su fe. Analizando las obras de los antiguos teólogos y apologistas y especialmente los escritos liberales y profundos de los grandes padres de la iglesia, encontró una fortaleza, un poder y una libertad que parecían entonces igualmente necesarios para establecer en la plenitud de su fuerza las verdades del cristianismo en la época presente. Los problemas que discutía habíanse infiltrado, a favor de diarios y revistas asimismo que de libros, en la conciencia general, de suerte que sentía la convicción de que audiencia como la que frecuentaba la escuela de verano recibiría su mensaje con interés y discernimiento suficientes. Los periódicos citaron sus conferencias en forma algo sensacional, con el buen resultado de que todo el mundo las leyera y las comentara; y muchos de quienes consideraban la iglesia tan anticuada como la mitología pagana se vieron constreñidos a modificar tal concepto, en tanto que los católicos en general comprendieron que un nuevo y vigoroso campeón había ingresado a sus filas.

Resultado no tan satisfactorio fué el que ciertos eruditos católicos se alarmaron, temiendo que la iglesia se viera en el caso de necesitar un defensor contra algunos de sus defensores. El padre Zahm se convirtió instantáneamente en tormentoso centro de controversia dentro de la iglesia: un partido influyente y brillante le atacó con viveza, al mismo tiempo que otro, no tan numeroso pero probablemente más brillante, le defendía con igual ardor. El volumen que contiene las primeras de estas conferencias se titula *Bible, Science and Faith*, y trata los problemas de los días del Génesis, la universalidad del diluvio y la edad de la raza humana. Dicha obra representa todavía la exposición mejor de tales temas que se haya publicado en inglés por un sabio católico. Al mismo período pertenece también *Scientific Theory and Catholic Doctrine*, que se concentra más particularmente en el tema de la evolución, frente y centro de la falanje de dificultades científicas. Evidentemente, el padre Zahm se hallaba en el proceso cristaloatómico de la actitud mental de donde pronto brotaría la más importante de sus obras apologéticas, la culminación de aquel período de su vida: *Evolution and Dogma*.

Requería valor supremo en un sacerdote discutir tales cuestiones con la franqueza y libertad de los antiguos padres. De aquellos tiempos acá, la teología se ha convertido en una ciencia altamente organizada, y hay la tendencia natural de confundir en todo lo antiguo hábitos arraigados por raíces y prejuicios por principios. Un grupo considerable de hombres eruditos y bien intencionados tenía ciertamente que sentirse agredido por la osadía de este moderno campeón. Más todavía: quienes juzgan a los teólogos como un grupo pacífico, esotérico, compacto y siempre armonioso de pensadores conocen muy poco de aquella tribu. Esto sería verdad si la iglesia fuera, como lo proclaman algunos de sus críticos, una institución puramente humana, sirviéndose de la charlatanería y el fraude y con un clero astuto y avariento que abusa de la credulidad de los fieles. Por el contrario, el teólogo católico tiene la pasión de la verdad. Y por lo mismo, se deleita tanto en coger desprevenido a un colega teólogo —especialmente si pertenece a orden religiosa distinta—adquiriendo así méritos celestiales y desempeñando un acto de caridad fraternal mediante una corrección amistosa en términos claros y vigorosos, como se deleita el jugador de *foot-ball* en recobrar la pelota que su adversario ha dejado escapar. Si la gente comprendiera la vigilancia que los teólogos han ejercido el uno sobre el otro a través de las edades, desde los primeros tiempos de la iglesia, habría mucho menos habladurías acerca de innovaciones en la doctrina y anexiones y corrupción del cristianismo primitivo. La actitud del padre Zahm con respecto a la evolución estaba claramente dentro de los límites regulares de la hermenéutica cristiana. Se alejaba tanto

de las teorías materialistas asociadas al moderno movimiento anticristiano como el más soporífero o el más inquisitivo de sus críticos. La controversia, empero, traspasó muy pronto las fronteras de los Estados Unidos. Sus obras se tradujeron al francés, al italiano y al español, y fueron tan ampliamente leídas en Europa y en la América del Sur como lo eran en la América del Norte. Sabios no católicos las comentaron en revistas; y teólogos heterodoxos las discutieron en conferencias universitarias. La controversia rayaba en furor y a veces en frenesí. Un gran publicista católico de reputación internacional y de tremenda—ésta es la palabra exacta—influencia en Roma, escribió una serie de artículos, demostrando a su placer que el padre Zahm era "un ateísta, un materialista y un modernista." Entre tanto, el suave sacerdote, cuya heroica actitud militante en obsequio a Cristo había provocado todo este clamoreo, continuaba plácido y pacífico en medio de sus libros. Estaba penetrado de la elevación de sus propósitos, de la pureza de sus intenciones, y abandonaba serenamente el resultado al infalible árbitro de la fe. Hubo, indudablemente, un numeroso y vociferante partido que clamaba por que *Evolution and Dogma* se pusiera en el Índice. Fué casi inminente pero no sucedió así;[2] y antes de que terminara su vida tuvo el padre Zahm la serena satisfacción de que las opiniones que tan valerosa y claramente había defendido fueran aceptadas como lugares comunes de la controversia católica por muchos de la misma escuela de apologistas que un cuarto de siglo antes arrojaban piedras teológicas a su cabeza veneranda.

Muchos de nosotros que conocimos íntimamente al padre Zahm estábamos persuadidos de que poseía el instinto profético. Era un verdadero vidente, y quien tiene la facultad de visión mira siempre hacia adelante. Entre otros entusiasmos de su juventud figuraba un celo ardiente en favor de la educación superior para la mujer. Realizó en este sentido en Notre Dame más de lo que se hubiera creído posible, y con sus palabras y su pluma trabajaba incesantemente por despertar análogo entusiasmo en los demás. *Women and Science* [Las mujeres y la ciencia] fué un apasionado reto al concepto general de que las mujeres son incapaces, por disposición divina, de original o creadora labor intelectual. Asimismo, *Great Inspirers* [Grandes inspiradoras] fué la historia del poder inspirador de Beatrice conforme se revela en el Dante, y de las santas mujeres que trabajaban con San Jerónimo en Roma y en Belén. Ambos volúmenes están escritos con elocuencia y fervor. Pocos hombres han tenido más exaltado concepto de la mujer cristiana que el padre Zahm. Este sentimiento era resultado del hermoso idealismo que iluminaba su vida y palpitaba en sus obras, su pensamiento y sus palabras. Era en parte una especie de refinamiento espiritual que nacía de su amor intenso por nuestra Señora y en parte el florecimiento de la sensible y delicada pureza de su mente. Heríale como un golpe todo matiz grosero de pensamiento, palabra o acción. Este hombre fuerte, a quien no arredraba la lucha ni el trabajo, poseía una mente tan delicada como la de una doncella. Pero iba más lejos aún y creía en el vigor y la belleza del intelecto femenino. Ha escrito indudablemente libros más profundos, pero ninguno tan ameno e inspirador como aquellos en que trata del alma de la mujer.

Otra fase de su labor literaria produjo una serie de libros tan diferentes y tan brillantes que hace a uno maravillarse de que procedieran del mismo cerebro. En 1906 el padre Zahm, familiarizado tiempo atrás con Méjico, hizo su primer viaje a la América del Sur. Cuatro años después publicaba la casa de Appleton el primer volumen de una serie de obras deliciosas y universalmente admiradas, debidas a la pluma del "Doctor H. J. Mozans." El título general de la trilogía era *Following the Conquistadores* [Siguiendo a los conquistadores], y los títulos especiales eran

[2] Durante la guerra reciente comprendieron los norteamericanos cuán razonables y necesarias son las funciones del Índice al suprimir vigorosamente todo aquello que tiende a debilitar la moral o a provocar disensión. El padre Esser, distinguido dominicano y uno de los funcionarios del Índice, me dijo cierta ocasión, tratándose del padre Zahm, que es deber de la congregación suprimir libros que puedan suscitar controversias inconvenientes entre los católicos. La traducción italiana de *Evolution and Dogma* parecía destinada a provocar esta situación, de manera que el padre Zahm, para usar sus propias palabras, "retiró voluntariamente" el libro en 1900.

Up the Orinoco and Down the Magdalena [Remontando el Orinoco y bajando el Magdalena] (1910), *Along the Andes and Down the Amazon* [Por de los Andes y bajando el Amazonas] (1912), y *In South America's Southland* [En las comarcas meridionales de la América del Sur] (1916). Los revisteros norteamericanos de libros abandonaron bruscamente su acostumbrado estilo de alabanza trivial para lanzar exclamaciones de entusiasmo y deleite. Los críticos más fríos y parsimoniosos de Inglaterra emplearon con asombrosa unanimidad los adjetivos "delicioso," "admirable," "elocuente," "erudito." El estragado paladar de los lectores exigentes encontró en estos libros un sabor peculiarmente incitante. Los literatos y hombres de ciencia católicos escribieron elogios superlativos de este nuevo descubridor del continente sudamericano. Pero, ¿quién era H. J. Mozans? Cierto día, monseñor Jóseph H. McMahon de Nueva York, sabio de criterio y cultura refinada, escribió a la casa Áppleton solicitando datos acerca del autor con el propósito de preparar una apreciación literaria de los libros. La casa editora replicó que era deseo del autor continuar anónimo, pero ofreció cortésmente mandar una fotografía, en la cual monseñor reconoció al punto las facciones familiares de su antiguo amigo. El padre Zahm me manifestó que en su juventud acostumbraba siempre firmar su nombre Jno. S.[3] Zahm, y que H. J. Mozans era simplemente el anagrama de esta forma.

¿Qué razón indujo al escritor que había alcanzado ya vasta reputación con obras publicadas bajo su propio nombre a abandonar esta decidida ventaja y afrontar de nuevo la suerte bajo un seudónimo? Sé incidentalmente que el padre Zahm tenía sólidas razones personales para desear que su primer viaje a la América del Sur continuara secreto por algún tiempo. Pero la explicación que él dió fué que si estos libros aparecían francamente como obra de un sacerdote no ejercerían influencia tan convincente sobre el público no católico, ya que eran una glorificación tan completa de la iglesia en la América del Sur, una vindicación del clero a través de sus propias palabras, y un retrato tan simpático de los latinoamericanos católicos. Nadie pondrá en duda la sabiduría de esta decisión, del mismo modo que nadie puede dudar de la plenitud de su éxito.

En este caso también la preparación científica del padre Zahm le brindó ventajas excelentes. No solamente las catedrales, iglesias, conventos, monasterios y escuelas, sino la flora y fauna del continente, los museos y establecimientos científicos, el movimiento intelectual con especialidad entre el clero, la riqueza natural de las minas y la agricultura, y particularmente el romance y heroísmo de misioneros y exploradores obtuvo justicia cabal en sus brillantes y fogosas páginas. El coronel Róosevelt, que escribió una entusiasta introducción al segundo volumen de la trilogía, expresa gran asombro ante los conocimientos científicos e históricos del autor, pero sobre todo, ante la extraordinaria riqueza de alusiones literarias y citas poéticas de escritores en diferentes idiomas. En estos tres libros se reveló el padre Zahm en toda la perfección de su florido estilo literario. Sus admiradores habían seguido este desarrollo desde sus primeras obras que, adolecían de la insípida aridez y corrección de un documento comercial, hasta que llegó a asimilarse el hábito del pensamiento pictórico y frase colorida, alcanzando riqueza tal de gloriosa fraseología, una aura retórica, que envolvía en belleza y esplendor las ideas más remotas, eruditas y abstractas. Desde el punto de vista puramente literario, aquellos libros marcaron la culminación de su larga y múltiple labor en la vida. Como una especie de pasatiempo y en horas interrumpidas, publicó *The Quest of El Dorado* [La busca de El Dorado], despejando completa y finalmente uno de los más fascinadores y fugaces temas relacionados con los primeros tiempos de los exploradores.

Era entusiasta admirador del Dante, y durante más de treinta años constituyó una de sus devociones diarias la lectura de un canto original de la *Divina Commedia*. Reunió en Notre Dame una de las tres más importantes colecciones, probablemente la más rara y valiosa, de las obras del Dante

[3] Stanislaus, nombre intermedio abandonado.

en los Estados Unidos. Para formar esta colección escudriñó todas las librerías de segunda mano en Italia, y uno de los proyectos que dejó sin llevar a cabo fué escribir en inglés la vida definitiva del gran florentino.

Durante los últimos seis años se ocupó el padre Zahm en preparar un volumen que, según me aseguraba frecuentemente, sería la mejor de sus obras. A pesar de que vivía con él en la intimidad de la vida de comunidad, paseando juntos y conversando diariamente, nunca supe con exactitud el asunto a que dedicaba su grande y final esfuerzo. Casi todos los días llegaba a su celda un voluminoso paquete de libros que le enviaban de la Congressional Library,[4] pero sólo tuve una idea general de que escribía sobre la situación actual de los cristianos en las comarcas bíblicas. El manuscrito estuvo listo para la imprenta hace dos meses, pero él quiso visitar otra vez el Levante para refrescar su visión del color local y comprobar datos íntimos e importantes de acuerdo con las presentes condiciones. Realizó un viaje deleitoso y rejuvenecedor de Wáshington a Munich, visitando de paso a antiguos amigos y rincones familiares. En Dresden contrajo laringitis en un frígido hotel, y poco después de su llegada a Munich se declaró una neumonía. La salud del padre Zahm había declinado desde hacía tres o cuatro años. Un famoso especialista de Nueva York observó anteriormente que su corazón adolecía de una severa lesión, atribuyéndola al sobrehumano esfuerzo que hizo al ascender el volcán mejicano Popocatépetl treinta y cinco años atrás. Esta proeza había sido realizada muy rara vez, o quizá nunca, por viajero alguno; pero ello era solamente una razón más para que el padre Zahm deseara acometerla. Y ahora, treinta y cinco años más tarde, con la inexorabilidad de la naturaleza material, el Popocatépetl se vengaba. El 10 de noviembre, después de breves días de enfermedad seria, falleció el padre Zahm, recibiendo todos los abundantes consuelos de la fe que durante su vida entera había amado tiernamente y a defensa de la cual había dedicado su brillante inteligencia.

[4]La biblioteca nacional de los Estados Unidos, ubicada en Wáshington.—La Redacción.

Sus rasgos personales característicos son interesantes. Su contextura cenceña y vigorosa había adquirido la solidez del hierro a favor de su espíritu aventurero, sus viajes por comarcas agrestes y su permanencia en medio de poblaciones primitivas. Pocos hombres habrán malgastado menos energía en "disipaciones" aun las más inocentes de la vida. Aunque pasó muchos años en países donde se bebe el vino a discreción, era casi ascético en esta materia, y nunca pudo soportor el olor de una pipa o de un habano. Era el ser que más se aproximaba a la pura intelectualidad, en mi bastante larga experiencia de grandes hombres. A pesar de sus modales tranquilos, era osado y valeroso tanto mental como físicamente, y en el curso de sus viajes había atravesado situaciones realmente desesperadas. Pocos individuos de su época tendrían la misma energía, y ninguno por cierto más iniciativa. Había en torno suyo una especie de inocente misterio con respecto a su trabajo y a sus movimientos, y gustábale sorprender a sus amigos con proezas inesperadas. Sus grandes, azules e ingenuos ojos revelaban al idealista. Con los extraños o con personas que no hubieran despertado su interés mostraba una reserva de esfinge y maneras severamente frías y corteses; mas, como sucede a menudo, este exterior glacial no era sino una especie de cubierta de asbesto que disimulaba un temperamento extraordinariamente efusivo y afectuoso. Perdonaba con facilidad ofensas grandes o pequeñas contra su persona, y demostraba siempre caridad admirable en sus palabras y acciones. Gustábale contemplar a los niños, especialmente en sus últimos años, y brindaba generosa comprensión y simpatía a la juventud Jamás perdía la oportunidad de infiltrar su ardiente amor por la ciencia y sus descubrimientos en el corazón de los seminaristas y sacerdotes jóvenes. Era él mismo un gran inspirador.

He vivido en Notre Dame University casi una mitad de los ochenta años transcurridos de su existencia. He conocido a casi todos los personajes importantes que, en número ilimitado a mi parecer, han cruzado los jardines de ida o regreso a los edificios durante este largo espacio. Considero al padre Zahm como el intelecto más

notable producido por la universidad en su larga carrera, y quizá como el hombre más eminente en todo respecto que la congregación de la Santa Cruz haya poseído desde su fundación. Tal vez el padre Zahm no habría podido levantar los cimientos de Notre Dame, pero indudablemente el padre Sorin no habría podido edificar sobre aquellos cimientos como lo hizo el padre Zahm.

Para sus hermanos de la comunidad era un profeta a la par que un caudillo. Fué rector de Notre Dame a los veinticinco, y conservó este puesto durante nueve años. Era íntimo amigo del padre Sorin, y su estimado consejero; le vi sostener en sus brazos al venerable fundador en sus últimos momentos. En 1896 fué enviado a Roma como procurador general de la comunidad, y en unión de los príncipes más poderosos de la iglesia en los Estados Unidos, contribuyó (no sin peligro personal algunas veces) a solucionar grandes problemas y dirigir vastos movimientos. Durante su permanencia en Roma le pidieron aceptar un obispado en el oeste de este país, pero él se excusó con su falta de deseo y las preocupaciones de su trabajo, y su voluntad fué respetada. León XIII, con quien a menudo conversaba libremente, le otorgó en 1895 el grado de doctor en filosofía. En 1898 regresó a los Estados Unidos como provincial de la comunidad, y durante ocho años trabajó con tal energía y tan feliz éxito en su reconstrucción y en el adelanto de los estudios superiores que inauguró una nueva y brillante era. A la terminación de su período de provincial se retiró al Holy Cross College en Wáshington, principalmente porque allí gozaba de incomparables facilidades bibliotecarias. Nunca desperdiciaba un momento, y hasta el fin de su vida continuó siendo un milagro de industria, entusiasmo y celo. Su fe tenía la simplicidad y fortaleza apostólicas. Era escrupuloso, especialmente en sus últimos años, en el ejercicio de sus deberes religiosos y su piedad personal tenía una nota de hermosa ternura. Conoció y se reunía con muchos de los hombres eminentes de su tiempo: papas, prelados, antorchas de la literatura, columnas de la ciencia. Pero a quienes daba más ampliamente su corazón y de quienes recibía afección más tierna y lealtad más profunda eran sus hermanos en religión, a los que inspiró y guió con palabras y acciones durante más de medio siglo.



LAS PRUEBAS DE INTELIGENCIA A LA PRUEBA

POR

H. ÁDDINGTON BRUCE

El autor pone sobre el tapete una cuestión bastante discutida en la actualidad: a saber, si los resultados de las llamadas pruebas de inteligencia, conforme se aplican al presente, miden en efecto correctamente la mentalidad y justifican la alarma exagerada de quienes proponen el establecimiento vigoroso de las leyes selectivas de la eugenesia como único medio de mantener la norma de bienestar nacional. En su concepto dichas pruebas, inventadas originariamente para medir la inteligencia de los niños, no corresponden a los problemas que un adulto se ve por lo general en situación de afrontar. Y lo que es más todavía: clasifican, pero no solucionan; diagnostican el mal sin señalar el remedio. Muchos individuos, clasificados como de mentalidad deficiente o inferior a su edad y, consecuentemente, de tendencias anormales, viciosas o criminales, se han convertido a favor de tratamiento adecuado y especialmente del cambio de ambiente—según informes y opiniones citadas—en miembros útiles y eficientes de la colectividad. Sugiere, por lo tanto, que antes de marcar a seres humanos con el estigma de la imbecilidad o siquiera de mentalidad inferior, se les ofrezca oportunidad favorable para su desarrollo intelectual. No es la eugenesia, que, en su aplicación más lata, resultaría en la despoblación del mundo, la que está destinada a salvar la sociedad, afirma. La eutesia, o funcionamiento orgánico de las diferentes partes del organismo cuyo entorpecimiento afecta la acción de las células cerebrales, es la única llamada a perfeccionar la raza humana.—LA REDACCIÓN.

¿ESTAMOS, por ventura, convirtiéndonos en una nación de imbéciles y estultos? ¿Extiéndese acaso entre nuestro pueblo, en proporción cada vez mayor, el virus de la deficiencia mental? ¿Cuenta ya entre sus víctimas un número crecido de la población, tan crecido que para mantener la norma de bienestar nacional se imponga la adopción inmediata de una ley radical con el objeto de restringir la natalidad de los ineptos?

Ciertos observadores de la raza y de los acontecimientos dan respuesta afirmativa a estas preguntas, y últimamente han adquirido tales afirmaciones carácter más insistente y exhortatorio a consecuencia de los resultados obtenidos por los psicólogos que durante la guerra mundial se consagraron a aplicar las llamadas pruebas de inteligencia a los soldados del ejército de los Estados Unidos. Las facultades mentales de más de 1,700,000 oficiales y soldados fueron medidas de conformidad con tales pruebas, con el inaudito resultado de que la mayor parte de los individuos sometidos al experimento no alcanzaba a la norma señalada para muchachos de quince años. A decir verdad, de acuerdo con las pruebas, millares tras millares de hombres revelaron capacidad mental inferior a la inteligencia normal de niños de diez años. Asumiendo que dichas pruebas midieran correctamente la inteligencia natural de aquellos a quienes se aplicaron, resultaría que la nación se bambolea bajo el tremendo peso de la deficiencia mental.

Esta declaración, a la par que afirmaciones análogas de parte de muchos adherentes a la doctrina de la eugenesia, de acuerdo con la cual únicamente podrá asegurarse la estabilidad social aplicando los principios de selección a la raza humana, pierde evidentemente mucho de su fuerza si las pruebas mentales en que se basa carecen de exactitud como medida de la inteligencia. El hecho es que aun los mismos psicólogos han puesto seriamente en duda su eficacia, y que dichas pruebas han sido acerbamente criticadas en muchos respectos.

En primer lugar, ciertos psicólogos declaran, como lo expresaba el doctor Morton Prince durante una conversación sostenida hace poco conmigo, que: "Es dudoso que se haya descubierto hasta el presente serie alguna de pruebas verdaderamente adecuadas para medir la inteligencia de los adultos." Es importante recordar que las pruebas mentales fueron originariamente inventadas como medio de descubrir el grado de inteligencia de los niños; de suerte que deberían necesariamente mantenerse dentro de la esfera de experiencia

de los niños. Esto significa que en su mayor parte tenían que ser problemas relativos a la labor escolar: ejercicio de la memoria, cálculos, complemento o corrección de frases, etcétera. Emplear tales problemas como medida de la inteligencia de los adultos es exigir que el adulto se aparte de su actual campo de experiencia y retroceda al de la niñez para sustentar la prueba; y debe retroceder instantáneamente, puesto que la rapidez cuenta como triunfo al solucionar los problemas propuestos. Refiriéndose con particularidad a la prueba de inteligencia de un adulto mediante la repetición de cifras de memoria, Sídney L. Préssey y Luella W. Cole declaran:

> El problema presentado es tan ajeno a su experiencia que la persona sometida a la prueba no sabe cómo "desenredarse," cómo solucionarlo. Es algo enteramente diverso a los varios problemas que, en su medio de vida, confrontan su inteligencia, y su fracaso en tal materia asume muy escasa significación. Para un niño de escuela esta clase de ejercicio es habitual. Tratándose de un adulto la prueba carece casi por completo de valor como medida de la inteligencia.

Y con referencia a otra clase de pruebas mentales aplicadas a los adultos y no a los niños, agregan:

> Un jornalero, bastante inteligente en cosas relacionadas con su propio y limitado campo de acción, se siente incómodo e irritado por muchos de los problemas que se le proponen. . . . Cuando se le pide que diga palabras sin ilación por tres minutos, que dibuje diseños de memoria o que haga una frase que contenga las palabras *Boston, dinero* y *río*, lo hace pésimamente. La razón no es tanto falta de inteligencia como falta de familiaridad y destreza para manejar esta clase de problema. . . . La medición de la inteligenica de un adulto es problema absolutamente diverso de la medición de la mentalidad de un niño. Se necesitan métodos especiales y, en gran medida, pruebas especiales para este problema.

Por otra parte, la eficacia de las pruebas se ha discutido en el terreno de la reconocida variabilidad de la inteligencia de acuerdo con el estado de ánimo y las condiciones físicas. Citaremos a uno de los críticos de dichas pruebas, que escribió en el *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods:*

> Sabemos con bastante exactitud que *nuestra general adaptabilidad mental a nuevos problemas* varía marcadamente de un tiempo a otro y de un lugar a otro. Varía en relación al alimento y al sueño de que hayamos disfrutado, a la hora del día y al carácter de la gente con quien estemos íntimamente asociados. En algunas personas esta variabilidad se marca probablemente con mayor intensidad que otras. Pero las pruebas mentales, conforme se las concibe en el día, requieren un nivel estático de inteligencia.

Se han presentado además otras dificultades. El doctor F. N. Freeman de la University of Chicago, insiste con justicia en que es necesario distinguir entre la simple viveza de imaginación y la inteligencia (la conducta de ciertas personas indica sin lugar a duda que pueden tener imaginación vivaz y ser, sin embargo, poco inteligentes), y sostiene que las pruebas mentales sirven más para revelar la viveza de imaginación que la inteligencia. Ciertamente, tampoco revelan en manera luminosa alguna el grado que los adultos sometidos a tales pruebas poseen de energía, iniciativa, sinceridad, perseverancia y otras cualidades que cuentan por mucho en el éxito de la vida. Finalmente, haré también observar que en el recientemente publicado *Twenty-first Year Book of the National Society for the Study of Education,* el profesor S. S. Colvin de la Brown University señala un punto extremadamente débil de las pruebas mentales, aplicadas ya sea a niños o a adultos de ambos sexos, cuando dice:

> Escaso o ningún valor puede darse a los resultados obtenidos en las pruebas, cuando los individuos a quienes se aplican difieren en grado notable con respecto a la oportunidad y deseos de familiarizarse con el tema empleado. De allí que niños de diferente condición económica y social revelen proporción tan diferente en las pruebas, no a causa de diferencia alguna positiva en inteligencia, sino a causa de las diferencias del medio en que viven, que para algunos son favorables y para otros desfavorables, especialmente en cuanto concierne al uso del idioma inglés. Del mismo modo, niñas y niños pueden, a causa de su interés diferente en las cosas que les rodean, alcanzar puntos muy diferentes en las pruebas en conjunto o en alguno de los elementos que las constituyen, sin que ello signifique esencial diferencia en su capacidad natural.

El profesor Colvin añade: "Aplicadas

en forma mecánica y careciendo de la nota personal, estas pruebas son por lo general de poco valor y pueden llegar a ser positivamente nocivas." Por otra parte, aun suponiendo en obsequio a la discusión que las pruebas sean tan seguras como imaginan algunos entusiastas partidarios de este experimento y que midan infaliblemente la edad mental de las personas inferiores, no se sigue de allí que las pruebas por sí expliquen la inferioridad revelada. Como se observa en el primer pasaje citado del profesor Colvin, revelan simplemente el grado de mentalidad, pero no lo explican. Clasifican, pero no solucionan.

II

HAY algo que desearía yo presentar vivamente a la consideración de quienes, basándose en los resultados obtenidos en las pruebas de inteligencia, pretenden imponer restricciones radicales en la función social de las personas de mentalidad deficiente, avanzando hasta el extremo de negarles el derecho a contraer matrimonio. Porque un hombre exhiba en dichas pruebas mentalidad de muchacho sería aventurado en verdad afirmar que el desarrollo tardío de su inteligencia responde necesariamente a deficiencia mental innata. Aun tratándose de ciertos niños que revelan en las pruebas mentalidad inferior a su edad, se cometería una injusticia cruel calificándolos de imbéciles: procedimiento a que parecen inclinarse algunos de los que aplican el experimento. La torpeza intelectual puede provenir de muchas causas remediables. Investigando y eliminando la verdadera causa sería muy posible elevar el nivel de la inteligencia del niño atrasado hasta el grado normal a su edad, y aun en ciertos casos estimularle hasta el punto de que llegue a hacerse intelectualmente superior a la mayor parte de niños de su misma edad. A la verdad así se ha hecho siempre.

La experiencia ha demostrado que aun anormalidades relativamente ligeras pueden ejercer extraña influencia entorpecedora en la mente. Hace poco atrajo incidentalmente mi atención un notable ejemplo de esta clase en cierto informe sobre observaciones realizadas en una inspección escolar en Vermont por un investigador del servicio público de salubridad en los Estados Unidos.

En una de las escuelas se descubrió que dieciséis niños de diferentes edades desempeñaban sus labores escolares en una sala aparte, especialmente destinada para ellos. La explicación fué que dichos niños poseían mentalidad tan deficiente que les era imposible seguir los estudios correspondientes a su grado. Por su propio bien y con el objeto de que no se retardaran los muchachos más inteligentes se les había segregado en una clase especial. Un examen físico llevado a efecto por el empleado del servicio de sanidad reveló que cada uno de los niños de este pequeño grupo de lerdos sufría de algún defecto físico que no se había tratado de corregir. Algunos tenían vista defectuosa, otros enfermedades del oído, otros amígdalas dilatadas o vegetación glandular, etcétera. Fundándose en la teoría de que aquellos defectos pudieran ser causa suficiente para motivar la deficiencia mental observada, el funcionario de sanidad insistió en que fueran inmediatamente atendidos. Obtenido el consentimiento paterno se procedió en seguida a la curación médica o extirpación quirúrgica.

Esto sucedió en el otoño de 1919. En diciembre de 1920, una averiguación del servicio público de sanidad recibió como respuesta el informe de que los dieciséis niños "habían avanzado hasta el grado que les correspondía y continuaban sus estudios a la par que sus demás compañeros." Un año más tarde se repitió la averiguación, y la respuesta fué todavía favorable. No solamente los en otro tiempo "zoquetes" se desempeñaban, sin excepción, satisfactoriamente en sus clases, sino que algunos de ellos figuraban ahora entre los "distinguidos mental y físicamente en sus respectivos grados."

Hay muchas otras causas remediables para una aparente deficiencia mental. Una de ellas, que investigaciones recientes han demostrado ser responsable por mentalidad atrasada más a menudo de lo que se hubiera sospechado, es irregularidad en el funcionamiento de la secreción de alguna glándula, especialmente la tiroides. Algunos estudiantes de la acción de las glándulas incluyen la insuficiencia tiroidea

entre las causas positivas de imbecilidad. Conforme lo expresa el doctor Louis Berman:

La deficiencia mental, desde la estupidez hasta la imbecilidad, puede ser también efecto directo de insuficiente secreción a las células cerebrales. Cuando no hay suficiente secreción tiriodea en la sangre, el tejido que separa las células del cerebro se obstruye y se endurece, interponiendo una espesa barrera al paso de los impulsos de los nervios. Tenemos allí un ejemplo de falta de secreción interna que efectivamente produce graves cambios en el cerebro.

Una escasa nutrición puede asimismo convertirse en obstáculo para el desarrollo mental. Y es importante observar que la nutrición deficiente puede provenir de muchas otras causas además de falta de alimento adecuado y abundante. Los niños pueden recibir la alimentación más nutritiva del mundo y sufrir, sin embargo, por falta de nutrición, si están mal atendidos en otros respectos. Falta de ventilación suficiente en las habitaciones, falta de suficiente ejercicio al aire libre, falta de luz natural en la casa, veladas prolongadas, continuada tensión emocional a causa de reproches o disputas paternas: todo esto puede afectar desfavorablemente la nutrición y afectar desfavorablemente por lo tanto el desarrollo mental. Consideraciones de esta clase han inducido al profesor Líghtner Wítmer, uno de los iniciadores de la gran obra de rehabilitación de los aparentemente lerdos de mentalidad, a proclamar como parte de su doctrina de psicoterapia:

Afirmo que un niño puede tener mentalidad deficiente en cierto medio, por ejemplo en su propia casa, y dejar de aparecer estúpido si se le coloca en otro centro. . . . Insisto en creer que el hecho de que individuo de dieciséis o veinte años presente un caso desahuciado de mentalidad deficiente no constituye evidencia de que un tratamiento adecuado, instituído en edad temprana, no hubiera determinado un proceso de desarrollo mental enteramente diverso.

Los psicólogos terapéuticos de la escuela del profesor Wítmer hacen uso, ciertamente, de pruebas para medir la mentalidad, pero sólo como accesorio a los conocimientos médicos y a otros medios de diagnosis mental. Insisten con justicia en que antes de aplicar a un niño o a un adulto el estigma de deficiencia mental, debe hacerse un estudio muy completo de la personalidad del aludido. Sucede una y otra vez que, a favor de dicho estudio, se descubre que es un caso curable el que se creía irremediablemente incurable. Tan a menudo se ha comprobado este hecho, tantas adiciones se han agregado a la lista de causas reconocidas, capaces de producir un profundo entorpecimiento de la mente, aparte de innata deficiencia mental, que hay motivo justificado para sostener que la proporción verdadera de incapacidad mental en la población es extremadamente reducida. Para beneficio de aquellos descarriados reconstructores sociales, persuadidos y tratando de persuadir a otros de que la proporción es vasta y presenta un problema que puede solucionarse únicamente por medio de una negación autocrática de los derechos individuales, es conveniente añadir que aun entre los verdaderamente incapaces hay muchos en quienes la educación puede ejercer una influencia poderosa, hasta el punto de convertir a no escaso número de aquellos infortunados en miembros respetados y eficientes de la colectividad.

No puede aducirse prueba más concluyente de esta afirmación que las revelaciones de un informe especial del doctor Wálter E. Férnald, superintendente de la Massachusetts School for the Feeble Minded. El informe resume las observaciones de una estadística de hombres y mujeres dados de baja en la escuela durante un período de veinticinco años. Muchos de estos individuos habían sido despedidos por orden judicial, contra la protesta del doctor Férnald de que no eran personas idóneas para manejarse por sí en la comunidad. En efecto, el informe declara explícitamente que "la mayor parte había sido dada de baja con protesta," y en algunos casos acontecimientos ulteriores justificaron dicha protesta. Pero muchísimas veces, aun tratándose de ex discípulos de quienes se esperaba lo peor, comprobáronse resultados sorprendentes en el sentido de adaptación social.

La noción ampliamente difundida en círculos ajenos a la ciencia y sostenida tam-

bién por muchos criminologistas, de que la deficiencia mental es en sí origen de vicios y crímenes, difícilmente se comprueba por las observaciones de la Massachusetts School. Tampoco se comprueba la noción análoga de que padres de mentalidad deficiente puedan engendrar tan sólo hijos deficientes. Por falta de espacio citaré únicamente algunos breves extractos del interesante informe del doctor Férnald:

Once mujeres casadas llevaban una vida útil e irreprochable: tenían hogares limpios y atractivos, gozaban de buena reputación en la comunidad, asistían a la iglesia y aparentemente progresaban en todo respecto. Todas estas mujeres casadas, con excepción de una, tenían mentalidad atrasada, correspondiente al período entre ocho *y* doce años de edad. Otra era imbécil, y su matrimonio resultó, por supuesto, un desastre. Aquellas once mujeres tenían por junto treinta y cuatro hijos, todos ellos aparentemente normales. De las once mujeres cuyos hogares habían seguido un curso afortunado, a tres se les permitió irse sin protesta, a petición de parientes responsables; ocho del grupo parecían tan poco de confiar que no se permitió que salieran hasta que la corte suprema expidió un decreto de *habeas corpus;* el grupo entero de las once era, al parecer, de mentalidad decididamente atrasada. Todas habían sido inmorales antes de su admisión, y a raíz de su ingreso a la escuela produjeron todavía algunos disturbios a causa de sus tendencias sexuales. Después de su matrimonio y algún tiempo antes de casadas se habían portado correctamente en apariencia y habían ganado lo suficiente para atender a su propia subsistencia.

Veintiocho varones ganaban jornales considerables sin necesidad de vigilancia. Todos ellos tenían mentalidad de muchachos menores de doce años. Su permanencia en la escuela variaba de un mes a veinte años. Habían estado fuera del instituto por tiempo que variaba entre dos y veintitrés años. Ocho se escaparon de la escuela. A otros se les había dejado salir como prueba, porque parecían individuos útiles e inofensivos y se mostraban ansiosos de su libertad. Durante su estadía en la escuela pocos de ellos parecían capaces de ganar lo necesario para su sostenimiento. Su salario variaba de ocho a treinta y seis dólares por semana. Trabajaban diversamente como conductor de camiones, mozo de ascensor, obrero municipal, obrero de fábrica, mozo de labranza, etcétera. Uno está ahora trabajando por su propia cuenta como pintor de carteles: oficio que aprendió en la escuela. Muchos siguen, en efecto, la carrera que aprendieron allí. Otro ha ahorrado 2,000 dólares; otro ha comprado una casa. . . . Estos veintiocho hombres llevan una vida irreprochable al parecer en la comunidad. . . . De ellos se han casado trece, y tienen doce hijos por junto. El investigador ha visto a todos estos niños, ninguno de los cuales parece anormal. Estaban limpios y se portaban correctamente, y sus respectivas casas son cómodas y bien cuidadas.

Y el doctor Férnald comenta en conclusión:

En general, se permite abandonar la escuela a los casos que prometen buenos resultados. Se les ha dado educación cuidadosa. Se da a los padres instrucciones convenientes. Sin embargo, aun muchos casos que nada prometían dieron resultados favorables. Se reveló una proporción extremadamente reducida de inmoralidad y extravíos sexuales, y especialmente de uniones ilegítimas. . . . La investigación demuestra que hay individuos de mentalidad deficiente con malos instintos, pero que asimismo los hay con tendencias al bien. Demuestra de igual modo que aun algunos aparentemente malos se reforman. Y demuestra la justicia de que el adulto deficiente que observa buena conducta tiene derecho a que se le otorgue una prueba en la comunidad.

III

RECOMIENDO este informe a la consideración de quienes niegan a las personas de mentalidad deficiente la posibilidad de desenvolvimiento individual y de manejarse por sí mismas; a quienes juzgan que todos los incapaces tienen tendencias viciosas o criminales; a quienes intentan proteger a la sociedad contra este peligro sin pensar en las consecuencias que ello representa para dichos individuos; y a quienes se contentan con calificar de incapaces a todos aquellos que no pueden demostrar que han alcanzado cierta edad mental de acuerdo con las pruebas de inteligencia que se ponen en práctica al presente. A los partidarios de la segregación y esterilización de la sociedad recomendaría también el reciente informe del doctor Herman M. Ádler de Chicago, donde se recapitulan los resultados obtenidos por él mismo en su aplicación de las pruebas de inteligencia a los penitenciados de las cárceles de Illinóis y a los soldados que recibían instrucción militar en el mismo estado. Proporción tan alta de soldados

como de presos de la penitenciaría obtuvo marcas de mentalidad inferior, demostrando casi hasta la certidumbre que los delitos de los penitenciados debían atribuirse a factor otro que mentalidad deficiente e indicando que se requieren otras, medidas que la segregación y esterilización si la comisión de crímenes ha de reducirse alguna vez en forma apreciable.

Aquellas otras medidas deben ser, según mi firme convicción, una educación temprana mejor, preservación física mejor y mejoramiento general del medio. Creo que estas medidas son también indispensables para reducir la deplorable torpeza y falta de madurez mental que, aunque exagerada en las pruebas de medición de la inteligencia, hay que admitir que se extiende en forma alarmante. Si la educación es inadecuada, el desarrollo físico anormal y el medio desfavorable, la mentalidad mejor constituída puede entorpecerse y desviarse a tal extremo que la conducta criminal sea su consecuencia lógica. ¿Puede alguien pretender que el medio general de la época, particularmente en los grandes centros de población siempre creciente, sea en su mayor parte lo más adecuado para producir mentes vigorosas y conducta ejemplar?

El sentido común responde: "No." Pero nuestros amigos adeptos a la eugenesia parecen singularmente sordos a esta respuesta del sentido común. Si se detuvieran un momento a considerar los cambios realizados en el mundo por el progreso de la civilización y en especial los cambios sobrevenidos durante el siglo y medio que acaba de transcurrir, encontrarían indudablemente razón de reconocer por lo menos la posibilidad de que el mejoramiento del medio es el requisito previo más importante para asegurar esa "idoneidad" social a que aspiran con justicia.

Más definidamente, si se me preguntara qué factor ha ejercido mayor influencia que ningún otro factor independiente en crear los problemas del día, originados no solamente por la difusión de la mentalidad tardía sino asimismo por la difusión de la delincuencia, de las dolencias mentales y nerviosas, respondería sin vacilar: La aplicación de las máquinas de vapor y subsecuentes inventos mecánicos a propósitos industriales. Comparemos el medio de la raza humana en la época anterior al advenimiento de la maquinaria, con el medio de la raza humana en el período relativamente corto transcurrido desde entonces. Hasta principios del siglo diecinueve, que podemos clasificar como el comienzo de la edad de la maquinaria, el hombre era esencialmente un ser que vivía al aire libre.

Sobre el principio de la división y limitación definida del trabajo, la vida se ha convertido en incolora rutina de labor para millares de seres. Sometidos a un jornal escaso se han visto forzados a habitar míseras viviendas. Solamente ahora comenzamos a descubrir que la mentalidad no se desarrolla cuando el organismo carece de la debida proporción de luz solar y aire fresco. ¿Reciben los habitantes de los barrios bajos esta necesaria proporción? Pocas casas tienen la luz y el aire que deberían proveer. Además, los residentes de las ciudades están sujetos a menudo en el lugar donde trabajan a condiciones desfavorables en cuanto se refiere a luz, calefacción y ventilación. Aun en el trayecto de ida y regreso a su labor sufren frecuentemente de falta de aire respirable.

Por otra parte, al advenimiento de la maquinaria debe atribuirse el ansia de llevar a un límite extremo la actividad humana, a la par que un malsano y excesivo desarrollo del instinto adquisitivo y de la persecución del placer. Esto ha producido, por un lado, el acrecentamiento de las tendencias materialistas; y, por otro, una fatiga nerviosa que por sí sola afecta gravemente el vigor de la mentalidad. Estas condiciones se observan en todas las categorías sociales, desde el más rico hasta el más pobre. Hay un ansia general por el lujo y los placeres materiales, una falta de inclinación general a pensar, proveniente de una fatiga general que hace del pensar un esfuerzo molesto. Continuamente se multiplican los inventos mecánicos, las ciudades crecen, el peligroso proceso de aglomeración y premura se hace cada vez más intenso. Y los males consiguientes a una actitud materialista respecto de la vida no se confinan tan sólo a las ciudades.

Necesariamente, la influencia sobre el

desarrollo mental de cada sucesiva generación ha ido asumiendo caracteres más perniciosos. Padres que han perdido la visión de una hermosa realidad, que son personalmente opuestos a pensar, que han llegado casi al agotamiento en sus alternados esfuerzos por hacer fortuna y en busca de placer, difícilmente lograrán estimular y dirigir con resultados felices el funcionamiento mental de sus hijos. Cuando se agrega el inconveniente adicional de una ciudad y un ambiente desfavorables, no puede uno sorprenderse de que los psicólogos encuentren multitud de niños cuya edad mental está en discordancia con su edad cronológica. Y, sin embargo, es posible que esos mismos niños tengan inteligencia natural, normal, aun inusitada. Es simplemente que, a semejanza de plantas privadas del cuidado debido, de terreno favorable o de condiciones adecuadas respecto de aire, luz y calor, su capacidad de desarrollo no ha tenido ocasión de manifestarse.

Ahora bien; supongamos que llegara realmente a adoptarse un programa de eugenesia en que se descontara como imbéciles y no idóneos para la reproducción a todos los individuos que hubieran revelado mentalidad marcadamente inferior en las pruebas de inteligencia, ¿no sería necesaria una eliminación perpetua, generación tras generación, en tanto que las condiciones del ambiente continuaran las mismas que en la actualidad? Y esta eliminación perpetua, ¿no concluiría por disminuir la población a tal extremo que con el tiempo no quedaran sino los mismos autocráticos despobladores en nombre de la eugenesia?

Si, de otro lado, se procediera a mejorar las condiciones del ambiente, ¿no es verosímil que, a la luz de hechos positivos con referencia a las causas remediables de la deficiencia mental y desarrollo tardío de la inteligencia, los partidarios de la eugenesia tuvieran cada vez menor razón de asaltar a las autoridades con demandas radicales y tan poco en armonía con la democracia? Y puede añadirse que el requerido mejoramiento del ambiente no es tarea tan hercúlea como a primera vista parece.

Se han iniciado ya medidas importantes en tal sentido, especialmente en la abolición de viviendas malsanas, la extinción de tales o cuales dolencias, el perfeccionamiento en la nutrición de los niños, la corrección de ciertos defectos físicos que ejercen influencia entorpecedora sobre la mente, etcétera. Todo esto, continuado y perfeccionado conforme debe ser, producirá con el tiempo sus saludables efectos. Pero más necesario todavía es instituir una campaña sistemática e infatigable con el objeto de despertar en los padres en general el sentimiento de su responsabilidad paterna y de restablecer en la población en general los viejos ideales de servicio, generosidad y nobles aspiraciones. A dicha campaña debería consagrarse toda institución educativa, desde la iglesia hasta la prensa.

Recordemos asimismo que no se trata solamente de avivar las facultades mentales de la raza humana. Se trata también del problema de avivar el sentimiento y la conciencia social con el objeto de abolir hasta donde sea posible las condiciones que provocan el desasosiego social y el debilitamiento de la mente. Como todo el mundo está probablemente al tanto en nuestros días, un desasosiego extraño y peligroso cunde en las naciones de la tierra. Su expresión más amenazadora es la difusión del llamado movimiento bolchevista, que, dominando ahora en Rusia, se manifiesta ya activo o latente en todas partes. Mientras más lo pienso más me impresiona la presciencia casi pavorosa de Ténnyson al escribir en su profético poema, *Locksley Hall*:

> Lentamente se acerca un pueblo hambriento,
>   Como león preparándose a atacar,
> Y airado acecha al que, inconsciente,
>   Dormita junto al mortecino hogar.

La civilización es el durmiente. La codicia, el vicio, el crimen, la ineptitud, el egoísmo, el despotismo y la anarquía son las fuerzas que amenazan a la civilización. A despecho de sus presunciones, la eugenesia no puede reavivar el fuego. Pero la eutesia, una eutesia bien concebida, será capaz de hacerlo.

LATAS DE BASURA

POR

ELÍZABETH ROBINS PÉNNELL

Un detalle de la higiene urbana en las ciudades norteamericanas, la disposición de los desperdicios domésticos, sugiere a la autora de este artículo diversas consideraciones sobre el carácter nacional. El espectáculo de las latas de basura alineados frente a las casas en espera del carro municipal hiere el buen gusto de la autora, quien descubre en ello un indicio de negligencia. Efectivamente, prosigue, semejante negligencia no se limita a las latas de basura. Al lado de grandes obras arquitectónicas se permiten calamitosos alrededores; cerca de soberbias avenidas, barrios inmundos. La nación tiene arranques de grandeza, pero consiente fealdades de desaliño. Posee parques magníficos, pero no se ocupa de cuidarlos; construye espléndidos caminos, pero los deforma llenándolos de carteles. Análogo contraste se encuentra en el cultivo de las artes, en la instrucción pública, en la literatura, en la música. Inviértense ingentes sumas de dinero para ofrecer a las generaciones jóvenes amplios medios educativos, pero siempre la negligencia en alguna forma frustra el propósito de la obra. La autora hace la salvedad de que al emitir tales juicios no se refiere a casos excepcionales, sino a fenómenos generales. Sín embargo, casi todas sus conclusiones son exageradas, y posiblemente se basan en observaciones fragmentarias. Y el hecho de que insertemos este artículo, con nuestro acostumbrado espíritu liberal, no significa que profesemos las ideas que expresa.—**LA REDACCIÓN.**

SI MAIN STREET[1] se extiende desde San Francisco hasta Nueva York, sin necesidad de verla puedo decir que la vía se distingue, no por los mijeros que marcan la distancia, sino por las latas de basura. Mi experiencia me enseña que la lata de basura se ha convertido en elemento indispensable de la vía pública norteamericana, sea grande o pequeña. El recipiente de desperdicios no se oculta ya en callejuelas y barrios pobres; en barrios altamente respetables de ciudades muy respetables también, exhibe públicamente lo que se habría llamado "inmundicias" en antiguos días en que las "inmundicias" no se consideraban propias para exponerse ante la vista del público. Cierta vez conté once latas prolijamente dispuestas frente a una lujosa residencia particular, y veinticinco frente a un hotel eminentemente correcto; y asombrada me pregunté cuántos contaría en sus rondas diarias un guardia civil aficionado a la estadística. A veces están agrupadas al canto de la acera, a veces más modestamente al lado de la verja, y a menudo en medio de la calzada amenazando al desprevenido; pero siempre, de mañana, tarde y noche, se encuentran en alguna parte plenamente a la vista, ofreciendo al transeunte observador la oportunidad de saber quién se regala con langosta y quién ayuna con berzas, quién se da el lujo de despilfarrar en flores o quién economiza en carbón. La basura se recoge de vez en cuando, pero entonces se arroja en carros descubiertos de los que volando a diestra y siniestra vuelve a las casas por puertas y ventanas, y de nuevo a las latas. Así, pues, gracias a las autoridades sanitarias la lata de basura constituye hoy un adorno tan fijo de la vía pública como el buzón postal o el farol.

Es un adorno que personas criadas al estilo antiguo apenas pueden considerar deseable; y por cuanto a mí respecta, preferiría enterarme en el interior de una casa determinada si se sirve con más frecuencia langosta o berza en las comidas, o juzgar por la fragancia y temperatura de las habitaciones en qué medida se compran flores y se quema carbón. Pero la nueva generación debe tener otra manera de pensar, pues si la lata de desperdicios la hiriera tanto como a mí, hace tiempo habría concebido la forma de deshacerse de tal aparato. En mi departamento en Londres, si el cubo de basura no era prontamente vaciado y puntualmente devuelto en la cocina a las diez de la mañana por escalera, no faltaba quien investigara al punto la razón; y aquí no estamos tan atrasados, en comparación con los ingleses, como para no tener un servicio que ellos tienen sin dificultad. Tampoco puedo creer que el hábito, por más que opere milagros maravillosos, haya hecho de la lata de basura un objeto

[1]Nombre genérico que se aplica en los Estados Unidos a la vía o calle principal en muchas poblaciones.—La Redacción.

de belleza a ojos del público norteamericano; ni que el azar, sin embargo de su malevolencia usual, lo haya convertido en un símbolo de la índole que el te lo fuera entre nuestros antepasados, símbolo del límite a que llegara nuestra tolerancia de la opresión. No obstante, con la sumisión del cordero aceptamos la enmienda décimoctava;[2] pero si se entremeten con nuestras latas de basura ¡entonces. . . !

Mientras más pienso en este asunto, menos descubro que a los demás les preocupe. Nadie parece inmutarse ni regocijarse con la presencia de la lata de desperdicios, porque nadie la advierte. Y como nadie se ocupa de pensar en la lata en uno u otro sentido, hela allí, a la puerta de todas las casas, erigida en símbolo . . . no de la independencia nacional, sino de la cómoda indiferencia pública que conduce a un blando hábito de negligencia nacional.

Nadie puede exigir que las grandes naciones, como tampoco los grandes hombres, sean grandes en todos sus actos. Pero una gran nación no goza del privilegio que tiene un gran hombre para disfrutar en pantuflas de la holganza privada. Si usa pantuflas, una nación debe usarlas en público, por más bajas que sean en los talones o levantadas en la punta. Es innecesario para mí hacer constar que como nación los Estados Unidos tienen momentos de grandeza: ciertamente no pecamos de modestos; tampoco es secreto de estado que tienen momentos de reposo y los gozan en abominable desaliño. En realidad, la pública ostentación de este desaliño parece contribuir al goce de aquellos momentos. El gobierno se esfuerza por sentar el ejemplo en la capital. Si bien el gobierno se mostrara inspiradísimo al levantar edificios presidenciales y parlamentarios tan hermosos en su dignidad y sencillez como la democracia tiene reputación de serlo y no lo es, desde entonces ha revelado la mayor negligencia respecto de la avenida que une esos edificios. De Pennsylvania Avenue podía haber hecho los Champs-Élysées de los Estados Unidos; en cambio ha convertido esa vía en una inmensa lata nacional de basura desbordante de chozas, reproducciones y retazos de Chinatown,[3] fondas baratas y hoteles desvencijados: todos los desperdicios de la capital. Y a este respecto la nación adula a la ciudad de Wáshington imitándola servilmente. Nueva York, consciente de su responsabilidad como la más importante de nuestras ciudades, lo hace en mayores proporciones. En ninguna otra parte existe contraste más agudo entre las obras de los Estados Unidos en momentos de inspiración y la negligencia del país en intervalos de relajamiento. Hace algunos años la necesidad y los arquitectos proyectaron transformar a Nueva York en una ciudad de palacios, una Génova o Florencia glorificada, y agrupar los palacios en belleza increíble en la zona desde la cual se domina el puerto más inconcebiblemente hermoso del mundo.[4] Poco después, la necesidad volvíase menos premiosa, y las autoridades edilicias descubrían la ley de zonas; entonces se edificaron "rascacielos" sin pretensión de palacios, destruyendo el equilibrio y la línea de la perspectiva arquitectónica, desbaratando la armonía del conjunto. Como vía pública la Fifth Avenue no es menos soberbia que la alta bahía de Nueva York como puerto; pero si bien su esplendor no tiene paralelo, tampoco lo tiene la inmundicia de los barrios bajos vecinos donde se multiplican nuestros residentes extranjeros. Aquí y allá, en puntos determinados de su vasto trayecto, arquitectos y escultores han trabajado en consorcio obteniendo efectos que no desdeñaría la más espléndida de las antiguas ciudades de Francia, España e Italia. No obstante, sin que ello parezca preocupar a nadie, el más bello de esos efectos ha sido rápidamente eclipsado por una estructura gigantesca de cajas de ladrillo, con un gallo de oro encaramado al tope en actitud de cantar una burla insolente.

Los norteamericanos observadores que llegan a Nueva York directamente de París dirán tal vez al desembarcar que la ciudad les choca en grado intolerable por su deformidad. Pero Nueva York no es de-

[2]Enmienda de la constitución de los Estados Unidos que prohibe la fabricación y venta de bibidas alcohólicas.—La Redacción.

[3]Así se llama el barrio Chino en muchas cindades de los Estados Unidos.—La Redacción.

[4]Al decir esto, la autora demuestra que no ha visto el puerto de Rio de Janeiro.—La Redacción.

forme. París no está libre de calamidades arquitectónicas; sólo que, como el genio de orden es el mayor de los valiosos dones que Francia ha dado al mundo, aun las miserias arquitectónicas mantiénense dentro de ciertas restricciones. Bien puede errar en la edificación el arquitecto francés moderno, y efectivamente yerra; pero rara vez se permite que sus equívocos rompan la armonía del plano de la calle o de la ciudad de que forman parte. Los franceses modifican, en tanto que nosotros con nuestra indiferencia habitual exageramos, la falta de armonía.

Cualquiera que sea nuestro objeto, ya la belleza, ya la utilidad, nuestra grandeza falla antes de llegar a la meta, muy a menudo en el momento más desfavorable; pero como estamos acostumbrados a la falta de armonía en todo, no nos molesta ya. Nueva York construye un ferrocarril subterráneo que es admiración de los ingenieros en todo el mundo, pero lo llena de ruido tal que amenaza llevarlo a uno a Blackwell's Island[5] al termino de la jornada. Los tranvías urbanos norteamericanos constituyen modelos para las demás naciones de la tierra, y en nuestras calles más lujosas esos tranvías se vuelven cada día mas sucios hasta que la manguera más poderosa y el mejor escobillón no bastan para lavar la inmundicia. Y mientras que en el tranvía y en el subterráneo nos codeamos y nos empujamos y luchamos por abrirnos paso a través de sudorosas masas humanas, nos orgullecemos de nuestro adelantado sistema de transporte, y en complaciente ignorancia compadecemos al pobre extranjero por usar carros que llevan el cartel: "ocho caballos, veinticinco hombres," de cuyo empleo no tenemos la más remota idea sin habernos preocupado jamás de averiguarlo.

Nuestros parques son nuestra gloria; pero los árboles, transportados a costo considerable, perecen por falta del cuidado debido; arbustos y plantas florales, cultivados con gran trabajo, se encuentran a merced de los patinadores de invierno y los vagabundos de verano por carecerse de las debidas regulaciones. Nuestros caminos principales han sido mejorados en forma casi increíble desde los días en que se ignoraba el automóvil, y hasta el maltrecho cerco ha sido en gran parte reemplazado por setos de rosas y madreselvas; sin embargo, a cada recodo deformamos nuestros caminos con carteles de avisos, la maldición del país. Importamos del norte de Francia magníficos caballos de tiro; mas en nuestras grandes ciudades esos caballos y su progenie trabajan en tales condiciones y con atelaje tal que deshonrarían al rocín más miserable de una aldea remota. Nuestro dinero atrae a los más renombrados cantantes del mundo a la Metropolitan Opera House, y vistiendo nuestra indumentaria más costosa los escuchamos desde palcos y butacas que necesitan urgentemente los servicios del tapicero. Somos tan generosos con nuestro departamento de correos que siempre estamos dispuestos a cubrir su déficit; y a pesar de ello los empleados, para remitir un libro a distancia tan corta como entre Brooklyn y Manhattan, hacen de modo que abollan las esquinas en forma irremediable. Nuestras tiendas son modelos de exposición; pero los paquetes descuidadamente hechos que envían llenarían de confusión al mercader de Londres y de París.

La enumeración de ejemplos no tiene término. Únicamente la política ofrece material para un capítulo . . . un libro . . . una biblioteca . . . cuya compilación requeriría un ejército de empleados durante el período de la vida de un hombre. El mismo contraste desconcertador se presenta en todo aquello que es importante, en todo aquello que es insignificante. Pregúntese a un norteamericano, ausente por largo tiempo de su país, qué es lo que le llama más la atención a su regreso; si es sincero, contestará que el lujo extraordinario al lado de la miseria más calamitosa. Podemos edificar, pero no podemos persistir en la obra; y el desaliño público ha llegado a parecer tan inevitable como las industrias nacionales.

Los norteamericanos que se jactan de un fácil patriotismo consideran un delito criticar el propio país, en la creencia, supongo, de que perseverando en la idea de nuestra grandeza seremos siempre grandes. Pero hombres sesudos nos enseñan que los

[5]Isla situada en el East River, al este de Nueva York, y donde existen prisiones, asilos de insanos, hospicios de pobres y hospitales.—La Redacción.

defectos sólo pueden corregirse tratando de descubrirlos, mediante un examen diario de la conciencia; y como nuestra grandeza se evidencia solamente en momentos excepcionales mientras que nuestra negligencia nos acompaña todos los días, conviene ensayar siquiera aquella práctica. Ciertamente, si continuamos por mucho tiempo como en la actualidad nadie podrá decir dónde acabaremos. Hemos cerrado de tal modo los ojos a la negligencia prevaleciente que ésta no sólo se arrastra sino que avanza a pasos agigantados en todos los órdenes esenciales de la vida. Las naciones decaen y perecen, desapareciendo las ciudades y cuanto encierran. Los más lozanos frutos políticos del presente se marchitan y corrompen en breve. El arte, únicamente el arte, sobrevive a las generaciones que pasan y a lo que llaman civilización; y la negligencia nacional afecta actualmente el arte, no sólo el arte en su limitada acepción usual sino en el sentido más vasto, que incluye la palabra hablada y escrita, la pintura, la escultura, el grabado, la arquitectura y la música.

Medida por los recursos que poseemos para alcanzarla, nuestra grandeza en todos los ramos del arte sería prodigiosa. ¡Cuán irreales y fantásticas hubieran parecido la abundancia y riqueza de nuestras escuelas, colegios y universidades a estudiantes de pasadas épocas en que la educación era privilegio de unos cuantos, quienes tenían que trabajar con ahinco para lograrla! Pero, ¡cuán sorprendente el fruto insignificante en el parto de estos maravillosos montes del sistema educativo! ¡Y cuán incomprensibles los nuevos métodos! La disciplina mental, en otro tiempo el principal objeto de la educación, ha quedado subordinada a notas, exámenes y diplomas; los niños estudian mediante el juego, y dirigen ellos mismos el juego; la gramática ha sido relegada a lugar secundario, y el análisis prosódico es materia tan extinguida como imaginábamos a los plesiosauros hasta hace poco; las materias cuyo aprendizaje requiere esfuerzo son cómodamente abandonadas; el pensar es ocupación superflua; los eruditos más satisfechos de sí mismos se alejan rápidamente de los antiguos fundamentos, y desechan a su paso las normas antiguas. En todas partes pueden observarse los resultados de nuestra negligencia intelectual. Los estudiantes se aglomeran en el salón de conferencias; escriben una admirable variedad de tesis de exámenes; salen de la escuela, del colegio o de la universidad cargados de laureles; pero no pueden hablar ni escribir un inglés correcto. Su lenguaje es el lenguaje usado en las páginas cómicas de los diarios. En voz que no se les ha enseñado a dominar o modular, dicen que ellos "gotta go,"[6] y que "gonna do it,"[7] y aderezan su conversación con gemas como "watcha"[8] y "gotcha"[9] y vulgarismos análogos, desprovistos del humorismo y el vigor que da gracia y a veces elocuencia a la verdadera jerga popular. Como hablan, escriben, no profesando por la palabra escrita mayor respeto que por la hablada. Aceptan todo aquello que economiza tiempo y trabajo: escriben *thru* por *through*,[10] *program* aligerado del final *me*, *cigaret* del final *te*, *catalog* del final *ue*, *humour* sin *u*, *labour* con igual falta, y cometen otras innumerables profanaciones[11] no menos monstruosas, empleando casi siempre abreviaciones[12] para ahorrar tiempo y espacio hasta grado tal que, según parece, no falta mucho para que libros y periódicos se impriman en caracteres taquigráficos. No existiendo la belleza del lenguaje, no puede existir la belleza de la literatura. Contamos con una legión de profesores de gramática inglesas; pero, ¿cuántos escritores o críticos distinguidos tenemos, cuántos lectores capaces de discernir y apreciar lo que leen? Si el crítico o maestro elude continuar la obra de ayer, si se regocija en haberse

---

[6]Contracción viciosa de *have got to go*, "tener que ir o irse."—La Redacción.

[7]Contracción viciosa de *going to do it*, ir o disponerse a hacerlo.—La Redacción.

[8]Contracción viciosa de *what do you*, como en: *What do you wish?* es decir: "Qué desea usted?"—La Redacción.

[9]Contracción viciosa de *I have got you*, expresión vulgar de los Estados Unidos que generalmente equivale en castellano a: "Le comprendo."—La Redacción.

[10]Raras veces se hace.—La Redacción.

[11]En cuanto a la omisión de la *u*, debe reconocerse que hay buena autoridad para hacerlo, y que corresponde a una tendencia natural y lógica a prescindir de letras unidas e inutiles en voces netamente ingleses. —La Redacción.

[12]Difícil sería señalar nombre de literato, periodista, libro o diario que emplestales abreviaciones.—La Redacción.

substraído a la guía griega y latina, si establece diferencia entre la lengua inglesa y la norteamericana, si se jacta de haberse emancipado de tradiciones que constituyen el patrimonio de la literatura moderna, ¿puede sorprendernos la calidad de los libros nuevos más solicitados y de las revistas baratas de nuestros puestos de venta; la abundancia nociva de trabajos de segunda clase, aplaudidos en revistas de segundo orden y devorados por un público de segunda categoría; la corruptora mezcolanza que llena hasta el tope la lata de basura de la literatura nacional?

Peor es aún, si cabe, lo que sucede con el arte del escultor, el grabador, el pintor y el arquitecto. Probablemente no hay pueblo que gaste tanto en el arte y hable tanto sobre el arte como el nuestro. El dólar norteamericano adquiere los tesoros que Europa no puede darse el lujo de retener. Los museos norteamericanos conviértense en lo que eran los museos europeos antes de que la guerra transformara a Europa en lugar inseguro para cuanto podía producir dinero. Las ciudades de los Estados Unidos, grandes o pequeñas, construyen espaciosas galerías, templos artificiosamente clásicos hoy diseminados en todo el país. Abundan las escuelas de arte, obteniendo fácilmente donativos en el mayor número de casos. Los estudiantes norteamericanos de arte son tan incontables como las arenas de una playa, y las becas suficientes casi para todos. El arte es un juguete de moda, un instrumento de reforma, una ayuda para el reformador de la humanidad. ¿Y qué se consigue con todo ello? Cuando nuestros museos han adquirido las obras maestras del mundo, ¿cómo benefician éstas al público? ¿Qué curso técnico, qué preparación práctica ofrecen las escuelas a los estudiantes? ¿Y qué otra cosa ven en las escuelas los estudiantes sino fábricas organizadas para "producir" con la mayor celeridad artistas capaces de enriquecerse rápidamente, para señalar el camino más corto hacia el éxito, para enseñar la manera astuta de evadir el trabajo sin el cual nunca fué ni será posible el arte supremo? Hemos realizado y aun realizamos de vez en cuando grandes obras artísticas y literarias. Hemos triunfado en la arquitectura. Pero yo hablo de la regla, no de la excepción; y lo que es la regla se colige por la tendencia actual de los artistas a caer en los "ismos" o caminos cortos, tan fácilmente como los patos caen en el agua; por la ansiedad del público hacia lo sensacional o descuidado en la pintura, y la disposición de muchos pintores a satisfacer esta predilección, por la indiferencia general respecto de la escultura, salvo en damas que consideran ofendido su sexo, o en cronistas que encuentran material para un buen "suelto;" por la popularidad de revistas ilustradas que constituyen una desilusión para artistas, grabadores e impresores, quienes recuerdan un pasado no muy remoto en que la revista ilustrada norteamericana era una obra de arte; en fin, por la tendencia de ciertos arquitectos a descender a la trivialidad después de haber triunfado. Hay desde luego artistas que aman demasiado el arte para deshonrarlo; pero, ¿qué significan sus obras para el público, que no se siente herido ya por los desechos del arte?

La música adolece de iguales vicios, y todo oído delicado debe evitar las pruebas que así lo acreditan. La música ha llegado a estar no menos en moda que la política y la filantropía, y más aún que las obras de arte. Escuelas y profesores de música abundan tanto como escuelas y profesores de otras artes, ofreciendo becas y contando con alumnos igualmente numerosos. El concierto semanal, el concierto diario atraen una legión de abonados ricos a la puerta principal, una hilera de aficionados pobres a la entrada barata tras de la esquina. No ir regularmente a la ópera es denigrarse como un advenedizo. En la magnitud de sus rentas los cantantes favoritos rivalizan con las estrellas del cinematógrafo. No hay comida digna sin música, tertulia elegante sin música, veraneo refinado sin música. Y no obstante las innumerables oportunidades que tiene para oír buena música, ¿cuál es la música que realmente ama el público, la música por la cual sacrificaría todas las grandes óperas y orquestas sinfónicas habidas y por haber, si tuviera el valor de hacerlo? Si se hubiera de escoger entre Wágner o Debussy y el *jazz*,[13] entre Héifetz o Rach-

[13]Música para baile común en los Estados Unidos en el dia de hoy entre ciertas clases.—LA REDACCIÓN.

maninoff y la música fonográfica, ¿cabría dudar de la decisión, siempre que la gente no se avergonzara de confesar sus preferencias? Colóquese en las tablas un piano mecánico o un fonógrafo, impóngaselo como la moda del día, y ¡se verá si la misma legión, la misma hilera, no sitia las puertas de Carnegie Hall[14] y de la Metropolitan! La música hecha a máquina ha estragado el oído. Las máquinas musicales son asombrosas como máquinas, pero no producen arte, sino algo mecánico; sin embargo, el público no distingue entre uno y otro. El público acoge favorablemente todos los substitutos mecánicos de la música, de igual modo que los últimos "ismos" de artistas mal preparados, los últimos dramas fotografiados de la película, las últimas crónicas del escritor que ha echado la tradición a los cuatro vientos. Para el negligente resulta mucho más difícil levantarse a la altura de las demandas intelectuales y emocionales del arte.

Habiendo disfrutado de medios educativos, los más han sido siempre los negligentes. Su actitud no presenta nada de nuevo, pero sí ofrece un peligro cada vez mayor. El hombre que como cosa natural pone la lata de basura en la puerta de su casa, puede concluir pasando inadvertida la presencia del receptáculo en su sala de recibo; del mismo modo el hombre de gusto o de saber que se acostumbra a la negligencia de la generalidad en aspectos importantes de la vida puede acabar considerando inevitable esa negligencia, lo cual embotaría sus sentidos. Pero como en el caso de las latas de desperdicios colocadas a la puerta de las casas, mientras más pienso en las amenazas que rodean al arte, menos descubro que a los demás les preocupe. Aquellos a quienes he expresado mis inquietudes me aseguran que el desaliño es inevitable en una democracia. En una tierra donde rige el pueblo, no es posible exigir pulcritud ni tampoco respeto por el arte: doctrina desconcertadora para la persona enseñada a considerar la democracia como cuna y dispensadora de todo bien. Si el pueblo hace las leyes, las leyes deben darle lo que desea; y si es desaliño lo que quiere, comete un error. O bien tiene la capacidad de gobernarse, y debe hacerlo mejor, o bien no puede dar más de sí, y por consiguiente no es capaz de gobernarse. No veo la solución de este dilema. Y mis inquietudes crecen cuando pienso que nuestro gobernante, el pueblo, ha permitido que el país se vea inundado por extranjeros poco apetecibles que vienen a añadir sus métodos extranjeros de desaliño a los nuestros, y que, adoptando sin dilación la ciudadanía americana, tienen el derecho de imponernos tales métodos. Costumbres inofensivas en aldeas que el viento azota constantemente en colinas de Italia pueden resultar muy nocivas cuando se importan a nuestros populosos barrios pobres. Hábitos que hacen horrorosos los barrios ruso-judíos en el sudeste de Europa pueden recrudecerse virulentamente en los *ghettos*[15] que hoy se estimulan o se toleran en las democráticas ciudades de los Estados Unidos.

Y todo lo aceptamos, tan satisfechos con nuestra plácida indiferencia como los británicos con su incoherencia. Sólo cuando el país se hallaba en manos del inmigrante nocivo pusimos un límite a la inmigración; sólo cuando la enmienda décimoctava formaba parte de la constitución protestamos contra las leyes prohibitivas del alcohol; y de la misma manera el arte se habrá sumergido en la negligencia antes de que comprendamos que sin arte nada significa la vida, y, en efecto, que la vida misma debiera ser un arte. El hombre de negocios nos informa que los Estados Unidos son un país comercial, "el país del hombre de negocios y no del artista. El artista vive en nuestro medio, no por derecho, sino por tolerancia." Si es así como sinceramente pensamos los norteamericanos, ¡Dios nos ampare, porque es demasiado tarde para ayudarnos a nosotros mismos! ¡Cómo, si hasta el "chino pagano" que tanto despreciamos tiene ideas superiores! Si rehusa compartir nuestra ceguera materialista es porque, como nos lo ha manifestado cortésmente, cree demasiado caro el progreso que no deja a una nación tiempo ni deseo para cultivar el arte de la vida.

[14]Gran edificio de Nueva York para conciertos, conferencias, exposiciones, congresos, etcétera.—LA REDACCIÓN.

[15]Barrios judíos en ciertas ciudades de los Estados Unidos y de Europa.—LA REDACCIÓN.

LOS BÁRBAROS MODERNOS

POR

WÍLBUR C. ÁBBOTT

Todos somos más o menos socialistas al presente, declara el autor. No es al socialismo moderado a quien debemos temer, sino a aquel grupo subversivo, de tendencias violentas, disfrazado con la capa del socialismo, y que pretende desquiciar los cimientos de la civilización. A este grupo califica el escritor de "bárbaros modernos." Sin saber exactamente a lo que se refieren, manifiesta, denuncian el "exceso de civilización" y preconizan el "retorno a la naturaleza," intentando así aniquilar la obra de muchos siglos y muchas generaciones. En nombre de la "justicia social" proclaman la doctrina de la igualdad, descontando el hecho de que la ley natural implica desigualdad física y mental entre los hombres. Tienden a separar el presente del pasado, y a enajenar el porvenir en obsequio a teorías que no han pasado por el tamiz de la prueba. Son más temibles que los bárbaros de Atila, porque aquéllos sólo perseguían el derrocamiento del poder material, y éstos aspiran a la conquista del pensamiento: es una lucha de músculos contra cerebros, de masas contra intelectos. Y, en realidad, a lo que tienden es simplemente a invertir el orden de los factores con resultados mucho más desastrosos para el mundo.—LA REDACCIÓN.

"JUZGAN necesario que se produzca el caos, y aun que debería precipitarse dicha situación, porque sólo entonces se pondrá de manifiesto el vigor del socialismo. . . . En todos los países . . . se produce el tipo revolucionario. . . . Vive como las bestias salvajes; lleva constantemente su vida entre las manos; es agresivo e indomable. . . . Pero sin hombres de este tipo, Europa sería hoy un depósito de inmundicias estancadas."

Tales son las palabras de un socialista moderno al recomendar la adopción pacífica de su fórmula para la salvación del mundo, como antídoto contra el derrocamiento del presente sistema social por la fuerza, resultado que teme y pronostica en caso de que su fórmula no sea aceptada. Este deseo de cambio, este temor de una revolución, son sintomáticos de la época. No han nacido de la guerra, aunque la guerra hiciera más intenso temporalmente este sentimiento. No se deben tampoco a la paz, aunque la paz pareciera infundirles nuevo vigor por cierto tiempo.

Es semejante al espíritu que prevalecía hace unos cien años, cuando la humanidad, pasada la tormenta de las conquistas napoleónicas, dirigía sus esfuerzos a la reconstrucción del mundo. Entonces, como ahora, hubo un tratado de paz que a nadie satisfizo; una serie de congresos para arreglar los asuntos de los estados europeos: se acordó entonces una santa Alianza como ahora una liga de naciones. Pero con la diferencia de que en vez de una alianza de emperadores, tenemos una asociación de pueblos libres; en vez de una vaga aspiración hacia la regla de oro en política, tenemos planes constructivos para la cooperación mundial; en vez de congresos para suprimir el liberalismo, tenemos conferencias sobre el derecho de los pueblos para decidir sus propios destinos. Lenta, laboriosa, penosamente, avanzamos hacia alguna forma de política mundial, no, por cierto, siguiendo los métodos indicados por la autocrática visión de Alejandro I, sino de acuerdo con el espíritu de su sueño.

Ni entonces ni ahora, empero, han constituído las relaciones internacionales la meta de los sueños y aspiraciones políticas. En aquel tiempo los campeones del constitucionalismo y del parlamentarismo luchaban por el gobierno tanto del pueblo y por el pueblo como para el pueblo. Lograron realizar sus anhelos; y los modernos campeones del socialismo esperan de la reforma social una panacea contra los males de la sociedad, con la misma confianza que los antiguos la esperaban de la reforma política. El caso es que, habiéndose desvanecido en cierta medida a la luz de la experiencia el sueño de que cuando el pueblo tuviera voz en el gobierno y se hubiera derrocado a la "clase dirigente," sobrevendría el milenario, se busca ansiosamente una nueva fórmula capaz de curar los males del político.

Es evidente que vivimos en una época no sólo de revolución sino de rebelión. Hemos presenciado el surgimiento de un arte que prescinde de la línea, el color y la perspec-

tiva, arte semejante e inferior al del hombre primitivo; una escuela de música que ignora la belleza y la armonía, repercutiendo los salvajes ecos del tamtam del África central, acompañados de danzas que causarían sonrojo en una bacanal, y de letra adecuada a capacidad intelectual apenas superior a la del negro cimarrón. Leemos novelas más sutilmente decadentes que la literatura del corrompido imperio romano en su declinación, y poesía inferior en forma y substancia a la de nuestros remotos antecesores teutones. Escuchamos ensalzar normas morales semejantes a las de un rebaño de ganado salvaje; y oímos a críticos y seudo pensadores encomiar tales manifestaciones como la última palabra del refinamiento artístico y filosófico. Es nada menos que—a la verdad, así lo proclaman muchos de sus devotos—un retorno a lo primitivo, una protesta contra el "exceso de civilización," un "retorno a la naturaleza" más radical todavía que el predicado en el siglo décimoctavo por los profetas de la revolución.

Y, ¿qué quieren decir con "exceso de civilización?" ¿Se refieren, por ventura, a que podemos producir artículos en menos tiempo y en mayor cantidad de lo que antes hubiera logrado el hombre; a que podemos trasladarnos de un lugar a otro por motivos insignificantes con más celeridad de lo que el hombre hiciera en otro tiempo; a que estamos multiplicando casi hasta la asfixia la especie humana y extinguiendo los espacios desiertos, los "pulmones de la tierra," con mayor rapidez de lo que jamás se hubiera realizado; a que, habiendo conquistado el mar y la tierra y exterminado sus otros seres tan de prisa como es posible, procedemos ahora a la conquista del aire, sin más objeto que nuestro bienestar material? ¿Somos más ilustres que nuestros antecesores en algún respecto, salvo el material?

Prescindiendo del enorme progreso mecánico del siglo pasado, ¿qué nos resta? Solamente Buda y Confucio y Mahoma y Cristo; solamente Homero y Virgilio y el Dante, Shákespeare y Milton, Goethe y Schíller, Corneille y Molière; sólo Copérnico y Galileo y Newton; da Vinci y Rafael y Ticiano y Miguel Ángel, Rémbrandt y Rubens, Velázquez y Van Dyck; solamente, si se quiere, Alejandro y César y Carlomagno y Napoléon. Solamente esa larga descendencia de hombres que desde el tiempo de Pericles y Platón, de Eurípides y Aristófanes y Fidias, nos han hecho lo que somos. Somos grandes porque nos levantamos sobre los hombros del pasado; nuestra gloria mayor es que el hombre es el "archivero de las edades," que, a diferencia de los demás animales, preserva la obra de las generaciones y de esta manera efectúa su progreso. Muchas voces nos instan para que olvidemos esto. Ciertamente, declaran los profetas del nuevo orden, nosotros somos el pueblo, y la sabiduría ha comenzado con nosotros. Tal es el clamor de los bárbaros modernos, ebrios de materialismo: la desdeñosa ignorancia del pasado por los frutos del industrialismo que carece de pasado. Sin embargo, contrariamente a la aparente convicción de muchos de estos profetas, la edad de la razón no empieza hace treinta años.

No solamente es la vulgaridad primitiva, empero, lo que nos amenaza con el hundimiento. Hemos contemplado el advenimiento de religiones seudo políticas preconizando experimentos gubernativos desacreditados por la experiencia de cincuenta siglos y tratando de persuadir a los hombres, no sin resultado, para que arrojan a un lado los frutos de la experiencia y destruyan, en nombre de la "justicia social," el edificio que hemos levantado. ¿Llegarán a prevalecer? Ésta no es cuestión puramente "académica." Hubo un tiempo, cuatro años ha cuando mucho, en que parecía que los bárbaros modernos arrollarían Europa como la arrolló el Flagelo de Dios con sus hunos hace cerca de quince siglos. Han arrastrado a Rusia fuera de la corriente de la civilización. Sus doctrinas han encontrado exponentes en muchos países, del mismo modo que Atila reclutó sus legiones entre los godos y alemanes y gepidos. Han encontrado traidores dentro de las filas de la civilización para ayudarlos, lo mismo que Atila los encontró en Italia. Pero de igual modo que éste tropezó con la derrota en el campo de Châlons a manos de los restantes fieles a las tradiciones, sus sucesores han tropezado con derrota tras derrota, en los años

transcurridos desde 1918, a manos de idéntico elemento. Queda por atender a que estos nuevos bárbaros, a diferencia de los antiguos, no encuentren nuevas tierras que conquistar. El peligro que representan para el mundo es todavía mayor que la amenaza de Atila: éste perseguía únicamente el derrocamiento del poder material; sus sucesores persiguen la conquista del pensamiento. Y si realizaran sus aspiraciones, el reloj de la civilización se atrasaría no siglos, sino edades.

Destruirían en primer lugar la odiada "burguesía," esa "gangrenada porción del cuerpo político," la clase media. ¿De qué elementos se compone la clase media? No es, como muchos afirman, un grupo de individuos clasificados en conjunto por alguna cualidad peculiar que distingue del común de los humanos, como la supuesta aristocracia de los oradores revolucionarios. A diferencia de esta aristocracia, la clase media se jacta muy poco del nacimiento y menos todavía se rige por la tradición. A decir verdad, ha sido el enemigo más acerbo del linaje, como cualidad única, y de añejas tradiciones, puesto que ha iniciado los movimientos que tendían a su destrucción. No representa un grupo exclusivo, puesto que ninguna de las otras clases, ni la aristocracia ni el proletariado, constituye agrupación tan cambiante como ésta, que agrega constantemente a sus filas elementos reclutados en esferas superiores e inferiores de la sociedad, y comprende cien categorías diversas desde el capitalista al artesano.

En las acusaciones lanzadas por sus enemigos se la ha identificado por completo con su producto, el capital. Pero el capital no es la piedra de toque de la clase media; con más propiedad puede decirse que esta clase tiene algo más que ofrecer aparte de músculos o linaje. Se compone de elementos acostumbrados a depender de sí mismos más que de ajenas circunstancias como el nacimiento, la riqueza, la caridad, o el apoyo del estado: elementos capaces, enérgicos, ambiciosos, independientes, altivos y conscientes; individualistas, por consiguiente, y con ideas definidas, más bien que sujetos a emociones en masa. Esta clase es, en gran medida, la que nos ha hecho como somos. Ha pintado los cuadros y escrito los libros, poniendo de manifiesto las nuevas ideas del mundo. De su centro han brotado los descubridores y los caudillos del pensamiento y la acción, los inventores y, al presente, los capitalistas. La clase media es la que ha llevado adelante el progreso de la vida. Ha convertido en realidad el sueño de democracia. Además, y principalmente, es la "archivera de las edades," no el libro cerrado ni el elemento destructor del tiempo; porque ni tiene la obsesión del pasado como la vieja aristocracia, ni trata de abolir el pasado como lo intenta esta "clase proletaria." Con todas sus faltas, constituye no sólo el grupo más inteligente, más abnegado, más constructivo, sino también el más numeroso en nuestros días, porque incluye a todo hombre que cree en las virtudes de antaño, en las llamadas trivialidades de la experiencia; y al mismo tiempo tiende hacia lo nuevo.

Esta clase, con su acumulación no sólo de riqueza sino de sabiduría, es la que los bárbaros modernos tratan de eliminar o conquistar, porque saben bien que, careciendo de este apoyo, su causa está perdida. Supongamos que lograran su empeño; supongamos que llegaran a dominar los instrumentos de producción y distribución que sirven de base a nuestro sistema industrial. ¿Seguiría el mundo, conforme lo conocemos, el rumbo que sigue en la actualidad? ¿Volvería simplemente al estado de los negocios previo a la revolución industrial? ¿O se hundiría en el salvajismo primitivo? Estos tres resultados se han profetizado, y se profetizan.

No es necesario discutir el asunto tomando el ejemplo exclusivo de Rusia. Si fuera posible detener la obra destructora en el siglo décimoséptimo, pongamos por caso, echaríamos indudablemente de menos las comodidades y ventajas de la vida moderna, pero saldríamos gananciosos. No tendríamos proletariado; puesto que, evidentemente, se agotarían las fuentes del proletariado, a menos que los extremistas poseyeran un vigor y una capacidad que no han demostrado hasta ahora cuando han tenido el poder. Sin el industrialismo habría una diminución enorme de población, no en el campo sino en las ciudades. Para comprenderlo, necesitamos solamente

considerar el efecto del bloqueo en Alemania y el efecto del bolchevismo en Rusia. El industrialismo ha producido este proletariado. La declinación y caída del industrialismo lo terminarían. Sin duda alguna el mundo se beneficiaría en muchos respectos con tal holocausto. El hombre es, después de todo, un animal que depende del suelo, y al suelo se le hará volver. Los grandes y perturbadores elementos de la vida moderna, la aglomeración de las ciudades, la tendencia sensacional de la prensa, los incapaces que dependen de la beneficencia, las concesiones a los menos deseables elementos de la humanidad: todo esto desaparecería, y fenecería el proletariado en razón de su mismo éxito.

Fenecería, a menos que arrastrara consigo en su caída el edificio entero de la sociedad, a menos que, como en Rusia, la raza humana quedara reducida a sus factores más bajos, dedicándose al cultivo elemental de la tierra como único refugio contra la extinción. Y si el edificio de la civilización se derrumbara, ¿qué porvenir esperaba a la clase media? De todos los elementos sociales es el único que podría afrontar la situación con mayor ecuanimidad; porque, si no la exterminaban antes sus enemigos, purgada de su escoria, cumpliría sus destinos. Las cualidades que la han hecho lo que es bastarían no sólo para que sobreviva sino para que triunfe. Los bolchevistas tienen razón. El único medio de prevalecer sobre la clase media es exterminarla; pero inmediatamente reviviría, porque es un espíritu y no una clase de individuos. Aun el mismo Karl Marx, el gran sacerdote del bolchevismo, ¿no ha pronosticado acaso que ningún grupo social puede jamás ser derrumbado hasta que se haya agotado por completo su posible contribución a la sociedad? Y, ¿quién se atreverá a decir que la clase media, siquiera sea en su odiada manifestación de capitalismo, ha llegado ya al final de su cometido?

Por cierto que no lo dirán los socialistas, ni es a ellos a quienes nos referimos, sino más bien a aquel vago grupo, de tendencias más violentas, que hemos aprendido a calificar de subversivo. Pocos de nosotros somos opuestos al socialismo, en su sentido más moderado, porque, en uno u otro respecto, todos somos socialistas al presente. Entre todas las manifestaciones de la opinión pública el socialismo es, a la verdad, la única que no ha logrado encarnarse en una forma de gobierno tangible o concreta. No nos adelantará mucho el declarar que esto es así porque, como el cristianismo, representa una creencia. No llega a ser una verdadera religión porque carece del elemento espiritual, y es difícil hacer una deidad del vientre. Posee y adquiere fuerza paulatinamente, pero en calidad de correctivo para los males del excesivo individualismo, y no como panacea para todos los males gubernativos. Encierra verdad, pero verdad todavía obscurecida por mucho error, y no verdad en su plenitud. Ni será tampoco plenamente aceptada, porque no estamos dispuestos a admitir la igualdad de condición como alternativa—como sería necesario—a la igualdad de oportunidades. No estamos preparados a cambiar aun cuando fuera nuestros males presentes por una dictadura del proletariado, ni a aceptar un dogma material como guía de la conciencia. Pero no es al verdadero socialista a quien debemos temer: es a la sombría influencia de los subversivos, disfrazada ahora de socialismo.

Algo puede decirse en favor de los nuevos bárbaros. La "burguesía," contra cuya dominación protestan, tiene los defectos de sus cualidades. La misma individualidad agresiva, la ambición y habilidad que hacen triunfar a sus miembros, han dado lugar al egoísmo, a la ostentación vulgar, a las características que provocan denuncias de los agitadores, y problemas que reformar.

Sin embargo, no es allí donde reside la dificultad principal. El gigantesco mecanismo industrial edificado por la clase media tiende a desarrollar un descontento que ningún mejoramiento de salarios o condiciones será capaz de ameliorar; y se augura que la neurosis del mundo puede forzar un retroceso a condiciones más naturales y consecuente reducción de la industria. Escuchamos cómo escarnece la antigua doctrina del trabajo y sus bendiciones una generación que, al trabajar, sólo tiene en mientes la paga; que persigue el placer como el objeto principal de la vida. Oímos extraños clamores de "guerras

capitalistas," a pesar de que el capital progresa en la paz y se destruye con la guerra. Oímos que la clase obrera denuncia la guerra, a fuer de que sus miembros sufren más que nadie las consecuencias; y, sin embargo, es opuesta al desarme. Atravesamos aquel estado de ánimo que presupone que el hombre, por el exclusivo hecho de haber nacido y llegado a la madurez, tiene derecho a todas las satisfacciones y comodidades de la vida. Observamos que se echa abajo la línea divisoria entre el obrero apto y el inepto. Y porque los hombres han aprendido a leer noticias de asesinatos y deportes, numerosas agencias les han incitado a creerse altamente ilustrados.

A este espíritu apelan los agitadores, alimentando el descontento por todos los medios posibles para lograr sus propios fines. Proclaman que el adelanto de la civilización es obra del trabajo manual y no de la inteligencia; que a favor de la astucia y el dolor se arrebatan sus frutos a los verdaderos arquitectos. Predican la doctrina de músculos contra cerebros, de masas contra intelectos, a pesar del hecho evidente de que no existe virtud especial o sagrada en el esfuerzo muscular, ni sabiduría conclusiva en la tabla de multiplicación. Tal concepción representa la última fase de la doctrina de la igualdad: la igualdad del animal humano.

Con todo, aun entre los animales hay desigualdad. La hormiga no puede todavía rivalizar con el elefante; todos los leones no poseen igual fuerza, ni todos los zorros igual astucia. Los rebaños tienen un caudillo, y asimismo lo tienen las manadas de lobos. Del mismo modo necesitan tenerlo las masas. ¿Habrán de ser guiados los hombres por aquellos de sus semejantes que posean mayor fuerza y sagacidad, pero que al mismo tiempo sólo tienen moralidad e inteligencia animal? Hay gran peligro de que así suceda, como lo atestiguan muchas de las elecciones recientes. ¿Qué pueden hacer las clases inteligentes, que manejan grandes empresas, que sostienen las mismas instituciones filantrópicas que hacen posible la supervivencia del elemento más débil; qué pueden hacer frente a las hordas bárbaras de la industria, empujadas, como Atila empujaba a sus hunos, al despojo de una civilización próspera? Es muy raro que hombres de aquellas clases atraigan a las masas, y es todavía más raro que las masas los elijan como sus representantes.

Este sombrío cuadro que pinta el misántropo tiene, sin embargo, otro aspecto, y es que, en última instancia, no ha sido vana la obra de los siglos. Las legiones industriales son excedidas por otras legiones. La desazón mayor de los subversivos es que los burgueses son demasiado fuertes; que la ceguera de los conservadores—agricultores, comerciantes, empleados, agrupaciones de hombres de negocios y profesionales—obstruye su aceptación de la doctrina del caos y la igualdad, la igualdad gregaria del proletariado; que el experimento de su fuerza ha servido sólo para revelar la independencia de su labor, y no la dependencia que con tanta certeza se había expresado y tan ampliamente se había creído.

Sin embargo, hay algo todavía más profundamente verdadero que la inesperada fortaleza e independencia y espíritu militante de la burguesía. Quizá si las revoluciones no son otra cosa, como observaba Napoleón, que la transferencia de propiedades de una mano a otra; pero ninguna revolución basada puramente en este principio ha logrado triunfar hasta el presente. Existen fuerzas más profundas que las descubiertas por revolucionarios y economistas, leyes fuera del alcance de la visión de los mismos políticos. Y una de éstas es la influencia del pasado y la influencia del porvenir. Es allí donde la nueva escuela se encuentra en conflicto con los resortes más ocultos de la naturaleza humana: tales estímulos no pueden expresarse simplemente en términos de la propiedad.

En gran parte de la agitación actual se descubre un elemento prominente: la tentativa de separar el presente del pasado y de enajenar el porvenir en obsequio a teorías que no han pasado por el tamiz de la prueba. De acuerdo con la lógica, si todos hemos de ser iguales, esta igualdad debe comenzar indudablemente desde la cuna. Cada generación, conforme se sucede, debería proscribir toda ventaja innata a sus miembros. Esto eliminaría naturalmente la herencia, la posibilidad de transmitir a los hijos todo aquello que los padres hubieran adquirido. Llevada la proposición a su conclusión extrema, debería

asimismo proscribirse a todo individuo las ventajas incidentales que se derivan del cuidado paterno o materno. Los partidarios de la nueva utopía no se han retraído de esta conclusión; y con aparente seriedad han propuesto el establecimiento de hospitales públicos y aun planteles de párvulos, donde se permitiría, y hasta se exigiría, que el estado se haga cargo de la crianza de los niños, siguiendo el ejemplo de Esparta, de muy poco bendita memoria. De esta manera se perfeccionaría la abolición del pasado y del futuro. Desnudos vinimos al mundo y desnudos hemos de salir.

Mas esto no aseguraría, en verdad, una igualdad absoluta de condiciones mientras estamos vivos, la cual sólo podría obtenerse mediante una legislación que prohibiera la superioridad natural o la expresión de dotes susceptibles de granjear ventajas sobre los demás. Pero aun esto tiene respuesta conclusiva, ya que no convincente. En primer lugar, la de los bolchevistas, que aseguran la igualdad por medio de la eliminación. En segundo lugar, la de los socialistas, quienes declaran que bajo las nuevas condiciones no habría individuos ordinarios: todos serían superiores. Éstos no son ejemplos imaginarios. El primero es demasiado verídico; en cuanto al segundo, escuchemos al decano de los socialistas ingleses, Mr. Hyndman:

> Es imposible detenerse antes del socialismo completo, es decir, antes de que estén bajo el dominio de la colectividad todos los grandes medios e instrumentos de producción y distribución. . . . Los problemas de la sociedad, en cuanto se refiere a la vida y sostenimiento diario, no se verán entonces afectados en ningún respecto por valores monetarios, sino que la clase obrera se dedicará a este o aquel ramo de producción que más se adapte a los deseos de la comunidad. . . . La norma de vida para todos y cada uno será superior a todo lo que se haya alcanzado o sugerido hasta el presente. . . . La cuestión de pago o remuneración quedará descartada. Una nueva concepción de la dignidad del hombre y de la honra del servicio social ocupará indudablemente el lugar de sórdidas nociones de provecho personal. . . . Es innecesario mencionar la nueva ética que inevitablemente surgirá de un comunismo científico e ilustrado. Casi todos los crímenes del decálogo se originan en la propiedad. Destruyendo el incentivo, los crímenes desaparecerán. . . . Con la eliminación del trabajo excesivo y la ansiedad, se brindarán posibilidades infinitas para el desarrollo de las facultades superiores a los excepcionalmente dotados, al paso que todos se hallarán en situación de usar y gozar de sus propias capacidades. "Descanso y placer en amplia medida" estarán al alcance de todos y cada cual. . . . No teniendo nadie motivos para sentirse rebajado por su trabajo o por su medio, todos respirarán una fresca atmósfera de alegría en que el ideal se fundirá insensiblemente con la realidad.

Es, en verdad, un cuadro seductor, trazado en lenguaje destinado a despertar en todos la esperanza de vivir sin trabajar, lo cual constituye al presente el ideal de muchos. Sólo deja fuera la naturaleza humana y la realidad. Solamente omite el hecho de que, sea lo que fuere lo que el porvenir aporte, no ha habido hasta ahora sociedad comunista alguna que revelara elementos de progreso o contribución cualquiera a la civilización; y el hecho ulterior de que la ley natural no es ley de igualdad sino de desigualdad física y mental entre los hombres. Más aún; es un hecho cruel, quizá brutal, el de que la civilización se ha basado en la desigualdad y en la clasificación que de allí se origina; y por más laudable y necesaria que sea y haya sido la cooperación, por más que llegue a extenderse, por preferible que sea como concepción filosófica, la rivalidad es el mayor estímulo para la plena expresión de la capacidad humana en general. Y si hemos de alcanzar el inerte nivel—por más elevado que sea—de una igualdad asegurada, estudiemos no sólo las profecías del futuro sino las lecciones del pasado; reconozcamos que esta nueva concepción oculta nada menos que un esfuerzo no hacia la igualdad, sino hacia la supremacía de una clase, que, según las propias palabras de Mr. Hyndman, encontrará "tan fácil, no, más fácil, que los obreros exploten en beneficio propio los mejores cerebros de la comunidad, como lo es para los capitalistas el aprovecharlos para sus fines particulares." Allí, más que en la nueva utopía, reside la clave del asunto.

EL DEPÓSITO SAGRADO

POR

ANNE CHAMBERS

El perro de pastor, ese fiel y animoso amigo del hombre y guardián incorruptible del ganado, es el héroe elegido por la autora para la historieta que a continuación traducimos. El sencillo episodio del heroísmo de un perro, luchando contra los elementos, las fieras y contra los impulsos de su propia naturaleza, descansará quizá la mente de los lectores, fatigada de investigar la psicología y los problemas humanos.—LA REDACCIÓN.

SHEP[1] formaba simplemente parte de un vasto mecanismo: era un perro de pastor, uno de los muchos que integraban el equipo del rancho de los Three Rivers. Ni siquiera le habían honrado con un nombre hasta cierto día en que uno de los hombres, necesitando un perro para desempeñar alguna labor insignificante, llamó, "¡Aquí, Shep!" dirigiéndose en general a la docena de perros que se solazaban en el patio de la hacienda, y el activo perrillo respondió a la intimación.

—Está bien,—asintió el hombre, mirando con indulgencia al desmañado cachorro. —No puede decirse que eres muy guapo, pero como tu madre fué la vieja Fanny debe haber algo de bueno en ti. ¿Aprendiste algo de ella?

—¡Oh, sí!—afirmó el cuerpo del perro en meneos de entusiasmo. —Un montón de cosas.—

Por cierto que no podía expresar estas lecciones en palabras, pero los preceptos estaban muy definidos en la mente del cachorro: máximas importantes en la educación de un buen perro de pastor. La vieja Fanny se las había infundido con su hermoso ejemplo y con mordiscos punitivos. En sus tiempos había borrado el estigma legado a su nombre por un antecesor a quien pegaron un tiro por haber matado a las ovejas que tenía obligación de custodiar; y con ardiente celo y ferviente decisión por su noble papel de protectora, había transmitido a su progenie los principios fundamentales de su carrera.

—Recordadlo bien . . . ¡no hay excusas que valgan!—había sido su amonestación postrera cuando se preparaba a lanzarlos a afrontar la vida por sí mismos. —Las ovejas puestas bajo vestra custodia es un depósito sagrado. Defendedlas hasta verter la última gota de sangre, si fuere necesario. Es mil veces mejor que vuestros huesos blanqueen a la intemperie en las dehesas, antes de que volváis al rancho hechos unos lastimados esqueletos a dar excusas por la pérdida de una siquiera de las ovejas que tenéis el deber de proteger.—Tal era la idea expresada en otros una serie de ladridos.

Es posible que algo de ello pensara el cachorro de Fanny mientras contemplaba intensamente el rostro del hombre, penetrado de la importancia de su primer ensayo como perro de pastor.

—Está bien, Shep,—dijo el hombre, aceptándolo. Y Shep se llamó el perro de entonces en adelante: nombre que, a todas luces, carecía de individualidad, pero que le pertenecía y que podría distinguir con el sello de su propio carácter.

Shep cometió al principio algunos errores; pero eran errores de inexperiencia, jamás de indiferencia. Hostigaba a las ovejas: era demasiado impaciente, castigaba a los retrasados con inusitada violencia; pero recibía la correción mirando siempre ansiosamente la cara de su amo, tratando de comprender lo que esperaba de él y enmendar sus faltas.

Después de varias humillantes experiencias persiguiendo a los amenazadores coyotes que venían a desafiar e inquietar a los guardianes del hato, Shep aprendió la lección de los sabios y viejos perros que vigilan incansablemente, siempre al alerta para contrarrestar ataques al rebaño, pero que no cometen la locura de abandonar el ganado indefenso por correr en persecución del infatigable coyote que puede habérselas en velocidad con perro más corredor, hasta

[1]Abreviatura de *shepherd*, pastor; por extensión, de *shepherd-dog*, perro de pastor.—LA REDACCIÓN.

que al cabo el perseguider exhausto se ve forzado a abandonar la caza y regresar humillado para afrontar la burla de sus compañeros.

Por la agonía sufrida en encuentros cuerpo a cuerpo, aprendió Shep a dejar en paz al puerco espín.

Pronto se distinguió Shep como buen perro de pastor, aunque no recibía ni esperaba laudatorias especiales por su fidelidad. Era la rutina diaria. Cualquiera de los perros de la jauría de Three Rivers se hubiera sentido abochornado de hacer menos de lo mejor que era posible.

En el cuarto año de su vida el negro y castaño Shep recibió la comisión de ayudar a la conducción de un gran rebaño de carneros desde los cotos del gobierno, al pie del Mount Hárney, a través de tres distritos, hasta las dehesas de invierno en la comarca natal.

Era empresa considerable. Varios otros perros, y algunos pastores montados en caballos aguerridos, debían asimismo tomar parte en la excursión. Necesitaban atravesar una comarca áspera y agreste en toda su extensión: terreno difícil para arrear ovejas. Mientras Shep corría infatigablemente hacia atrás y hacia adelante, en esta o aquella dirección, en obediencia a los mandatos de su amo, ocurríale que jamás había visto rebaño más perverso ni con mayores tendencias a extraviarse.

Lo mismo pasaba en todo el largo de la línea. Shep oía cómo los pastores lanzaban voces de mando a sus perros, maldiciendo, espoleando a sus cabalgaduras para escalar las eminencias o descender a las hondonadas en persecución de los indóciles animales.

No sería empresa tan ardua una vez que salieran de las montañas; pero esta escabrosa travesía ofrecía gran peligro de que se extraviaran muchas cabezas del estúpido rebaño.

Shep trabajaba valerosamente en cooperación con su amo, dedicando toda su incansable energía, experiencia y natural habilidad al desempeño de su parte. Cuando acamparon al caer de la tarde, estaba deshecho de cansancio. No habían avanzado este primer día tanto como esperaban; no habían logrado salir de las montañas. Los hombres examinaron el cielo ansiosamente, sentados en círculo después de la comida, mientras enrollaban sus cigarrillos y charlaban.

La mañana siguiente vino a justificar su ansiedad. Una espesa niebla los envolvía en su manto gris y amenazador. No perdieron tiempo para emprender su marcha. El invierno se presenta temprano en las montañas, y una vez declarado, los terrenos altos perderíanse entre las nubes descendentes, o sobrevendrían lluvias o borrascas de nieve. Era mal sitio para encontrarse allí cogidos con una manada de carneros.

—Puede ser que se despeje la niebla conforme avance el día,—opinó uno de los hombres tratando de mostrarse esperanzado.

—Sí; puede ser, y puede no ser,—fué la sarcástica respuesta del amo de Shep.

McKelty tenía razón. Conforme avanzaba el día la niebla se hizo más espesa, hasta el punto de que el rebaño no era sino una mancha movible que se desvanecía a la distancia bajo la fatigada vista de los pastores. Continuaban arreando, sin embargo, maquinal, obstinadamente, tratando de dominar con el instinto y la agudeza de sus facultades los inconvenientes del mal tiempo. Pocas órdenes podían dar ahora a sus ayudantes caninos; era mejor no dar órdenes, si no habían de ser inteligentes. En gran medida dejaban la dirección a los perros; y tenían la certidumbre de que cualquier buen perro de pastor haría lo mejor que pudiera, dadas las circunstancias.

Shep rodeaba y guiaba y disponía la parte de la manada que tenía a su cargo tan experta y asiduamente como si recibiera órdenes constantes; pero cada vez se hacía más difícil extender su vigilancia a todos los animales. Particularmente cierta vieja oveja, de cara manchada de negro, le daba guerra incesante apartándose del camino y arrastrando a sus inmediatos vecinos por senderos extraviados.

Shep acababa de ir a retaguardia para reformar las líneas cuando atrajo su atención un ruido continuado de piedras, haciéndole comprender que parte del rebaño se había separado. Apresurándose a ordenar el flanco se precipitó en seguimiento de los rebeldes. Pasó algún tiempo

antes de que lograra descubrirlos, y cuando llegó a divisarlos vagamente a través de la niebla la vieja hembra corría trepándose por una aguda eminencia de la garganta roqueña. Parte de la banda de renegados siguió sus huellas, mientras otra parte tomaba distinta dirección.

Shep se lanzó en persecución de la oveja, abandonando la partida menos numerosa y que avanzaba más despacio hasta hacer regresar a los otros. Una vez que dirigió a la rebelde y a su séquito por el descenso del valle, corrió tras de la segunda partida extraviada. No habían avanzado mucho, afortunadamente; pero cuando los hubo encaminado al sitio donde dejó a los primeros encontró que la oveja de negra cara había desviado nuevamente a su banda, viéndose forzado a perder otros preciosos minutos hasta descubrirlos.

Cuando los reunió por fin a todos, cuarenta animales insubordinados, y los arreó en la verdadera dirección, comenzaba a obscurecer en la garganta: circunstancia que, agregada a las dificultades provocadas por la niebla, le impidió reconocer su camino. Pasados algunos momentos comprendió que debía haberse confundido de algún modo; no parecían encontrarse en la ruta general.

Hizo regresar a la manada por donde había venido y ensayó otro camino de la estrecha garganta. A medida que adelantaban, la ruta se hacía más escabrosa. Evidentemente no era éste el camino. Hizo retroceder de nuevo a su partida y probó otra dirección, tan sólo para sentirse una vez más burlado y perplejo.

Por entonces Shep se daba cuenta completamente de la gravedad de la situación. Veíase perdido en la peligrosa soledad de montañas infestadas de bestias salvajes, con un hato de animales indefensos que dependían en absoluto de su habilidad para protegerlos. La obscuridad aumentaba. Era insensatez iniciar nuevas tentativas para reunirse con la manada principal. Necesitaba encontrar un lugar seguro para pasar la noche, y esperar que la luz del alba viniera en su ayuda. Y aun con tal objeto apenas se atrevía a alejarse del rebaño.

Registrando los alrededores, descubrió al cabo cierto sitio en que algunos árboles caídos formaban una especie de cobertizo natural contra el flanco de una roca. Encaminó a este recinto a los fatigados animales y se colocó de centinela en el lado abierto, escuchando el aislado aullido de los coyotes, el distante rugido de las panteras, el chillido de los buhos. Durante la noche cayó un golpe de lluvia, destruyendo completamente toda probabilidad, en caso que la hubiera, de encontrar las huellas del rebaño principal.

A LA mañana siguiente Shep sintióse fresco y dispuesto para la tarea que necesitaba afrontar. Dejando pastar a su hato en una pequeña colina, partió en busca de alimento para sí. Un urogallo, demasiado ciego y entontecido por la niebla para llevar a cabo tentativa alguna eficaz de escape, procuró alimento a Shep, quien a su debido tiempo arreó su ganado partiendo en busca del camino perdido.

La niebla se había disipado un poco y la comarca parecía hospitalaria y familiar; pero pronto descubrió Shep que no era así, cuando se hubo aventurado confiadamente en esta o aquella falsa dirección tan sólo para reconocer su error después de malgastar un tiempo precioso. La comarca tenía una traidora uniformidad. Las quebradas se abrían sobre otras quebradas, invitando a seguirlas con el único resultado de hacerle regresar burlado más luego.

Al mediodía sentíase el perro decididamente inquieto. Dejó al rebaño pastando en un valle en miniatura al pie de las colinas y, en vez de buscar comida por su parte, lanzóse en precipitadas excursiones de reconocimiento, cuidando de no avanzar demasiado por temor de perder de vista a su manada. Sus correrías de inspección no trajeron ningún resultado. La tierra húmeda no conservaba rastro ni olor que pudiera guiarle. Desde una eminencia lanzó su señal de angustia en penetrantes y repetidos ladridos; pero sólo le respondió el eco de su llamada.

Volvió al sitio donde estaba el ganado, y sus acciones subsecuentes parecieron indicar que había formado un plan definido. Aparentemente comprendió la inutilidad de sus carreras a la descubierta arriba y abajo de la honda garganta; era mejor encontrar un asilo temporal para su banda, y permanecer en el mismo lugar hasta que

los pastores vinieran a buscarlos. Sea lo que fuere, instinto, memoria, razonamiento, Shep condujo a su rebaño a un paraje parcialmente resguardado y estableció allí sus lares durante el lapso de tiempo que pudiera transcurrir hasta que los demás llegaran en su auxilio.

El problema del alimento para Shep y su hato no era muy inquietante en esta época del año; había caza abundante entre las malezas y la hierba estaba todavía verde y apretada. En cuanto a la provisión de agua había numerosos manantiales, tanto calientes como minerales y de agua potable, además de los riachuelos que corrían por todas partes. El peligro era la proximidad del invierno, que podía presentarse en cualquier momento con la amenaza siempre constante de animales rapaces y de tempestades que cubrirían de nieve la hierba y los matorrales, poniendo en riesgo la vida del rebaño y disminuyendo la provisión de caza para su propia alimentación.

Shep se sintió aliviado, sin embargo, una vez que se hubo adaptado a la situación abandonando la esperanza de pronto auxilio. No dudaba de que su amo vendría a buscarlo. En ninguna de las crisis de su vida había sido vana jamás su confianza en el hombre. La experiencia le había enseñado que echarían de menos al ganado y enviarían en su busca alguna partida.

EL MISMO día de su desaparición, al acampar para la noche, McKelty descubrió la pérdida. Se inició una pesquisa a la mañana siguiente, y cuando terminó el día sin que se encontrara al perro y al rebaño extraviados, el jefe dejó dos hombres a retaguardia con el encargo de registrar los montes hasta descubrirlos. Pudo disponer de los hombres sin mayores inconvenientes porque el ganado no era tan difícil de manejar en la abierta comarca que ahora debían atravesar; y se convino en que harían una parada de algunos días antes de vadear el río a fin de dar tiempo a los retrasados para reunirse con la banda. Si no los alcanzaban allí, deberían seguir con los animales recobrados al paso que les fuera posible.

Por espacio de una semana persistieron en su tarea los buscadores; pero el hallazgo de Shep y su partida en aquel vasto desierto era empresa casi desesperanzada. No supieron cuán cerca habían estado del lugar en que el fiel Shep había establecido cuarteles para el rebaño colocado bajo su custodia, el lugar donde esperaba confiadamente que vinieran a su socorro. Durante breve tiempo tan sólo el ancho de una zanja y el saliente de una roca había separado a los buscadores del sitio que Shep había elegido como asilo temporal para su hato. Fué la perversidad de la vieja y revoltosa oveja lo que frustró la salvación en el momento mismo en que parecía inminente.

Durante una corta ausencia del perro en busca de víveres, se le ocurrió a la oveja de cara manchada salir a la descubierta de nuevos pastos. Condujo a su banda a un agudo recorte de la colina, exactamente al lado opuesto de los buscadores, obligando a Shep a correr en su seguimiento en el momento preciso en que su permanencia en el sitio donde estaban asilados le hubiera permitido descubrir por la vista o el olfato la proximidad de la partida auxiliadora. Conforme pasaron las cosas, sus voces y su olor se perdieron con el viento, y Shep y su rebaño quedaron abandonados a su suerte.

Por diez días aguardó esperanzadamente el perro su salvamento, logrando a fuerza de sagacidad conservar a sus cuarenta animales agrupados en cierto circuito. Luego, una temprana nevada le llenó de inquietud. Movíase desasosegado en torno del apretado rebaño. Algo le decía que permanecer allí significaba desastre, de suerte que comenzó a arrear su ganado a través de la comarca en la dirección que sabía hallarse el rancho.

Aquel día fué a la verdad una prueba de su habilidad. El progreso era terriblemente difícil. Por flancos escarpados de colinas y por hondonadas profundas, sobre escurridizas rocas sueltas y traicioneros peñascos, arriba y abajo del riachuelo para encontrar el vado, conducía Shep a su manada; aumentándose las dificultades del avance con la insubordinación de la oveja de cara manchada. En medio de sus fatigas y dándose cuenta de su pesada responsabilidad, Shep llegó a odiar a la vieja hembra que siempre estaba tratando

de regresarse o tomar alguna falsa ruta, arrastrando consigo a toda la partida.

El paraje que descubrió para pasar la noche no era tan resguardado como el que hubieron de abandonar; y en las altas horas apareció un obscuro y enjuto animal deslizándose cautelosamente en torno del simulado establo. El pelo del pescuezo de Shep se erizó; sus labios se recogieron dejando los dientes al descubierto. Una sensación rayana en pánico le acometió. Todos sus instintos se enardecieron a la vista y olfato del antiguo enemigo del perro: el lobo. Pero el sentimiento de su responsabilidad, del sagrado depósito que tenía a su custodia, le dió valor para lanzarse gruñendo contra el aborrecido atacante. El lobo retrocedió, conformándose con mantenerse a la expectativa.

Apenas había amanecido cuando Shep comenzó de nuevo a arrear a sus ovejas. Las rachas de nieve continuaron hasta que una delgada capa blanca cubrió la tierra. La noche sorprendió a la partida sin notable progreso en todo un día de fatigoso esfuerzo. Aun la vieja oveja se echó satisfecha a descansar en el sitio que Shep eligió para campamento nocturno, al parecer complacida de encontrarse a cubierto bajo las espesas ramas colgantes de los árboles. Durante el día y la noche siguientes, Shep mantuvo al rebaño en este asilo, hasta que la nieve se convirtió en lluvia fría y menuda. Entonces prosiguió el avance.

El tercer día de marcha tuvo la suerte de tropezar con una senda de venados que seguía por algún tiempo en la dirección que llevaban. El sol brilló también conforme el día avanzaba, penetrando alentadoramente sus rayos a través de los claros de los árboles; y al caer de la tarde la fortuna los favoreció de nuevo procurándoles un lugar seguro y abrigado para acampar: una gran abertura, a modo de caverna, que los elementos habían socavado al pie de una roca.

Sin embargo, aquella misma noche, regresando apresuradamente de donde había ido a procurarse a la ligera un bocado hasta el sitio donde dejó ramoneando a su hato, descubrió huellas recientes de oso . . . ¡y sus animales habían desaparecido! Le invadió el pánico. Los carneros representarían espléndido lastre para las costillas de un oso de invernada. Con todo, la rebelde oveja era la única responsable por esta desaparición. Había decidido que sus preferencias se inclinaban por el campamento anterior, y retrocedió sin más preámbulos en esa dirección conduciendo a la banda.

No tuvo que corretear mucho Shep para alcanzar al rebaño, pero su alivio de encontrarlo en salvo, añadido al fastidio de su inútil inquietud, agravó sus sentimientos contra la rebelde. Odiaba apasionadamente a la oveja de negra cara, y su tratamiento estuvo muy lejos de ser gentil mientras la obligaba a desandar el camino que ya empezaba a obscurecer. Tenía ansia de enterrar los dientes en su grueso pelaje y sacudirla hasta arrancar la vida de su maldito cuerpo.

En los días siguientes, este deseo se convirtió en obsesión; porque parecía que de continuo hacía más difícil su tarea la terca determinación de la oveja de marchar en sentido contrario a sus direcciones. En el mejor de los casos, las probabilidades estaban terriblemente en contra de la suerte del rebaño. Llegó el momento en que no se atrevía a saltar sobre la oveja para imponer disciplina por temor de clavar los dientes en el odiado cuerpo y sentirse incapaz de aflojar la presa. Comenzó a experimentar constantemente los impulsos del antecesor suyo a quien mataron por haber sacrificado a un carnero, en oposición a los preceptos infundidos por su valiente madre, que habría muerto antes que traicionar el depósito que se le había confiado.

Los días se sucedían fatigosamente uno tras otro, y el fiel Shep continuaba firme en su tarea. Las nevadas ligeras se habían convertido ahora en una serie regular de tempestades de nieve, que aumentaban cada vez más en frecuencia y en violencia. Shep veíase obligado a acogerse días enteros en algún sitio cubierto hasta que la borrasca cediera, permitiéndoles continuar su caminata. Y en tales ocasiones había siempre el temor de que los elementos siguieran desencadenados por tiempo tan largo que se agotara la provisión accesible de forraje, y el rebaño sufriera las consecuencias del hambre.

A medida que el invierno arreciaba, otro

peligro vino a acrecentar las inquietudes de Shep. El insidioso lobo, más atrevido conforme disminuía su acostumbrada provisión de alimento, apareció de nuevo una noche; pero su osadía no fué bastante para afrontar la forzada ferocidad del perro, de manera que se escabulló por segunda vez aguardando ocasión más propicia.

La continuación del mal tiempo hizo escasear la caza menor en los alrededores, y era cada vez más peligroso para Shep alejarse del rebaño para ir en busca de alimento. Solamente lo hacía empujado por el hambre, y trataba de compensar con astucia mayor para coger su presa la necesidad de confinar sus operaciones a la inmediata proximidad del hato. Sin embargo, llegó un día en que el enemigo le asediaba por todos los flancos: el lobo, las tempestades, el hambre tanto para el protector como para sus protegidos.

Shep había salido con sus ovejas en busca de nuevo asilo, siempre en dirección de su propia tierra, y encontrábanse a medio día de jornada de su último campamento cuando los envolvió una tremenda borrasca de nieve. El perro atentó vigorosamente seguir contra la racha; pero el torbellino barrió a la pequeña banda de refugiados como si hubiera sido un puñado de hojas secas regadas en el sendero. Fué providencial que rodaran en montón por una pendiente, cayendo frente al sitio más resguardado con que hubieran tropezado hasta entonces: una larga proyección de rocas que formaba una majada natural, con hierba y tupidas malezas en contorno, el saliente techo de roca para protegerlos, y además un arroyuelo que murmuraba en los alrededores.

Allí decidió Shep establecer sus cuarteles permanentes de invierno, porque había sucedido lo que más temen los pastores: la partida estaba cogida en las montañas por el resto de la estación.

LOS días siguientes transcurrieron preñados de angustia y desesperación para el fiel perro. A menudo sufría de hambre, porque cada vez se atrevía menos a abandonar su rebaño en busca de alimento para sí. Los coyotes merodeaban en las cercanías, y desde una distancia segura lo incitaban y desafiaban. Por varias semanas los mantuvo en jaque por la pura fuerza de su valerosa actitud y amenazadoras embestidas; pero apenas se atrevía a imaginar el resultado si hubiera de verse obligado a luchar en su debilitada condición. Sin embargo, esto mismo fué lo que sucedió al cabo; y por ironía de la suerte, la vieja oveja de cara manchada fué también la que provocó el encuentro.

Por espacio de algunos días el solitario y flaco lobo había inquietado al guardián del rebaño, pareciendo adquirir de continuo nuevas ventajas; esperando . . . esperando. No era un lobo especialmente robusto: a juzgar por las apariencias, el invierno también le había hecho mella; pero Shep sabía bien el vigor que se oculta dentro de aquella escuálida figura.

Punto por punto respondía el perro a sus retos, enseñándole los dientes, y sin permitir ni un momento que sus propios temores se revelaran en su continente.

El lobo aceptaba las amenazas de Shep en la medida que aparentaban y se mantenía a distancia respetable; pero calculaba su tiempo. Llegaría el momento en que la ventaja estuviera de su parte, y esta ocasión era lo que aguardaba.

Al caer la tarde de cierto día de pruebas para Shep, el lobo se decidió a cruzar una línea más allá de la cual jamás se había aventurado hasta entonces.

El ganado se había mostrado intranquilo todo el día, haciendo difícil que el perro pudiera mantenerlo dentro de los estrechos límites que le había señalado. Shep estaba fatigado con los pesados detalles de su cometido; contrarrestó, no obstante, este avance con una vigorosa arremetida que le arrastró casi a un encuentro cuerpo a cuerpo con el intruso.

El lobo retrocedió, pero sólo para volver furtivamente pocos instantes después a repetir la agresión. De nuevo arremetió Shep; de nuevo saltó el lobo hacia atrás, pero no muy lejos esta vez ni por largo tiempo.

La ira del perro se desencadenó ante tal insolencia. Se le erizaron los pelos, y con mayor furia que nunca se lanzó al ataque. Parecía que la ferocidad de la carga iba a resultar en la derrota completa del enemigo porque ya el lobo cambiaba de frente e iniciaba una fuga precipitada, cuando la

vieja oveja de cara manchada, aprovechándose de la preocupación de Shep, salió de carrera a campo abierto dirigiéndose hacia los matorrales.

El agudo oído de Shep percibió el rumor, y el perro se volvió para investigar la causa. Este segundo en que se distrajo su atención inclinó la balanza del destino, dando al lobo una ventaja de que aprovechó instantáneamente. Volviéndose con rapidez, se lanzó en persecución de la oveja. Como un relámpago se echó Shep sobre su contrincante, haciendo presa en su cuerpo precisamente en el momento en que desgarraba de una dentellada la carne de la oveja desde el pescuezo hasta el codillo.

La batalla se empeñó. La oveja, libertada de las garras del lobo, quedó un minuto ofuscada mirando en torno, y luego, como satisfecha de la pelotera que había provocado, se echó a trotar para reunirse con el resto del rebaño, que presenciaba la lucha curiosa, pero imparcialmente. ¡Infelices criaturas, que ignoraban que del resultado estaba pendiente su propia vida!

El terrible combate ardía sobre la nieve. Con furiosos gruñidos y colmillos alevosos los animales se despedazaban el uno al otro. Durante algunos tensos segundos mantuviéronse inmóviles en estrecho abrazo, aguardando aprovecharse de la menor ventaja; luego arrojaron una vez más al suelo sus feroces cuerpos. La nieve estaba destrozada y removida por completo en la pequeña área en que se desarrollaba el combate, y dondequiera que se detenían la blanca sábana aparecía tinta en sangre.

La rabia sostuvo a Shep por algún tiempo. El perro no había provocado esta lucha, y, sin embargo, sentía cierta satisfacción al arrojarse contra un enemigo tangible. Durante largas semanas este enemigo y los coyotes le habían impuesto continuamente su presencia, pero en forma tan sutil que no podía entablar una batalla. Con todo, mientras combatía, la desesperación invadió su pecho. Sentíase flaquear. Con determinación inflexible reunió todas sus fuerzas y siguió peleando, peleando, peleando.

El mundo se desvanecía ante sus ojos. Lo único de que el perro parecía sentirse consciente era aquella furibunda moción de que formaba parte, aquel erguirse para ser arrojado a tierra, y levantarse de nuevo una y otra vez, hasta que su aliento venía sólo en hipos dolorosos y su lastimado cuerpo experimentaba una tortura casi insoportable. Sentía la tentación de ceder a una inercia mortal que parecía invitarle a hundirse entre sus misericordiosos brazos; pero siguió peleando. Ignoraba que todos los valientes perros de pastor, cuya sangre corría por sus venas, luchaban con él, instándole para que se mantuviera fiel a sus tradiciones.

Aun cuando comprendió que estaba perdido, un último temor le sacudió y apretó las quijadas contra el terrible objeto que tenía entre sus dientes.

Algún tiempo después, al recobrar los sentidos, notó que sus mandíbulas estaban apretadamente encajadas contra tibia carne y recordó que se hallaba empeñado en un combate. Ajustó los dientes con renovado vigor, y se enderezó bamboleante para continuar la lucha.

El cuerpo gris del lobo no ofreció resistencia a la débil sacudida de Shep. El animal estaba muerto. Sin embargo, la victoria misma parecía asunto indiferente a Shep mientras se arrastraba hacia el rebaño; no le preocupaba siquiera que todos sus encargados estuvieran allí seguramente resguardados para pasar la noche. Sentíase demasiado débil y maltratado para tomar interés en cosa alguna.

Durante la noche los coyotes se deslizaron cautelosamente fuera de la espesura para llevarse el cadáver del lobo gris y repartirse sus despojos. Fué una suerte que no intentaran atacar al ganado, porque Shep no habría podido levantarse a defenderlo.

POR espacio de dos días quedó postrado e inmóvil en el paraje que había elegido para reposar. De tiempo en tiempo lamía tiernamente sus heridas. Su cuerpo febril clamaba por agua, pero estaba demasiado débil para arrastrarse hasta el arroyo.

Por azar de la fortuna ninguna bestia feroz se acercó lo suficiente para amenazar al rebaño mientras Shep estuvo en esta condición; o tal vez se difundieron las nuevas de su victoria sobre el lobo, y las demás fieras aprovecharon la lección.

El ganado parecía también extraordi-

nariamente imbuído del espíritu de docilidad, aunque el perro ignoraba que esta saludable condición era debida a la incapacidad de la vieja hembra. La oveja de cara manchada se hallaba asimismo a las puertas de la muerte.

Al tercer día de esta gran laxitud Shep reunió sus fuerzas para arrastrarse hasta el agua. Echándose a la orilla del arroyo bebió largos tragos vivificantes del precioso líquido. Aquel día se dejó también sentir el hambre, aunque el perro se hallaba en incapacidad absoluta de intentar salir en busca de alimento.

Hacia el mediodía acudió por primera vez a su mente como terrible tentación el recuerdo de la condición de la oveja de cara negra. Allí había alimento que no podía escapar.

Su odio antiguo revivió añadiendo combustible a las ansias del hambre. La vieja hembra no había hecho sino molestarle todo el tiempo; y ahora, ¿no lo empujaba, acaso, la necesidad a tomar esta medida?

Rechazó deliberadamente esta idea; pero sus ojos continuaban volviéndose al sitio donde la oveja yacía . . . mientras su estómago hambriento le atormentaba. De pronto sintió el deseo de cambiar de posición. Sin levantarse, se arrastró un poquito más cerca del rebaño. Había cierta furtiva perversidad en su movimiento.

La oveja enferma no levantó la cabeza. Excepto por su precipitado jadear, estaba inerte como un cadáver.

Shep continuaba echado allí, mirándola, batallando consigo mismo . . . batalla no menos terrible que la que había lidiado con el lobo. Y esta vez también, luchando con él por los fueros del honor, estaban los dignos perros de pastor cuya sangre corría por sus venas; contra él, y paradójicamente *con* él, porque su hambre le había colocado en el lado del deshonor, estaba el ascendiente a quien ejecutaron por haber matado al carnero confiado a su custodia.

El conflicto era tremendo. Línea por línea su integridad de perro de pastor cedía ante el fiero enemigo que roía sus entrañas. Su derrota podía medirse por los lentos minutos que le arrastraban cerca, cada vez más cerca de la impotente oveja.

Fué un incidente sencillo lo que al cabo le hizo obtener milagrosamente la victoria sobre sí mismo cuando se hallaba a punto de sucumbir. Encontrábase tan próximo a la oveja que un solo movimiento de su cuerpo le habría permitido asirla del pescuezo.

De pronto, los vidriosos ojos de la oveja parecieron descubrirlo y reconocerlo como el generoso perro de pastor que la había salvado en momentos difíciles. El animal lanzó un débil balido, como suplicándole que la salvara también esta vez.

Una transformación súbita se operó en el interior de Shep, dejando endeble su cuerpo, y el espíritu fuerte y sano. Jamás volvería a sobreponerse, traicionándolo, la sangre del matador de su propio rebaño. Shep quedaba limpio de la contaminación. Se acercó tiernamente, lamiendo la cara de la vieja oveja, consolándola, protegiéndola. Y cuando el animal quedó inmóvil, Shep se levantó, dirigióse al arroyo y bebió otra vez.

Nada había en el código de Shep que se opusiera a comer, a impulsos de la necesidad, la carne de una oveja muerta de muerte natural. Y de esta manera fué cómo recobró fuerzas para proseguir su tarea.

Milagrosamente, con su victoria, nuevos y mejores días alumbraron para el perro. Un viento cálido sopló benignamente en los pasos de las montañas, proclamando que la fuerza del invierno había pasado. La nieve se deshizo rápidamente; el rebaño pudo penetrar más en la espesura en busca de pastos. Algunos días más tarde los hondos valles estaban transitables, siendo posible para el perro arrear nuevamente su ganado en dirección a la comarca natal.

Lllegó una mañana en que Shep se presentó a las puertas de la hacienda con sus treinta y nueve carneros, solicitando admisión.

Por una vez rompió la comarca con sus hábitos de aceptar como cosa ordinaria una proeza de valor. La historia del heroísmo de Shep fué aclamada en todos los ámbitos del país. Dondequiera que iba se le señalaba como "el mejor perro entre todos los perros de pastor que jamás se había visto."

LA DESTRUCTIBILIDAD DEL GENIO LITERARIO

POR

FRÉDERICK E. PIERCE

¿Sucumbe el genio en la adversidad? Las íntimas declaraciones de eminentes escritores sobre el efecto de circunstancias exteriores adversas en su capacidad de producción literaria no dejan duda acerca de la destructibilidad del genio, expone el autor de este artículo, quien cita en su apoyo diversos testimonios. Pero la historia ofrece pruebas más convincentes aún. Los genios parecen ser resultado de condiciones propicias excepcionales: se asemejan a islas luminosas en el obscuro mar de las edades. Aun en la historia de países aislados, los genios aparecen en épocas relativamente cortas. Grandes períodos infecundos suceden a breves alboradas. En la vida el idóneo subsiste; pero esto no quiere decir que sólo perecen los ineptos. La humanidad deja en sus huellas un osario de genios que nunca alcanzaron desarrollo. Si bien no todo aquel que fracasa es un genio, muchos genios han caído inadvertidos en batallas ignoradas.—**LA REDACCIÓN.**

CIERTA vez encontróse a un contratista *nouveau riche* golpeando un costoso reloj con un mazo de hierro. Explicó su extraña conducta diciendo que un artículo de trescientos dólares debía resistir rudo trato. Muy análoga es actualmente la actitud del público en los Estados Unidos respecto de los autores. Si un hombre tiene genio, su genio debe sobreponerse a todo. Mientras más delicado y complejo el mecanismo del cerebro, tanto más indestructible debe ser. Esta teoría impera en todas partes: nos confronta sacudiendo el dedo con insistencia en el artículo literario; nos hiere los ojos desde la columna del editorial popular. Es tema que discuten tanto catedráticos universitarios como contratistas especuladores. Si un hombre posee habilidad literaria, dará pruebas de poseerla en cualquier caso, ya sea en circunstancias favorables como desfavorables.

Como apenas puede decirse que la característica principal del pueblo de los Estados Unidos sea la predilección por la literatura, uno se siente predispuesto de antemano contra semejante teoría. *Credo, quia non Americanum,* exclama el Tertuliano literario. El escepticismo crece a medida que se profundiza el análisis. No hay duda de que en gran parte esa creencia se basa en una falsa analogía entre la literatura y los negocios, pues en este respecto nuestro público observa una antigua regla de la retórica interpretando lo desconocido por medio de lo conocido. En un país donde la persona que aspira a la fortuna lo encuentra todo favorable, por lo general triunfa si tiene habilidad. Róckefeller es rico, y Parsons pobre; *ergo* sus cuentas bancarias dan la medida de su capacidad. ¿Qué cosa más sencilla que aplicar el mismo principio a pasadas edades y a otras funciones mentales? Goethe escribió poesías mejores que Blake;[1] por consiguiente, fué talento más notable, conclusión a la que se arriba sin considerar que todas las circunstancias se combinaron para desarrollar el genio del uno y ahogar el del otro, y que quienes pronuncian el fallo no son poetas y pobres como Blake, ni bardos y doctos como Goethe. Esta seductora hipótesis popular puede en salvo relegarse a las bibliotecas de los "clubs de Ananías."

Eminentes especialistas del ramo han repudiado la hipótesis, y esto es lo primero que nos inspira desconfianza acerca de su exactitud. Proclamada por plutócratas yanquis, no ha sido aceptada en el pasado por genios literarios que es lógico suponer supieran algo de su experiencia propia y del funcionamiento de su propia mente. Nadie ignora lo que dijo Gray de los "Milton, Mudos y obscuros," en quienes "una cruel pobreza reprimía" grandes facultades naturales. Aun en medio de su noble epopeya, el mismo Milton teme que:

[1]William Blake (1757 1827): poeta, pintor y místico inglés.—LA REDACCIÓN.

. . . la ancianidad, el clima frígido
O años sombríos abatan mi animoso espíritu;
Que mucho podrían abatirlo.

En 1800 Schíller escribe de Goethe: "En conjunto *produce muy poco ahora*, fecundo como es todavía en concepción y ejecución. *Su espíritu no goza de bastante sosiego*; sus desventuradas condiciones domésticas, que por ser demasiado débil no puede alterar, le hacen muy desdichado." Ciertamente, a juzgar por la opinión de Schíller, si la vida toda del poeta más grande de Alemania hubiera sido como esos cuantos meses, no habría existido sino un obscuro y silencioso Goethe. "Mi genio poético se ha extinguido por completo," escribe Cóleridge a la edad de treinta años; y la esterilidad de su existencia durante un tercio de siglo a partir de aquel entonces comprueba la verdad de sus palabras. "El genio y el saber son más fáciles de perderse que de recuperarse," decía Tácito. Pero, ¿a qué más citas? La verdad ha sido escrita elocuentemente en cartas y diarios de prominentes escritores de todas las épocas. Aun Thomas Carlyle, ese vehemente campeón de la grandeza indestructible del héroe, admite que el desarrollo de tales características "es una relación antagónica inexplicablemente compleja entre él y el mundo. . . . A este respecto, lo que el mundo *permite y ordena* es, según dijimos, el hecho más importante relativo al mundo." ¿Cómo podría el mundo permitir y ordenar, si no tuviera el poder destructor de Siva y las facultades creadoras de Brahma?

Pero la historia nos ofrece testimonios más convincentes todavía. Si el genio es indestructible, lo natural sería que brotara con cierta regularidad en los diversos países y edades. En cambio, si es un don que el medio ambiente puede estimular o destruir, dondequiera que existan fuerzas hostiles se encontrarán grandes desiertos áridos, y ricos oasis donde hayan fuerzas propicias. La historia atestigua esto último. En lugar de brillar como estrellas en el cielo cronológico los genios del pasado aparecen como pequeñas islas luminosas en medio de vastos océanos de obscuridad. En una parte del Asia Menor y en el espacio de un siglo, posiblemente, se produjeron los poemas de Homero y los salmos de David. Una comarca más pequeña que el estado de Rhode Island legó en siglo y medio a la humanidad casi toda la literatura, el arte y la filosofía de la Grecia europea. En un pequeño rincón de Italia y en el espacio de cien años florecieron Virgilio y Horacio, Lucrecio y Cicerón, así como el genio militar de César. Otro paraje de Italia, durante un siglo también, fué la cuna gloriosa del renacimiento italiano. Elimínense cincuenta años en la historia de una ciudad de cien mil habitantes, y no tendríamos el teatro de la época de Elízabeth. Suprímase el período de la vida de un hombre en la historia de París, y habrá desaparecido la gran edad clásica de la poesía francesa. Prescíndase del mismo período en la historia de algunos lugares de Alemania occidental, y se habrán perdido las obras literarias más grandes de la lengua que hoy hablan cien millones de teutones, y que sus antepasados hablaron durante centenares de años. Aproximadamente dos tercios del período de los últimos treinta siglos han transcurrido sin que apareciera un gran genio literario o artístico en parte alguna. Es dudoso que siquiera una diez milésima parte de las vastas regiones que se extienden ante nuestros ojos en el mapa mundial haya estado íntimamente relacionada alguna vez con la vida de genios semejantes. Y, sin embargo, en los lugares y períodos favorecidos, ¡con qué abundancia se presentan! Entre los años 480 y 325 antes de Jesucristo, Grecia fué testigo de las obras literarias de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Píndaro, de la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles, la oratoria de Demóstenes, las esculturas de Fidias y el talento militar de Alejandro el Grande. El pequeño distrito alrededor de Florencia, entre los años 1300 y 1400 de la era cristiana, sirvió de cuna a la poesía del Dante, Petrarca y Ariosto y a la prosa de Boccaccio. "Los generosos tiempos de la gran Elízabeth" señalaron no sólo la aparición de una veintena de brillantes dramaturgos, sino también de la poesía de Spénser y la filosofía de Bacon. Cuando un agricultor ve en el campo de trigo extraños trechos de grano muy crecido que se elevan entre vastas extensiones de exiguo desarrollo, sabe que la causa no está en la semilla, sino en el terreno donde ha caído.

No menos convincente es la historia aislada de las naciones. Grecia produjo una gran literatura en dos siglos, y no ha producido un solo escritor eminente en los veintiún siglos subsiguientes; en Alemania la poesía, estéril durante cuatrocientos años, florece de pronto en la generación de Léssing, Goethe y Schíller; durante el último medio siglo Rusia ha marchado a la cabeza del mundo por su literatura en prosa, no obstante haber sido casi una nulidad literaria durante tres mil años. ¿Carecen tales hechos de significado? Y, sin embargo, en los períodos infecundos, durante la decadencia de Roma, en la Edad Media, en los siglos décimoquinto y décimoctavo, se encuentran muchos espíritus nobles que parecen haber poseído grandeza de alma, pero que no han dejado grandes obras. En los postreros esplendores de "la grandeza que fué Roma," Boecio es tan admirable como Hámlet, mas no escribió un *Hamlet*. Blake en Inglaterra y Hérder en Alemania contrastan con la estolidez del siglo décimoctavo. No obstante, ¿qué nos queda de su genio sino la memoria de grandes personalidades, y esfuerzos brillantes y abortivos en sus obras? A conocer a Petrarca hubiera preferido conocer en el cielo a algunos de los escolásticos medioevales; sin embargo, el cielo no sería cielo si tuviera que leer sus obras.

La teoría de que el verdadero genio siempre triunfa encuentra, empero, su refutación más completa en la vida misma de los genios que triunfaron. Cóleridge falleció a la edad de sesenta y dos años; a pesar de ello, ¡su reputación de poeta descansa en las obras escritas en un solo año! Si una dolencia o una invasión extranjera le hubieran impedido trabajar durante esos pocos meses, ¿quién puede asegurar que el autor nos hubiera legado *Christabel* o *The Rime of the Ancient Mariner*? Wórdsworth vivió ochenta años sano de cuerpo y espíritu; pero produjo en sólo diez sus mejores poesías. Si hubiera sido un extenuado obrero de fábrica durante esos diez años, laborando catorce horas diarias en los talleres de Shéffield, ¿se habría levantado a mayor altura que Ebenézer Élliot? Durante la década más feliz de su vida, en la plenitud y gloria de sus maduras facultades, Milton casi no escribió versos. Si el gobierno de Crómwell hubiera continuado, viéndose Milton en la necesidad de adoptar una ocupación acaso como secretario de latín por el resto de su vida, la justificación del proceder de Dios para con los hombres nunca habría pasado tal vez de un sueño irrealizado. *The Canterbury Tales* son el fruto de dos años de holganza en la vida de Cháucer. ¿Los poseeríamos, si no hubieran sido años de holganza? Los padecimientos mentales y físicos han engendrado a veces grandes poemas; pero existen ciertas condiciones que jamás los han inspirado en la vida de los hombres desde Adán.

Como quiera que sea en otros campos, en el de la literatura y el arte el éxito representa la supervivencia del afortunado, exactamente en la misma medida que la supervivencia del idóneo. La vida puede considerarse un terreno de prueba en el sentido de que sólo el apto subsiste; pero esto no quiere decir que sólo sucumben los ineptos. El pasado es sepultura de los genios que nunca alcanzaron desarrollo. Es un mar obscuro e inexorable. Sondeando sus relegados archivos, biógrafos e historiadores sacan a la luz de tiempo en tiempo las memorias de tragedias olvidadas, como el héroe de Stévenson extrajera el blanqueado hueso de entre los escombros que descansaban en el fondo de un estrecho escocés. Como el héroe también, saben que "allí están los muertos." Prósperos hombres de negocios y escritores optimistas bien pueden cubrir de resplandores la ondulante superficie; en el fondo subsiste la realidad cruel, el "osario inmenso" de la experiencia humana. Shélley lo tuvo así presente al evocar en Keats "a los herederos de un renombre nunca alcanzado." Nos estremecemos al pensar que antes de 1789 casi todos los grandes escritores pertenecieron a esa pequeña minoría que se llamaba la clase desocupada. "Los breves y sencillos anales de los pobres" aparecen tan trágicos como un osario humano en alguna isla desierta.

De estas consideraciones, lectores irreflexivos pueden acaso llegar a la conclusión de que casi todos los autores "no consagrados" son genios potenciales marchitos en un medio adverso. Infortunadamente la

historia nos enseña que no es así. De que algunos genios fracasen no se deduce en manera alguna que todo aquel que fracasa podría haber sido un genio. Si bien el estudio de la historia literaria revela algunos grandes hombres contrariados y vencidos, muestra asimismo un número inmensamente mayor de mediocridades con aspiraciones vanas. Entre diez mil personas que se creen poseedoras de talento literario, una probablemente llega a ser un gran autor; otras cinco, contrariadas por adversa fortuna, son brillantes posibilidades; treinta o cuarenta se convierten en dignos literatos secundarios; y las nueve mil novecientas cincuenta restantes no han recibido de la naturaleza don alguno, salvo el deseo irresistible de borronear carillas de papel. Lo triste en el caso de estos millares vivientes y de millones de extintos no es que fracasaran, sino que cometieran el error de intentar la tarea. Aun en el caso del genio vencido, el mundo sufre una pérdida mucho menor de lo que pudiera pensarse. De los millares de personas sentimentales que lloran la pérdida de "algún obscuro y silencioso Milton," ¿cuántas habrían leído el "*Paradise Lost*" que presuponían hubiera escrito? El mundo no puede prescindir de la poesía; pero puede pasársela con sólo unos cuantos grandes poetas, y en realidad cuenta con más bardos de los que tiene tiempo de leer. Cierta vez oí decir que en cada colmena nacen varias abejas reinas, sin embargo de que sólo se requiere una. Entiendo que la primera en salir del capullo mata a sus hermanas con el aguijón. Pues bien; algo semejante ocurre entre los literatos.

¡Qué procedimiento tan sencillo y cabal pone en práctica la naturaleza! Cierto número de abejas superiores y de escritores eminentes resulta indispensable. Para no correr riesgo de fallar, la naturaleza provee un número de ambos que excede considerablemente la demanda, y luego procede a eliminar las larvas superfluas mediante una oportuna estocada, que las abejas reciben en el corazón y los poetas en el estómago. El procedimiento es bastante duro sin duda para los genios sobrantes, pero no nos parece peor que la suerte de mujeres sobrantes que se marchitan en la soltería o de obreros sobrantes que sufren hambre por falta de trabajo. Es la antigua historia de "los colmillos y las garras rojas de la naturaleza" en su trágico proceso de mejoramiento. Como sus despiadados métodos demuestran a la larga ser menos crueles que los de reformadores sentimentales, bien podemos aceptarlos. Una orgía de simpatías y subsidios erróneos no mejoraría necesariamente el mundo literario. Sin embargo, no veamos equivocadamente en los rudos y repentinos métodos de la naturaleza una "providencia especial" que lleva a la madurez todas las semillas y no permite que aves de inspiración genial caigan en la obscuridad. Y en el campo de la batalla que se libra contra el materialismo donde algunos se conquistaron laureles y otros cayeron inadvertidos, depositemos una corona en honor de quienes hubieran sido grandes y "que hoy descansan en tumbas ignoradas."



ESCENAS EN UN LABORATORIO DE LA SELVA

POR

RUTH ROSE

Al recorrer los museos de historia natural, leer las descripciones científicas y contemplar los ejemplares allí coleccionados, pocas veces nos ocurre el pensamiento de la forma en que aquellos conocimientos se han adquirido y legado a la posteridad. Con su ameno relato, la autora de este artículo nos transporta a un rústico laboratorio de la selva, provisto, sin embargo, de los útiles modernos necesarios para hacer llegar hasta nosotros los profanos, sumidos en la monótona vida ciudadana, el resultado de sus observaciones en el seno mismo de la naturaleza. Las aventuras, tareas diarias e impresiones de un alegre e intrépido grupo de hombres y mujeres, reunidos en nombre de la ciencia, es un cuadro que despierta el instintivo deseo de participar de las interesantes emociones de la artística e investigadora colonia.—LA REDACCIÓN.

I

"¡OH, CIELOS! ¿De quién es esta lengua?"

"De Gílbert."

"Bueno; pero está llena de hormigas. Véngase a echarle un poco de cloroformo."

"En un minuto. Espérese un instante hasta que agarre este piojo."

"Así sea. Y cuando venga, traiga su pata, que yo se la arreglaré."

"Espléndido. ¿Ha escrito alguien al mayor agradeciéndole el litro de hormigas reinas que nos mandó?"

"Sí; yo le escribí, y le supliqué también que la próxima vez nos mandara algunos soldados."

(Una voz, resonando súbitamente en un rincón lejano): "¡Vamos a ver, queridita; pon los ojitos de rana!"

No, lector; no estamos en un asilo de lunáticos. El título más adecuado y oficial para el sitio donde se escuchan estas frases sería: "Conversaciones en un laboratorio de la selva."

Figuraos una larga y estrecha sala de madera—mitad cuarto, mitad corredor—abierta por tres lados sobre una vasta extensión de agua salpicada de grupos de bambúes. Atravesando este cuarto en toda su longitud, cruzo el laboratorio para llegar a la biblioteca, dos pasos hacia la derecha, y me encuentro en el comedor; todo esto sin el trabajo de abrir ni cerrar puertas, porque las divisiones que separan los cuartos de labor, de lectura y el comedor, se asemejan a la línea ecuatorial en aquello de ser puramente imaginarias, pero con límites que observan estrictamente. Osténtase allí un complicado sistema de mesas y casilleros apretadamente instalados y llenos de una heterogénea aglomeración de objetos, sobre los cuales se inclinan cabezas absortas en la contemplación de cosas extrañas y maravillosas.

Este laboratorio es un puesto del departamento de investigaciones tropicales de la New York Zoölogical Society y las cabezas pertenecen a los siete afortunados que por ahora se han establecido en este pintoresco taller en el fondo de la Guayana Inglesa. Los signos exteriores y visibles de la gracia científica interior están representados por un edificio bajo de madera, que muestra señales de la inclemencia del tiempo, y por una hilera de tiendas levantadas en un claro triangular, flanqueado por anchos ríos en dos de sus lados, y en el tercero por millares de kilómetros de selva sudamericana casi inexplorada. Nosotros, minúsculos átomos flotando al borde de este vasto desierto, arrancamos cuanto es posible de su inagotable provisión de maravillas y misterios, lamentando que los días sean tan cortos, y tan inadecuado nuestro capital de manos, de fuerza y de tiempo.

Tanto se ha hablado acerca de la languidez y paz de los trópicos que yo esperaba tener muchas largas y soñolientas horas para leer, meditar, e "invitar a mi alma." Pero desde el momento en que, con más o menos ligereza, saltamos de nuestros

lechos de campaña para tomar un baño matinal, hasta cerca de la medianoche, hora en que las camas rechinan de nuevo bajo el peso de nuestros exhaustos cuerpos, los días son una batalla incesante y desigual contra el demonio Tiempo; y lo inesperado se presenta aquí con regularidad positivamente monótona.

Ni siquiera despertamos en manera ordinaria. Mientras yacía yo medio dormida en mi tienda la otra mañana, contemplando el brumoso río y preguntándome si la gris iluminación sería producida por la luna o por el alba, sentí de pronto una vibración profunda, sonora, que partía de todos lados y de ningún sitio en particular; mi lecho comenzó a estremecerse, ligeramente primero, luego más y más, hasta que se sacudió marcadamente del uno al otro costado. En un instante la adormecida selva estuvo tan despierta como yo misma. Con chillidos repentinos un coro de monos estalló en protesta concertada. Por todas partes revoloteaban y chirriaban los pájaros. Durante un minuto quizá, la vida animal respondió vocal y físicamente al estruendo y movimiento de la tierra; luego, la vibración disminuyó y cesó, apagándose el sonido en largo y concatenado rumor semejante al eco de algún trueno lejano. Y yo pensé cuán agradable era, después del prosaico despertar de Nueva York al ruido del reloj despertador o del timbre del teléfono, sentirse vuelta a la conciencia por el sacudimiento de un amable temblor que la mece a uno gentilmente como diciendo: "¡Vamos, levántate! ¡Hay un montón de cosas nuevas que ver hoy!"

Mientras me vestía percibí cierta conmoción en los lares del novel ornitólogo, dos tiendas más allá. Poco después, cuando el negro sirviente convocaba al desayuno con golpes concienzudos en un gran triángulo de hierro, me detuve a fuer de vecina, de camino al edificio central, para inquirir la causa de dicha agitación. Un sangriento espectáculo se presentó ante mis ojos. Pequeños charcos rojos aparecían en el suelo de la tienda, y el lecho semejaba haber sido la escena de algún asesinato. Sin embargo, en vez de un cadáver extendido sobre la cama veíase un joven muy lleno de vida al parecer sentado en el borde, balanceando las piernas, y más bien placenteramente excitado por su primer encuentro con los murciélagos vampiros. Su aventura no retardó un instante su comparecencia a la llamada del desayuno.

Como dije antes, somos siete: el director, el individuo que maneja la cámara—no; esto no es una compañía cinematográfica; le llamaremos más bien el fotógrafo—la artista, la otra artista, el entomólogo y el novel ornitólogo. Yo desempeño las funciones de sobrecargo; no sé lo que esto significa, pero suena a algo como innecesario, título que, entre la competencia de las personas que me rodean, me cae de perilla. La enumeración de las cosas que el fotógrafo se tiene en las puntas de los dedos parecería el índice de algún tratado de entomología; en tanto que el director es capaz de matar de un tiro a un pájaro al vuelo, descubrir alguna nueva forma de vida microscópica, hacer veinte flexiones sucesivas alzándose a pulso hasta la altura de la barba, coger una serpiente anaconda y escribir un ameno ensayo, todo en el curso de una simple mañana.

El desayuno fué muy animado, desarrollándose una viva discusión sobre los vampiros y sus hábitos. El murciélago de la noche anterior se había comportado de la manera más inusitada. No solamente había descuidado cerrar en forma antiséptica las heridas que infirió, sino que las heridas mismas estaban mal hechas, hablando imparcialmente y no desde el punto de vista de la víctima. En vez de ser punturas delicadas, apenas perceptibles una vez que el vampiro hubiera terminado su horrendo festín, eran grietas largas, ovales, como hechas con un escoplo. Suscitóse una gran disertación acerca de si ello indicaría que se trataba de alguna especie nueva de vampiro, y se proyectaron planes interesantes para capturar uno la noche siguiente. Prevaleció la opinión casi unánime de que la primera víctima se expusiera segunda vez como cebo, siendo el único voto en contra el del interesado a quien se adjudicaba el papel de cebo. Fundó sus objeciones pintando un cuadro desolador de su debilitada condición a consecuencia de haber sido un mártir de la ciencia; lo cual dió lugar a una discusión concerniente a la medida de daño que los

vampiros pueden causar al organismo humano con sus trapaceros y ruines hábitos. El director extinguió la contienda haciendo observar fríamente que una sesión de vampiro es probablemente tan nociva como un cigarrillo: declaración ante la cual los fumadores de la audiencia se sonrojaron y se clamaron.

II

INMEDIATAMENTE después del desayuno me ocupo yo en las mañanas en alimentar a los animales. Este deber tiene dos aspectos, puesto que, además de atender a la alimentación de los ejemplares vivos en cautividad, dispongo y ordeno las comidas para los representantes humanos de nuestra pequeña colonia. Desempeño a la ligera y con mediano interés la segunda de estas tareas, y cuando el novel ornitólogo mira tétricamente el plato de resistencia, declarando que él *nunca* come cebollas, puedo replicarle con frialdad y sin el menor remordimiento: "Bien; nadie le obliga a usted." Pero es harina de otro contal cuando se trata de alimentar a las grandes iguanas, esos lagartos de verde brillante, con papo moteado de vivos colores rosado, amarillo y azul, y dorso dentellado que los hace parecer miniaturas de la época antediluviana. Nadie puede decirme con exactitud lo que comen estos bichos. El director, a quien acudo por información, me dice ligeramente: "¿Las iguanas? ¡Oh, las iguanas son vegetarianas!" Y con esto parece imaginar que el problema está solucionado. El reino vegetal, empero, es muy vasto. Día tras día pasa mientras yo ofrezco ansiosamente a las iguanas muestras de toda clase de hojas, bayas y frutos de los que crecen medio kilómetro en contorno. Los reptiles rechazan firmemente toda forma de alimento, y yo envejezco a ojos vistas en el ínterin. Me sorprendo a horas inusitadas inclinada sobre su jaula, adjurándolas que indiquen sus preferencias. Responden tan sólo con miradas fijas, dolientes, y a veces con insidiosos latigazos de sus largas y potentes colas. Al cabo una de ellas, rendido su espíritu por la cautividad y el prolongado ayuno, abandona la huelga de hambre y come un pedazo de plátano; la sorprendo *en flagrante* con indecible regocijo. De allí en adelante, las dos iguanas comen ampliamente de todo aquello que hasta entonces habían rehusado con tanto obstinación.

La jaula del mono es una esfera de moción que se aproxima mucho al movimiento perpetuo, y el cajón de las tortugas representa el extremo opuesto. Sólo tenemos un mono al presente, un pequeño individuo enjuto y gris, con grandes ojos en un rostro melancólico, y que hace el efecto de llevar guantes de gamuza hasta el codo, por la pelusa amarilla que cubre sus piernas hasta la mitad. Es una bestiecilla tímida, pero que gradualmente va domesticándose lo bastante para saltar a veces sobre mi mano para arrebatarme alguna golosina que le ofrezco. Esta mañana sujetaba fuertemente entre ambas manos su plato de gachas, y luego, temiendo de pronto que yo me arrepintiera de mi generosidad y resultara poniendo en juego el "da y quita," aseguró su desayuno agarrando también el plato con una de sus patas. Perdido así el equilibrio, cayó sentado de golpe, pero continuó su festín, deteniéndose después de cada bocado de la suculenta masa para mirarme ansiosamente por encima del plato.

Llamamos al cajón de las tortugas el cuartel de los oficiales. Figuran allí un capitán, un mayor, un coronel, un general y un mariscal, clasificados de acuerdo con su tamaño. Como sucede a menudo en la vida, los extremos de la escala social son más interesantes que el estrato intermedio. El capitán tiene maneras especiales, debidas en parte a sus diminutas proporciones; el mariscal es más inteligente, como conviene a su jerarquía; y cuando abro la caja y lo llamo, se acerca con la imponente y trémula deliberación del viejo benigno de los melodramas, y alzándose en sus torcidas patas se tambalea majestuosamente para alcanzar la corteza de pan que sabe ha de ser la recompensa de su peregrinación.

Mientras daba vueltas por entre las jaulas, distribuyendo toda clase de extrañas vituallas a una diversidad de reptiles, anfibios, pájaros, peces e insectos, eché una mirada incidental a la caja de cristal donde una hilera de crisálidas pendía de una varilla, y algunas otras larvas yacían medio hundidas en la tierra, cada cual con su

correspondiente lámina de metal indicando el número de su identificación. Apenas hube mirado me precipité en el laboratorio, gritando:

"¡Pronto! ¡La esfinge más grande está saliendo del capullo!"

El fotógrafo abandonó la disección de un pez, el director saltó de su escritorio, el novel ornitólogo desertó la lengua de pájaro que dibujaba con ayuda del microscopio, el entomólogo desistió de la preparación de un baño de formalina para uno de sus insectos favoritos, la artista tiró a un lado su rana arbórea, y la otra artista su pajarillo recién nacido. Prodújose una batahola para arrastrar la cámara cinematográfica, disponer el fondo de terciopelo negro, ajustar y enfocar, mientras resonaba sobre el tumulto la voz angustiada del profesor: "¡Los fósforos! ¿Quién tiene los *fósforos*?"

Preparado el escenario, trajeron a la artista principal; la cinta de magnesio, encendida y desenrollándose a medida que ardía, arrojó su deslumbradora luz blanca sobre el prodigio de una crisálida convirtiéndose en mariposa. Había cierta sugestión del Egipto en aquella crisálida singularmente decorada de negro y naranja, y la aparición de su magnífico habitante fué espectáculo tan maravilloso como podría serlo el contemplar la apertura del ataúd de una momia y ver salir de su fondo un arcángel. Cuando la mariposa se ostentó al fin en la gloriosa plenitud de sus colores bronceado, amarillo y negro, con las auchas alas todavía temblorosas mientras se evaporaban los restos de humedad de su largo confinamiento, una gota de cloroformo la convirtió en un espécimen perfecto, sin que una sola de sus delicadas escamas hubiera sido maltratada por el aire ni la inclemencia del tiempo. Escribiéronse las notas finales de la historia de su vida junto con la descripción de su previa encarnación de larva, y una vez más descendió la calma al laboratorio, reasumiendo todos nuestras abandonadas tareas.

Provoqué una distracción momentánea, anunciando con voz desconsolada: "¡MacDuff está otra vez haciendo de las suyas!" a lo cual respondieron tan sólo unos cuantos gruñidos de aburrimiento. MacDuff es una mántide peculiarmente difícil de reconocer, a la cual hemos dado este nombre porque en calma o en borrasca, en tiempo seco o lluvioso, pone y pone y pone sin cesar. Hileras de amarillentos huevos vacíos en forma de cucurucho atestiguan su incurable tendencia maternal.

Fragmentos de conversación llegaban a mis oídos mientras preparaba en alcohol diversas secciones de la anatomía de un pájaro: frases sueltas y sin ton y sin son, que parecían tan insensatas como las de mi introducción. Escuchad ahora su interpretación: el novel ornitólogo había abandonado temporalmente su dibujo de una lengua de pájaro, dirigiéndose a escudriñar un nido, y una horda de pequeñas hormigas rojas había olfateado la disección de la cual dibujaba el diagrama. La otra artista, que trabajaba con el microscopio cercano, anunció el incidente llamando al director para proceder al salvamento. La respuesta de éste, que trae reminiscencias de anécdotas de las trincheras, significaba tan sólo que se hallaba por el momento muy ocupado en registrar el espeso plumaje de un tinamú en busca de parásitos, de los que está haciendo el estudio. La otra artista le pidió entonces que, cuando hubiera acabado de escudriñar su presa, le trajera una pierna del mismo tinamú para hacer el diagrama que el director le había estado reclamando. En cuanto al litro de reinas, que figuraba a continuación al parecer inexplicablemente, era un obsequio regio de cierto amigo, un agricultor inglés, que vive cuatro kilómetros río abajo. Este caballero nos considera en sus adentros una colección de locos agradables; mas, poseído únicamente de sentimientos benévolos hacia nuestras inocentes manías, contribuye a fomentarlas enviándonos de vez en cuando alguna presa capturada en sus posesiones, que juzga interesante para nuestro peculiar estado mental. Un gran jarro casi lleno de una bullente masa de aladas hormigas reinas había sido el último regalo de esta procedencia; y yo había escrito agradeciéndoselo y solicitando al mismo tiempo algunas hormigas soldados del mismo nido, para acabar de identificar la especie.

Tras de mí, en el rincón de donde partió súbitamente la voz antes citada, está instalada la artista, luchando por

pintar el retrato de un gigantesco sapo de un verde brillante. Uso la palabra "luchando," no para denigrar su habilidad artística, sino a causa de las crueles e inusitadas dificultades que se ve obligada a afrontar. La cantatriz de temperamento más excitable no resultaría sujeto más trabajoso, aunque en este caso la artista puede solamente elegir entre dos caprichos de su modelo. El sapo se acomoda en la palma de su mano, envolviéndola con sus largos, extraños y arquedos dedos en forma que sugiere una presión afectuosa. La artista desea pintar los ojos del animal, ojos de complicado diseño color marrón y oro; y aquí es donde sobrevienen las dificultades inusitadas. Digamos que acomete al sapo el estado de ánimo en que la libertad le aparece como cosa inapreciable, digna de luchar por alcanzarla; y mientras debate en su mente los planes de escape, sus ojos se hacen cada vez más prominentes, como si experimentara por momentos creciente admiración por su propia inteligencia. La frase "poner ojitos de sapo" se ha hecho popular en nuestro selecto círculo de la selva. Entonces la artista pinta con rapidez febril, porque sabe bien cuál será la próxima jugada del sapo: un salto repentino en alguna dirección incalculable y el suave, irresistible escape del flácido cuerpo entre los dedos que tratan de retenerlo. Cuando su ambición de libertad se ve frustrada, asume el otro aspecto, convirtiéndose en cínico recalcitrante. Queda inmóvil y retrae la conciencia de su ser hasta algún asilo íntimo y recóndito donde no penetran artistas ni les es dado pintarlo . . . pero, ¡retrae al mismo tiempo sus ojos hasta algún misterioso rincón de su anatomía! ¡Entonces es que se escucha la voz deprecatoria de la artista, implorando al animal que "ponga los ojos de sapo" para que ella los inmortalice!

III

ERA todavía el alba cuando se dejó escuchar río abajo el batir regular de muchos remos a compás de un coro de voces masculinas. Sin levantar la vista alguien observó: "Más convictos;" y el director comentó brevemente: "Magnífico. Más caminos." Desde el establecimiento penal de su majestad venía el barco cargado de prisioneros más o menos negros, vestidos más o menos de blanco que nos habían sido prestados por todo el día por el alcaide de la prisión. Era ésta la tercera o cuarta vez que nos mandaban cuadrillas de penados; y hermosos caminos anchos y limpios cortaban la selva a espaldas nuestras, como resultado de su labor. Despertábase considerable competencia entre ellos para que se les incluyera en esas "partidas de bosque," porque tienen cierto carácter de fiesta campestre que altera la monotonía de la prisión. Además, debe también serles placentero el espectáculo que nosotros y la singularidad de nuestra conducta les ofrecemos; y están, por otra parte, seguros de recibir un obsequio de cigarrillos después que han terminado su día de trabajo.

Al finalizar con un clamor vibrante el refrán de su canción, encalló el bote en la arenosa playa frente al laboratorio, y diez robustos convictos saltaron a las aguas poco profundas de la orilla. Estaban a cargo de un inspector negro, que sudaba en la incómoda gloria de su uniforme azul obscuro, su yelmo de visera y sus pesadas botas. Para preservar estos símbolos de su autoridad, fué levantado tiernamente y transportado a la playa en hombros de sus prisioneros. Encabezando la hilera de alegres criminales en la ascensión del escarpado banco, presentóse personalmente a recibir instrucciones.

El último de la fila balanceaba en su cabeza una caja cuadrada de madera; mirándome por encima del hombro del inspector, y con aspecto extraordinariamente solemne, hizo con dos dedos el significativo gesto de quien retira un cigarro de sus labios. Dos de los hombres acarreaban ollas y paquetes destinados a producir más tarde alguna misteriosa preparación culinaria en el fuego del cobertizo para su almuerzo de las once.

El esperanzado fumador depositó cuidadosamente su carga en el suelo, y el inspector anunció con mucha ceremonia "un obsequio para el profesor." El director echó una mirada bajo la tapa cautelosamente levantada, y de nuevo prodújose gran tumulto y agitación. Trajeron a toda prisa al cobertizo la cámara cinematográfica para fotografiar la figura y

movimientos de una coloreada boa, un constrictor rojo, que brillaba al sol con tonos maravillosamente prismáticos. ¡Lástima que la película no pudiera registrar los matices de color que reflejaban las movibles espirales! La enorme serpiente fué colocada en el desnudo suelo del cobertizo, y el director, con gritos y saltos y gestos, trató de hacer que manifestara algunas de las emociones características de su especie. ¡Jamás habrá habido actor alguno tan deseoso como éste de abandonar el centro de la escena! La única ambición del reptil era buscar la decente obscuridad de la vida privada, y se necesitaron los esfuerzos de cuatro individuos armados de palos, escobas y redes de mariposa para mantenerlo dentro del foco de la cámara.

Un grupo de asombrados convictos contemplaba este espectáculo desde distancia respetable, observando con desconcertado estupor nuestras extravagantes cabriolas. Cuando se hubieron tomado las fotografías, sobrevino el problema de meter de nuevo a la boa en su encierro. Aguardando una oportunidad favorable, el director atrapó a la serpiente cogiéndola precisamente a raíz de la cabeza para evitar su no ponzoñosa pero extremadamente vigorosa mordedura, y sujetándola con la otra mano a cosa de dos terceras partes del cuerpo para impedir que se enroscara. La tentativa de sujetar la cabeza tuvo buen éxito, pero el cuerpo escapó de la mano izquierda, y con la rapidez de un relámpago la boa dió dos vueltas en torno del brazo del director, lanzó de un golpe hacia arriba la cola y el resto del cuerpo, y comenzó a apretar.

"¡Espléndido!" gritó el fotógrafo. "¡Manténgala en esa posición!" Y el director la mantuvo; aunque la cuestión de si él sujetaba a la boa o la serpiente lo sujetaba a él está todavía por dilucidarse. Las venas de la mano que mantenía la cabeza de la boa se hincharon y se pusieron obscuras, mientras la parte superior del brazo arriba de aquel torniquete viviente adquiría una blanda palidez, y la cámara funcionaba. Cuando la mano alcanzó un tono cárdeno satisfactorio detúvose la cámara prescindiendo de la formalidad de avisar, "suficiente;" y el fotógrafo vino a prestar auxilio para aflojar las musculosas bandas, tarea que requirió fuerza mucho mayor de lo que parecía posible. Media hora después el brazo del director había perdido algo de su lividez cadavérica, pero dos marcas que surcaban su antebrazo mostraban el lugar donde las escamosas roscas habían magullado la piel. Es fácil imaginar cómo se desharán la carne y los huesos de animales pequeños bajo la despiadada y lenta presión de semejante reptil, impulsado por el hambre.

La artista había bailado de alegría durante todo este proceso, con la perspectiva de pintar el retrato de la serpiente. Parafraseando el pregón de las ferias, incitando a la concurrencia a entrar y pagar sus diez centavos, ella "los pintaba vivitos;" y hasta se preparaba a gozar del momento en que, sujetando con una de sus manos aquella prismática cabeza, con el resto del serpeante cuerpo más o menos sólidamente atado en una bolza de lienzo, reproduciría con cariño sus rasgos.

Repitiendo mentalmente la frase de la vieja dama que besaba a la vaca, dejé a la entusiasmada artista en contemplación ante la jaula que encerraba a la boa, y, atravesando el edificio que hacía de cuartel general, me dirigí al departamento de los criados en busca de Bertie. Bertie es el criado de confianza, el indispensable, el inimitable. Cada vez que miro sus enormes y negras manos recuerdo a uno de los personajes de O. Henry, quien, de acuerdo con la descripción del autor, las tenía capaces de provocar loco entusiasmo en la Armour and Company. Pero con estas enormes manos Bertie puede quitar la piel a un colibrí sin maltratar una sola de sus diminutas plumas.

En Kartabo no hay cordón de la campanilla que tirar ni timbres de plata que hacer vibrar; cuando necesitamos a los criados hemos de llamar y aun de gritar a voz en cuello para que acudan a prestar sus servicios. Por consiguiente, me acerqué a la puerta posterior del laboratorio y llamé a Bertie a grandes voces. Poco después atravesaba éste el cobertizo, viniendo de la absurda choza donde duermen los sirvientes.

Ordenando a Bertie que fuera con los convictos y enseñara al inspector el sitio donde deseábamos que se abriera el nuevo camino, observé que cojeaba al retirarse

para cumplir mis instrucciones. A mi pregunta, contestó muy seriamente: "El doctor Blair me operó anoche, señora." El deseo de "embrollar a los novatos" no conoce límites geográficos. Por primera vez escuchaba yo el nombre criollo que dan los naturales al murciélago vampiro, aplicado en conexión con cierto médico de Demerara hace muchos años. El doctor Blair pertenecía a la famosa escuela de antaño, que profesaba la creencia de que la efusión de sangre es remedio excelente para los sabañones, viruela loca y enfermedades por el estilo; y el sediento y pequeño vampiro será conocido por muchos años como "el doctor Blair de la colonia." ¡No hay duda de que es una manera original de alcanzar la fama . . . tal vez si aun la inmortalidad!

IV

CUANDO regresé al laboratorio bajaban por el río dos piraguas conduciendo a los cazadores indios encargados de proveer de caza fresca nuestra mesa y procurarnos los ejemplares que pudieran conseguir. Estas movedizas embarcaciones son la cosa más insegura sobre el agua, aun para quien está acostumbrado a las canoas de lona, desprovistas de quilla; pero los indios navegan de pie, cambian de sitio y atraviesan de un lado al otro con alegre despreocupación los escurridizos y celosos barquichuelos.

Estos indios de la Guayana son de corta estatura, de contextura vigorosa, con manos y pies muy pequeños y un aspecto singularmente oriental. Su llegada, casi diaria, es tan excitante como una mañana de Navidad, porque no puede uno adivinar las interesantes y fascinadoras cosas que traerán. Nos agolpamos en torno para ver lo que sacan de bolsas y botellas, y un variado coro de exclamaciones saluda la aparición de cada paquete de sorpresas. La transacción debe tener para estos aborígenes el carácter de un sueño fantástico. Cazar para alimentarse es la única parte comprensible para ellos del asunto. El que un grupo de hombres y mujeres se entregue a raptos de enajenamiento ante un insecto o el huevo de algún pájaro es un misterio; y cuando el director se lanza con un grito de alegría sobre algún minúsculo parásito que asoma entre el espeso plumaje de cualquier ave de la selva, la expresión del rostro de aquellos Cazadores de la Guayana es digna de observarse.

Muy poco se conoce de la historia de estos indios acaguas. Al parecer, vástagos extraviados de los caribes, aquella tribu feroz de caníbales cuyo nombre trae reminiscencias de las leyendas de filibusteros del mar Caribe, estos modernos descendientes parecen bastante plácidos y afables. Afabilidad no es la palabra adecuada, sin embargo, para describir su pasiva actitud ante demostraciones amistosas. Amabilidad negativa sería más propia. Su raza está desapareciendo rápidamente, desvaneciéndose en la forma misteriosa en que se pierden los pueblos aborígenes al ponerse en contacto con las características dominantes, irresistibles, de razas más poderosas. La tuberculosis, ese fantasma compañero del blanco, se ha radicado entre la diseminada población india, que disminuye con rapidez. Se ven muchos *benabs* desiertos, y hornos de cazabe abandonados, donde la vigilante vegetación no ha perdido tiempo en asentar sus dedos vindicativos en muros y grietas; y el proceso de "reafirmación de la selva" es discernible casi hora por hora.

Hoy, mis ojos de ama de casa brillaron a la vista de un pecarí que uno de los cazadores llevaba en sus desnudos y morenos hombros hacia la cocina, y de una sarta de pájaros deliciosos al paladar que rodeaba el pescuezo del pecarí, dispuestos a favor de las mismas ingeniosas amarras de corteza que se habían usado para atar las patas del cerdo salvaje. Pero mi sórdido regocijo ante la contemplación de tan exquisitos bocados en crudo quedó enteramente eclipsado por la emoción científica que produjo un minúsculo reptil que figuraba entre los ejemplares traídos. Era un lagarto, de apariencia completamente serpentina, hasta que descubrimos cuatro diminutas patitas al extremo de piernas tan rudimentarias que eran casi invisibles. Era indispensable inmortalizar ejemplar tan raro como éste—probablemente el eslabón entre la serpiente y el lagarto—de manera que la cámara fotográfica se puso una vez más en funcionamiento.

Había también muchos pájaros en las

bolsas de los indios, aves que necesitaban ser identificadas, descritas, medidas, desolladas, disecadas y catalogadas. Antes de que toda esta labor se hubiera terminado llegó la hora del almuerzo; e inmediatamente después se organizó una expedición a la selva en busca de murciélagos. No es que necesitáramos ir tan lejos para encontrar murciélagos, genéricamente hablando. Los murciélagos se topetean y chillan sobre nuestras cabezas día y noche en el laboratorio, y al obscurecer se deslizan por la pendiente del techo desde la cumbre hasta el empapelado, y revolotean en la penumbra con discreto apresuramiento. Sin embargo, éstos son simplemente ordinarios murciélagos caseros, y hay muchas especies raras que capturar y clasificar.

Pocos días antes había yo descubierto incidentalmente una caverna en miniatura al pie de cierto banco de tierra, de la cual había hecho su morada una pareja de murciélagos; pero, como no soy diestra en el uso del rifle ni de la red, me había sido imposible coger ninguno de ellos, ni vivo mi muerto. Esta vez, acompañada por alguien experto en el manejo de ambos artefactos, regresamos dueños de un murciélago vivo y otro muerto, dejando enteramente arruinado el feliz hogar situado bajo el terraplén. El esposo había caído muerto de redondo de un balazo, y la señora aleteaba y luchaba entre las envolventes mallas de la red. Si se gastaba en el hogar un geniecillo como el que demostraba en su prisión, el señor murciélago debía darse por contento de estar muerto, porque la dama gruñía y rabiaba, y, cuando no podía alcanzarnos, mordía y desgarraba sus propias alas, frenética de ira.

La pareja resultó pertenecer a una especie enteramente nueva, hasta entonces desconocida para nosotros, provista de lengua extraordinariamente larga y delgada, de diseño igual y aparentemente con iguales fines que la lengua del colibrí, que escudriña hasta el fondo de las flores de profundo cáliz en busca de insectos. Este descubrimiento por sí solo habría valido el día; pero capturamos además un gran escorpión de la familia de los pedipalpos, que medía aproximadamente treinta centímetros a través de sus patas extendidas, y una enorme culebra ciega, de las que tienen madriguera subterránea, de color amarillo muy pálido, y la más grande de su especie que jamás hubiera yo visto en el país. También levantamos un ciervo, y observamos y fuimos observados por dos monos rojos, esos grandes alborotadores de la selva, cuyos profundos y sonoros chillidos se escuchan en coro penetrante a cualquier hora del día y de la noche.

El resto del día transcurrió en actividad febril, extractando la última gota de información de los nuevos ejemplares obtenidos, antes de que murieran o se maltrataran o decayeran. A la hora de la subida de las aguas suspendimos los trabajos por tiempo suficiente para tomar un baño en la tranquila corriente, donde se reflejaban los prismas del ocaso en las fugitivas aglomeraciones de nubes. Nuestro río está muy lejos de ser la perezosa corriente tropical que uno se imagina. Bajo el azote de los vientos alisios, se levanta una respetable marejada, y las personas propensas al mareo sufrirían un mal rato si alguna borrasca las sorprendiera a bordo de una pequeña embarcación.

Cuando regresamos al cobertizo, descubrimos que durante nuestra ausencia había sido invadido por las hormigas guerreras. Hordas de estos insectos habían brotado no se sabía de dónde, y se extendían en forma de abanico cada vez más abierto desde las orillas del río casi hasta el mismo edificio general. Acudimos precipitadamente a poner en salvo a nuestros ejemplares vivos, que de otra manera, encerrados e impotentes como estaban, habrían sido devorados por aquellos despiadados y minúsculos carnívoros. Las varillas centrales del abanico parecían proyectarse hacia nuestras tiendas, y la divergencia de las líneas hacía que las del extremo se hallaran peligrosamente cerca del laboratorio. En conjunto, la noche se presentaba amenazadora, porque no hay manera de combatir a las hormigas en formación. Equivaldría a querer disputar el paso a un ciclón o a la marea creciente. Si las hormigas guerreras descubrieran nuestros lares, tendríamos que hacernos cortésmente a un lado para dejarlas pasar; y cuando las voraces legiones hubieran avanzado a nuevos campos, regresaríamos

humildemente para encontrar, en premio a nuestra discreción, que las viviendas habían quedado limpias de arañas, cucarachas y toda clase de insectos.

En consecuencia, esperamos con mansedumbre la decisión de las hormigas, moviéndonos tan cautelosamente como Agag en el interín, levantando los pies muy alto a cada pisada y cuidando de no permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. El "¡Siga el tráfico!" de los guardias de policía en las reuniones socialistas al aire libre fué nuestra consigna de la tarde. En el transcurso de una hora, sin embargo, las apresuradas legiones habían desaparecido tan súbita y completamente como se presentaron, impelidas por algún instinto simultáneo o por algún misterioso mandato; y decidimos con satisfacción que podríamos dormir en paz.

Hacia el obscurecer me encaminé a dar de comer a algunos de nuestros animales nocturnos, sobrecogiéndome un tanto al percibir de pronto dos figuras que surgieron ante mí murmurando algo incomprensible en la melosa voz de los negros. Al cabo adiviné que querían hablar al "jefe." Llaman también así al director, además de "profesor" o "doctor." Los individuos estos eran buscadores de oro, de paso a la comarca que se extendía a espaldas de nuestro campamento. Hay ahora una especie de flujo del tropical Klóndike hacia el interior, a unos ochenta o cien kilómetros, donde se ha descubierto la existencia de yacimientos de oro y de diamantes. Afortunadamente para nuestra tranquilidad nos encontramos en el lado opuesto del río con respecto al sitio de los yacimientos, y el tráfico se hace principalmente por agua. Hay, empero, una ruta que pasando detrás del laboratorio penetra unos sesenta kilómetros en la selva siguiendo la dirección general de los campos auríferos, y, en ocasiones, algunas partidas de buscadores, demasiado pobres para pagar el flete fluvial, eligen esta vía en su esperanzado viaje hacia la posible riqueza; o algún decepcionado buscador de fortuna, agotados su dinero y provisiones, emprende este trayecto de regreso solicitando trabajo . . . pero solamente mientras tanto logre reunir lo suficiente para un nuevo equipo. Tan pronto como puede comprar unos cuantos litros de arroz y un poco de pólvora y perdigones, parte apresuradamente hacia el Golconda.

Tal fué la breve historia de estos dos negros. Ambos individuos eran de edad mediana, cubiertos de harapientas camisas de algodón que llevaban a estilo de blusas chinas colgando encima de los restos de sus destrozados calzones de algodón. Uno de ellos tenía bigotes largos, chorreados, que le llegaban casi hasta el pecho dándole un aspecto de lamentable tristeza. El otro ostentaba una barba corta, erizada, que le brotaba bajo el mentón dejándole la boca desnuda: especie de decoración que yo había oído definir como "puñetazo de Gálway." Esta barba, combinada con un labio superior colgante, le daba la apariencia de un irlandés pintado con corcho quemado para alguna representación de variedades. Habían estado "allá arriba, por Mazaruni" algunas semanas, pero después se fueron a Bártica, la colonia más cercana a trabajar por provisiones, y ahora emprendían de nuevo el largo trayecto de regreso a los campos de oro. Pregunté al de aspecto desalentado si encontraron oro la última vez. Con optimismo que su bigote desmentía, replicó: "No, señora; nada encontramos la última vez, pero la próxima encontraremos oro de seguro y quizá también piedras preciosas." ¡Aquel fuego fatuo, "la próxima vez," único faro de esperanza para el buscador de oro, el jugador y el especulador!"

Querían ver al "jefe" porque les habían dicho que él tenía remedios para todos los peligros de la selva, particularmente para la fiebre y las mordeduras de culebra. El director fué generoso con la quinina; pero el antídoto contra la mordedura de culebra era asunto diferente. Tiene un suero poderoso para tales emergencias; pero habría sido del todo imposible hacer comprender a hombres de esa clase su complicado uso, aunque la cantidad de que disponía no fuera limitada. Así, por más cruel que pareciera, les fué negado el remedio para la mordedura de culebra. A decir verdad, las probabilidades de que fueran mordidos por alguna serpiente venenosa eran más o menos tan grandes como la de que les cayera un rayo.

Cuando hubieron recibido las píldoras y las instrucciones para tomarlas, que

probablemente ignoraban, manifestaron la verdadera razón de su visita. Bártica, la ciudad favorecida por el auge de los campos de oro, había consumido todas sus existencias de municiones, y estos dos individuos querían cartuchos para conseguir carne fresca en su viaje. No ofrecían comprarlos. Manifestaron únicamente su necesidad, y aguardaron que la propuesta partiera del director.

Para éste el juego era muy conocido. Comenzó por demostrar extraordinaria sorpresa de que pudieran soñar siquiera que teníamos cartuchos de que disponer. Explicó cuán difícil era obtener pólvora y municiones. Pintó lo desventurado de nuestra situación si, incapaces de proveer a los indios de lo necesario para procurarnos caza fresca para la mesa, nos viéramos obligados a comer carne conservada. Ellos le escuchaban pacientemente, esperando el momento culminante que sabían se había de producir. Cuando llegó al cabo el instante crítico de: "Bien; si les doy cartuchos, ¿qué harán ustedes por mí?" los negros hicieron una mueca de placer, enseñando los dientes y sacudiéndose, mientras uno de ellos logró interpretar en forma comprensible: "Tóo lo que usté quiera." El convenio, una vez terminado, era que en cambio de una docena de cartuchos debían ellos estar a la pista de sapos y culebras mientras atravesaban la selva y traernos en el próximo viaje río abajo todo lo que pudieran capturar. Para la posible preservación de estos ejemplares se les entregó una botella de alcohol y formalina, con la recomendación estricta al partir de no beberse el contenido en ningún caso, ni antes ni después de haberlo usado para estos fines científicos. En seguida solicitaron y se les concedió permiso para colgar aquella noche sus hamacas al abrigo de la citada cabaña de los criados y para cocer su arroz sobre los reavivados restos del fuego de los convictos. A la mañana siguiente, cuando nos hallábamos sentados a la mesa del desayuno, pasaron delante de la casa y tomaron el camino del Puruni, saludándonos gravemente por debajo de los hatos que llevaban en equilibrio sobre la cabeza.

Los convictos habían terminado de abrir la nueva vía hacía largo tiempo, regresando a su establecimiento penal; y escuchábase ahora la voz de tenor de nuestro incontenible cocinero cantando una tonadilla mientras preparaba la comida. Su canto está muy lejos de ser malo y su cocina es todavía mejor. Poco después nos instalábamos a saborear unos platos que ni en el Ritz podrían superar. A decir verdad, no sería posible obtenerlos en el Ritz. ¡Imagináos ordenando al finchado mayordomo: "¡Filetes de mono y papayas cocidas!" Que los espíritus delicados no se estremezcan a la idea de esta vianda. La carne de mono es un plato delicioso; y aunque todos nosotros estamos convencidos de la verdad de la doctrina de la evolución, no sentimos el menor escrúpulo por nuestro canibalismo.

Más tarde contemplamos cómo se alzaba la luna sobre los arqueados bambúes de la selva que se extendía al lado opuesto del río de un kilómetro de anchura; y cuando hubo ascendido tan alto en el firmamento que sus reflejos no temblaban ya como estela argentada sobre las aguas, me interné un poco en la selva, yo sola. La blanca luz que inundaba el espacio iluminaba plenamente la belleza del paisaje. La noche estaba tan hermosa y tan indeciblemente serena que parecía un sacrilegio romper el silencio con alguna pisada rumorosa.

Avanzaba lentamente y con tanta suavidad como mis torpes movimientos humanos me lo permitían, deteniéndome a intervalos para escuchar y mirar y penetrarme de la sublimidad del espectáculo. De vez en cuando algún "quién-quién," ese insistente curioso, primo de la chotacabra, lanzaba su voz de alerta y volando silenciosamente por encima de mi cabeza asentábase en el sendero, conservando igual distancia entre nosotros por una serie de vuelos cortos y oblicuos, y murmurando su "¡quién! ¡quién!" en notas graves y profundas.

Por momentos cierto roce fugitivo indicaba que había yo perturbado a algún pequeño ser nocturno; y una vez resonó de repente un sonoro gruñido acompañado de frenética carrera entre las malezas. Durante un instante que permanecí quieta prodújose muy cerca del sitio donde yo me hallaba cierta agitación de índole diferente a los rumores que había escuchado. Incli-

nándome para examinar los matorrales bajos que orillaban el recién abierto camino, descubrí un ocelote, también agachado, también en observación. Ambos quedamos inmóviles. Quisiera poder jactarme de haber producido en el animal la mitad siquiera del interés y admiración que su vista despertó en mí; pero temo que el único sentimiento que experimentó fué el de curiosidad.

Nos contemplamos por un momento mutuamente, hasta que al cabo me enderecé con cautela y retrocedí en correcto orden con la impresión de que esta aventura representaba la culminación perfecta de un día pleno de emociones.



LA CULTURA Y EL MUNDO MODERNO[1]

POR

HENRY WILKES WRIGHT

El goce y apreciación general de la belleza constituye una necesidad moral en la vida del hombre. Desde las edades prehistóricas se han manifestado en el ser humano tendencias de orden superior a las satisfacciones materiales a que únicamente aspiraban sus antecesores animales. Mas la necesidad de establecer un orden social que protegiera la vida de la colectividad, al inaugurar el mecanismo político e industrial hizo que se atendiera de preferencia a las necesidades físicas, dejando el cultivo de la mente como prerrogativa exclusiva de las clases privilegiadas. Las demandas del gobierno y de la industria, ¿han forjado, acaso, nuevas cadenas para aprisionar el espíritu del hombre? La gran guerra ha demostrado de manera conclusiva el poder que representan la ciencia y la industria modernas puestas al servicio de algún propósito supremo. ¿Deberá usarse este poder solamente para acrecentar las comodidades materiales de unos cuantos, o deberá usarse para estimular la expresión de las facultades más elevadas de la humanidad mediante el desarrollo de una cultura social accesible a todos? Si el obrero ha de obtener las satisfacciones que tiene derecho a esperar de su labor, necesita conocer algo del sistema económico-social de que forma parte, necesita comprender el gran sistema de industrias que sostiene la vida social civilizada, haciéndole capaz de establecer la relación entre sus tal vez sencillas tareas y el funcionamiento del mecanismo entero en servicio de la colectividad. Únicamente cuando el individuo siente que es parte integrante de la vida nacional es posible encaminarle a la cooperación en base más amplia. El autor desarrolla extensamente estas ideas, recomendando con ardor la difusión de la cultura artística e intelectual entre las masas como el instrumento mejor para dar significado racional a la labor humana y despertar en el individuo la conciencia de su propio e intrínseco valor social.—LA REDACCIÓN.

INVESTIGACIONES recientes han demostrado que en los comienzos de su historia el hombre de las obscuras, prehistóricas edades estaba dotado de gustos y aspiraciones muy superiores a las satisfacciones físicas buscadas por sus progenitores animales. Los muros de las cavernas que le servían de morada se han encontrado decorados de dibujos toscos, pero vigorosos y copiados a su modo de la vida, representando animales familiares, y cazadores armados de venablos arrojadizos persiguiendo a la presa fugitiva. Agradábale evidentemente recordar a la caída de la noche los incidentes de la caza, relatar sus proezas y cambiar impresiones con sus semejantes. Experimentando el ansia de encarnar en forma visible las emociones que le agitaban al recuerdo de vibrantes episodios de su vida, aprendió a diseñar primero, y luego a colorear estas figuras de su fantasía. Pronto descubrió la manera de forjar rudas armas e instrumentos de pedernal y de piedra; vestigios de ceremonias funerarias y sacrificios rituales indican que llegó a revestir de santidad religiosa el vínculo social, enlazando la vida de muchas generaciones sucesivas. No quiero decir que el hombre primitivo de quien nuestros periodistas del día se expresan en términos tan familiares fuera realmente un intelectual disfrazado; pero los gérmenes de intereses estéticos e intelectuales, de apreciación moral y religiosa, se manifestaron presentes y activos en la conciencia del hombre desde los principios de su advenimiento.

La vida resultó, empero, asunto grave, y la presión de las necesidades físicas hízose arrolladora. Antes de que las facultades del hombre encontraran oportunidad de manifestarse, era necesario establecer el orden social y descubrir medios seguros para garantizar el bienestar de la comunidad. Pero el mecanismo de la administración política y la labor industrial obstruyó y contrarrestó el libre funcionamiento de la inteligencia y apreciación individual, dejando sin alimento el alma mientras atendía a las necesidades del cuerpo y creando un problema que subsiste aún en nuestros días. La institución de la autoridad política y la propiedad privada creó los dos grandes instrumentos a favor de los cuales se mantenía y extendía el orden social y se proveían los medios para la subsistencia del hombre. Arraigadas en un instinto primordialmente humano y

[1]Discurso pronunciado el 23 de marzo de 1922 en la asamblea convocada por la University of North Dakota para conferencias recíprocas con la University of Manitoba.

sirviendo fines necesarios, estas dos instituciones, fortaleciéndose mutuamente, llegaron a constituir la gran fuerza conservadora de la sociedad humana. Con la tendencia instintiva de acumular los artículos que le interesaban o que mejor respondían a sus necesidades, el individuo comenzó a apreciar la conveniencia de atesorar posesiones materiales, listas para su uso exclusivo en futuras emergencias. Rindiendo homenaje inconsciente a cualidades excepcionales de autoridad y visión en determinadas personas, comprendió el hombre la ventaja común que se desprendería de una acción organizada bajo dirección eficiente, especialmente en la guerra. Descubrióse que el sometimiento de un pueblo de origen común, quizá ampliamente diseminado, a la autoridad de un solo soberano, representaba un medio nuevo de extender la esfera de cooperación social. Y la autoridad política descubrió que la propiedad privada era el medio más adecuado para definir los derechos individuales recíprocos, a la vez que para el mantenimiento de aquellos mismos derechos. Los súbditos fueron protegidos en el uso y goce de sus propiedades, las cláusulas de un contrato tuvieron fuerza de ley, y se fijó una compensación apropiada para todas las tropelías. Y la propiedad se convirtió a su turno en baluarte de la autoridad. Todos los derechos de propiedad de los súbditos estaban sujetos a gabelas pagadas al soberano. Los mandatarios no descuidaban el explotar tales ventajas, robusteciendo el poder y prestigio de la autoridad con una fortuna enorme. Compartían estas ventajas con sus oficiales y favoritos, naciendo así las clases privilegiadas.

De esta manera se produjo el tipo de organización social con que la historia nos ha familiarizado: el imperio despótico, con su jerarquía de clases y su cuidadosamente graduado sistema de derechos, en que la autoridad y la propiedad se combinan para crear el instrumento más eficaz que se haya inventado hasta el presente para la disciplina social y el esfuerzo humano conjunto. Cuando el despotismo no es contrarrestado, su inflexible lógica se extiende a todos los diferentes órdenes de la vida. Los enemigos derrotados se convierten a la esclavitud, o servidumbre, quedando bajo el dominio de sus conquistadores. En la familia, la esposa, que en tiempos primitivos gozaba algo semejante a la igualdad de derechos, es sometida a la autoridad marital, convirtiéndose ella y sus hijos en propiedad del esposo. Ahora bien—y éste es el punto que tratamos de ilustrar—en este tipo de organización social, la oportunidad para el libre ejercicio de las facultades humanas superiores, tales como el pensamiento, la inventiva y la apreciación, se brinda tan sólo al pequeño número que por azar del nacimiento pertenece a las clases privilegiadas. Los conocimientos están restringidos en su mayor parte a los pocos afortunados, exentos de la ardua lucha por la existencia en gracia del trabajo de las masas. La ciencia fué monopolizada por los sacerdotes, los nobles o los opulentos, con la rara excepción de algún hijo del pueblo que por la fuerza de su talento natural se atrajera la atención pública y se granjeara el favor del soberano. Y debe decirse que los griegos, de quien hemos derivado nuestra civilización occidental, a despecho de sus admirables hazañas en el terreno de la literatura, el arte y la filosofía, nada hicieron para ameliorar este divorcio de la cultura espiritual con los hechos de la vida ordinaria, sino que más bien tendieron a acentuarlo. En efecto, en concepto de Platón, el sublime idealista, el verdadero mundo donde la belleza, la verdad y la bondad absolutas se revelan al anhelante espíritu del hombre era una esfera ideal muy alejada de nuestro mundo de luchas y vicisitudes: esfera que solamente puede penetrar la visión amplia e intensa del filósofo recluído del trato de sus semejantes.

Es innecesario recordar a los lectores los episodios de la prolongada lucha en que el individuo moderno conquistó su libertad, salvándola de las restricciones de la herencia y de la desigualdad política. Aquella lucha, que culminó en la revolución francesa, fué política principalmente, aunque tuvo aspectos sociales y económicos. Al finalizar el siglo décimoctavo los derechos del individuo quedaron, en principio al menos, firmente establecidos. Se declaró a todos los hombres iguales ante la ley y

con el derecho individual de competir libremente por la riqueza y la felicidad en la carrera de su elección. Al parecer, el individuo humano había llegado a reconquistar la libertad que por tanto tiempo le había sido denegada por los sistemas sociales en que reinaba la jerarquía de clases; y la ansiada eflorescencia de las facultades superiores de la humanidad mediante la emancipación de la ciencia, el renacimiento del arte y un renovado sentimiento de fraternidad, parecían a punto de realizarse. Los poetas saludaban el advenimiento del milenario social, la aurora de la nueva libertad que debía iluminar el mundo.

Mas, como sabemos, estas esperanzas no se han realizado. No se consideraron frustradas, sino que, por el contrario, se engrandecieron con los primeros efectos de los inventos mecánicos que pronto habían de transformar el mundo civilizado. Aquellos mecanismos maravillosos incrementarían la producción y facilitarían a tal punto la distribución de los artículos necesarios para la subsistencia, pensaban, que las masas humanas se verían permanentemente aliviadas de la presión de las necesidades, y podrían participar ampliamente de los goces elevados de la vida. Pero el resultado ha sido muy diferente. Tampoco necesito fatigaros aquí con la relación de los cambios que, en el siglo últimamente transcurrido, produjeron lo que Gráham Wallas denomina la "gran sociedad." El primero y más importante, sin duda, es la revolución industrial que resultó de la introducción de la maquinaria y del uso de la fuerza mecánica. En seguida vienen el sistema de las fábricas, la aglomeración de población en los centros industriales, la concentración de la iniciativa y la dirección en manos de los menos, el trabajo maquinal en manos de los más. Pero de no menor importancia son los cambios sociales y políticos producidos por las modernas facilidades de comunicación y transporte, de estadísticas y publicidad. El pensamiento y el esfuerzo humanos se han organizado en medida no soñada en épocas anteriores. Grandes sistemas han sido establecidos para el manejo de las industrias y capitales, la administración del gobierno y el fomento del bienestar nacional. La organización ha colocado a disposición del hombre una serie admirablemente eficaz de factores para la orientación indirecta de las condiciones de su existencia; pero ha destruído también en gran medida aquellas relaciones de asociación personal directa que aun en tiempos de opresión política daban significación y valor a la vida humana. Los gerentes y administradores no pueden ya verificar por sí mismos ni tomar un interés personal y amistoso en la labor de sus empleados: el número es demasiado grande, la organización demasiado complicada. No puede esperarse que los propietarios sientan responsabilidad personal por su propiedad cuando esta propiedad consiste en títulos comprados en virtud de informes telegráficos respecto de su valor en el mercado de alguna bolsa lejana. Los representantes del pueblo, elegidos para los diversos ramos del gobierno, son personalmente desconocidos para la mayor parte de sus electores; el contacto se realiza únicamente por intermedio de la organización del partido y del mecanismo de la candidatura y de la elección; conocemos las opiniones de nuestros representantes autorizados mediante los discursos que pronuncian y que los diarios reproducen: discursos que nosotros no escuchamos directamente ni recibimos por escrito. Sabemos lo que ocurre a nuestro vecino de la misma cuadra (a quien no conocemos personalmente) por lo que relata el periódico de la mañana; y la línea divisoria entre la ficción y los hechos se hace muy vaga y carece de importancia cuando la información se refiere a personas que sólo viven para nosotros en los sueltos más o menos interesantes de la prensa. Como hacía observar recientemente el profesor Wóodbridge de Columbia University, una gran proporción de nosotros "vive en tiendas;" es decir, nunca nos arraigamos en barrio alguno local, ahondando en su historia y tradiciones, identificándonos con sus nuevos edificios y su prosperidad, haciendo amistades de toda la vida y amigos sinceros de sus habitantes, sino que nos movemos de acá para allá, de acuerdo con las demandas de nuestros negocios o interés profesional, siguiendo en comunicación epistolar con unos cuantos amigos, manteniendo relaciones más o menos amistosas con las personas que los

accidentes de la profesión o de los negocios arrojan en nuestro camino, y sin contacto personal alguno con la vida del resto de nuestros conciudadanos. Indudablemente estas condiciones se presentan con más intensidad en las ciudades que en las secciones rurales; pero el rápido cambio de población en secciones de establecimiento reciente, la diversidad de lenguaje y tradiciones, la falta de centros permanentes de influencia social y religiosa, tienden en gran manera a producir los mismos resultados. La conciencia social de la nación civilizada moderna se ha "enajenado de sí misma," usando la frase de Hégel citada por Royce; la organización de las funciones políticas se ha hecho tan compleja, requiriendo tantos intermediarios e instrumentos y operando necesariamente en conexión con organizaciones análogas en los ramos del comercio y finanzas, que no compromete ya el interés personal ni la devoción individual del grupo de ciudadanos en obsequio a cuyo bienestar fué creada. La guerra nos recuerda incidentalmente que formamos parte de este gran mecanismo político, el cual tiene derechos sobre nosotros. Pero las posibilidades de una verdadera asociación humana en proporción tan vasta son perturbadoras a pesar del entusiasmo que excitan, y una vez pasado el momento recaemos con una especie de alivio en nuestra habitual indiferencia.

¿Admitiremos entonces que el nuevo mecanismo, creado para mantener el orden social y proveer los elementos materiales necesarios para una vida cómoda y segura, ha despojado al individuo humano de la libertad de espíritu que un siglo atrás creía haber conquistado? Las demandas del gobierno y de la industria, ¿han forjado, acaso, nuevas cadenas para aprisionar el alma del hombre? Es indudable que la inteligencia más perspicaz y los esfuerzos más capaces se dedican de preferencia a impulsar el funcionamiento del presente mecanismo antes que a promover los elevados fines de cultura personal y social. No es posible, sin embargo, prescindir de la organización del sistema gubernativo, comercial o industrial: las imperiosas necesidades materiales de nuestras grandes poblaciones y nuestras atestadas ciudades excluyen toda posibilidad de manejarse en otra forma. La gran guerra demostró irrefutablemente hasta qué punto las sociedades modernas se hallan a merced de la industria organizada y del intercambio comercial y monetario. Debido al derrumbamiento de los sistemas establecidos de producción y distribución y a la suspensión de las relaciones comerciales y financieras internacionales, poblaciones enteras de la Europa central viéronse reducidas a tal estado de miseria que la civilización desapareció casi por completo, y retrocedieron virtualmente a la condición de salvajismo.

Pero si la cultura es lo que os interesa, dirá alguien, por cierto que las condiciones jamás han sido tan favorables para su difusión como en la sociedad civilizada de nuestros días. La educación es general, y cada año se hace más eficiente. Existe una multitud de agencias para la rápida diseminación de los conocimientos; los libros se multiplican por millares anualmente; la literatura periodística inunda el mercado, circula por todas partes, es barata y en gran medida de excelente calidad; los diarios presentan cada mañana ante nuestros ojos los importantes acontecimientos mundiales de la víspera. Y si nos volvemos al campo de la cultura moral y social, ¿cuándo ha existido sentimiento de responsabilidad social más inteligente o más agudo que al presente? Tenemos instituciones filantrópicas y de beneficencia, espaciosos y bien administrados establecimientos para el cuidado de toda clase de deficientes mentales y delincuentes. La atención al bienestar público es el acompañamiento ordinario de las empresas industriales; y *rotary clubs*[2] y ligas cívicas de beneficencia brotan continuamente por todas partes. Y en cuanto

---

[2]Clubs llamados *rotary* o ambulantes, a causa de que celebraban sus sesiones en diferentes lugares de la ciudad. Esta institución fué fundada en Chicago, en 1905 con los propósitos siguientes: mejoramiento individual de los miembros; mejoramiento de los negocios de los miembros, en sentido tanto práctico como ideal; mejoramiento general de la profesión a que se dedican los miembros; mejoramiento de las condiciones de vida de los miembros en el hogar, ciudad, estado, nación y sociedad en general. Actualmente funcionan estos clubs en mil ciudades de veinticinco países diferentes y cuentan con un personal de 80,000 socios, representando cada uno de ellos carrera o industria diversa en sus respectivas ciudades.—La Redacción.

a creaciones artísticas y a la capacidad de apreciar la verdadera belleza tanto en la naturaleza como en el arte, tenemos no solamente talentos de primer orden que se revelan en los diferentes ramos del arte, sino que, debido a la iniciativa e inventiva modernas, brindamos a la apreciación general las artísticas producciones de suprema belleza a que hasta hoy sólo tenían acceso unos cuantos afortunados.

No deseo menospreciar estos nuevos instrumentos que la civilización ha perfeccionado para avivar las facultades espirituales de la humanidad y diseminar los frutos de la cultura; como diré más tarde, allí yace en mi concepto la esperanza más halagüeña de la sociedad actual. Pero quiero acentuar el punto de que hasta ahora los hombres hacen uso de dichos instrumentos principalmente como medio de producir la riqueza, de multiplicar los goces y comodidades, de embellecer exteriormente la vida. Los conocimientos se acumulan y la información se difunde en el extranjero; pero los conocimientos se estiman generalmente como instrumento de lucro profesional y comercial. Las investigaciones científicas tienen razón de ser en la opinión pública, siempre que proporcionen nuevos recursos materiales; la educación superior merece el apoyo del estado si contribuye a formar ciudadanos más capaces económicamente. Se habla mucho de la cooperación que comienza a manifestarse entre el capital y el trabajo; pero esta cooperación no significa otra cosa, en el mayor número de casos, que una combinación para el mutuo provecho pecuniario a expensas de la gran masa del público. Una ciudad hermosa se recomienda por sí misma en el terreno de las ventajas comerciales—no quiero decir que ello no sea un argumento perfectamente legítimo en su favor—pero es una lástima que la visión sea tan limitada. La publicidad y los anuncios tienen espléndidas posibilidades de servicio en la exposición del fraude, la falsía y la intriga, así como en la creación de sólidas normas populares en cuanto al mérito y calidad de los artículos; pero habiéndose inventado para fomentar el arte de la venta y de la propaganda, su efecto es subordinar el mérito artístico y la integridad técnica al gusto popular y a la utilidad privada.

El problema aparece ahora ante nosotros. Los inventos y descubrimientos que han hecho posible una sociedad civilizada han dado al hombre poder sin precedente en la historia humana sobre las condiciones materiales y sociales de su vida. La gran guerra ha demostrado en forma inolvidable el poder que la ciencia e inventiva modernas han puesto en manos de las sociedades de la época presente cuando todos sus recursos se organizan al servicio de un propósito supremo. La cuestión palpitante del momento depende del uso que hagamos de este poder. ¿Deberá usarse para el enriquecimiento y ventaja de unos cuantos, acrecentando quizá las comodidades materiales y goces pasajeros de un gran número de individuos, o deberá usarse para estimular la expresión de las facultades más elevadas de la humanidad mediante el desarrollo de una cultura social de que todos participarían? La realización de la segunda alternativa, que envuelve la esperanza de la humanidad en el progreso social, depende, a mi parecer, de dos condiciones: primero, una nueva comprensión de la cultura en conexión con los hechos ordinarios de la vida; y segundo, el empleo de los nuevos instrumentos de comunicación y cooperación inventados por la ciencia moderna.

Es necesario, en primer lugar, comprender los conocimientos a la luz de las revelaciones de nuestra humana experiencia. A pesar del desarrollo del espíritu científico —una de las buenas cosas de nuestra época—en la mente popular asume la erudición cierto matiz profesional. La ciencia interesa especialmente a un tipo peculiar de mentalidad, el del observador o investigador que se complace en explorar toda suerte de temas obscuros y recónditos. El resultado de estas investigaciones se registra en tratados y enciclopedias que tenemos a nuestra disposición cuando necesitamos hacer uso práctico de tales conocimientos. La aplicación de la ciencia a las artes prácticas de la vida es tarea que corresponde primordialmente al inventor o al técnico; en segundo lugar y en proporción menor, es el privilegio de que se enorgullece el hombre educado. El

propósito principal de la educación—aun de la educación universitaria—es indicarnos el lugar donde podemos adquirir los conocimientos necesarios para el desempeño de nuestros deberes profesionales y el desenvolvimiento de los negocios. ¡Cuán mezquina concepción de la ciencia! Los libros no son colecciones de hechos muertos y conservados en frigorífico. Cuando encierran conocimiento real son voces vivas, capaces de transmitirnos todo aquello que posee significación perenne en la historia de la raza humana. La erudición nos inicia en la vida colectiva de la humanidad. Eleva nuestro horizonte mental, ensanchando y enriqueciendo nuestro capital de vida consciente en virtud de la asimilación de la experiencia de nuestros semejantes desde las edades remotas hasta la hora actual, experiencia de los hechos naturales en su respectivo orden objetivo, experiencia del significado personal con sus varias posibilidades de interés y satisfacción. La ciencia hace de quien la posee un ciudadano no simplemente de sus alrededores locales sino del mundo entero, no sólo de su época sino de todos los tiempos: engrandece la conciencia de sí mismo hasta incluir el universo. Cuando llegamos a concebir la ciencia en términos de viviente experiencia humana, apreciamos en todo su valor la acumulación y difusión de conocimientos que representa el sistema actual. ¡Cuán ilimitada posibilidad de cultura social significan las facilidades modernas para la publicación de libros y periódicos, nuestros diarios con su servicio telegráfico que alcanza a todos los confines de la tierra, nuestras escuelas y universidades, nuestras bibliotecas y sucursales francas al público por todas partes!

Estas brillantes posibilidades de cultura intelectual humanizada y generalizada se confirmarán si lanzamos por vía de ilustración una ojeada pasajera a los grandes ramos del conocimiento humano. ¿Qué encierra la historia? ¿De qué se compone? ¿De áridos hechos, exhumados de su tumba entre el polvoriento pasado, para ser ordenados, clasificados y aprendidos de memoria? No por cierto; se compone de los sentimientos y acciones de aquellos de nuestros semejantes que moldearon nuestra vida haciendo como es nuestro mundo social. Comprendemos a la luz de nuestra propia experiencia los sentimientos y acciones de nuestros predecesores en el gran drama humano; interpretamos sus motivos por los impulsos que brotan dentro de nuestro propio ser; su mundo por el medio natural con que nosotros hemos de contender. Y la historia del pasado da nueva significación a nuestra presente experiencia por los hechos y sufrimientos que relata; contemplamos nuestra propia vida en perspectiva modificada y ampliada, formando una etapa del desarrollo de la historia de la humanidad. Recordamos que no vivimos nuestra vida sino en razón de una herencia social por la cual se ha pagado un precio, y que nos coloca bajo la obligación de una deuda que sólo podremos cancelar mediante el desempeño de nuestros deberes hacia las generaciones venideras. No es por azar que el sentimiento creciente de responsabilidad social que acompañó la aurora del ideal humanitario haya convencido al hombre de la vital importancia que asume el estudio de la historia humana universal; ni debe considerarse dicho estudio como un mero adorno, un ornamento eminentemente deseable en la vida humana, limitándolo a los pocos que tienen acceso a la educación. Es una necesidad general, una necesidad vital, si la democracia está destinada a sobrevivir y a cumplir su misión. Profesamos la creencia en la democracia representativa que descansa en el efecto clarificador de la libre discusión y de la opinión pública ilustrada; pero adolecemos positivamente de ceguera si esperamos que el gobierno popular alcance éxito mientras la visión de la mayor parte de los ciudadanos esté limitada a sus intereses particulares y a los acontecimientos de su localidad, sin conocer otra historia que la del propio lugar, y esto en medida muy escasa. Esperamos ansiosamente, sin embargo, que la influencia de la democracia sea suficiente para eliminar las guerras y establecer relaciones internacionales sobre la base de buena voluntad y devoción recíproca entre el género humano. ¡Cuán absurdo es esperar del pueblo un juicio claro en asuntos de política extranjera cuando su perspectiva mental no se ha

ensanchado hasta incluir el punto de vista de otros pueblos de sentir diferente, y comprender el encadenamiento de fuerzas que han producido la actual situación del mundo!

Cuando se habla de ciencias naturales nos viene a la mente una agrupación de hechos que existen independientemente de las esperanzas y aspiraciones humanas: las fuerzas vastas e impersonales del universo físico. "¡Zeus ha sido destronado, y el Caos reina en su lugar!" Sin embargo, este mundo físico es nuestro mundo; las leyes de la naturaleza son la fórmula con que la inteligencia humana expresa las condiciones bajo las cuales los acontecimientos físicos nos impresionan universalmente. El edificio entero de la ciencia descansa en la validez universal que poseen nuestros lógicos y matemáticos procedimientos. Y la culminación de la ciencia natural moderna ha sido cerrar la brecha entre el hombre y la naturaleza, establecer relaciones esenciales entre el hombre y el universo físico que ahora le aparece bajo un aspecto extraño y repulsivo. La evolución presenta la vida y la inteligencia humanas como realización de las ocultas posibilidades de la materia y el mecanismo. En los movimientos de las masas estelares, en las energías latentes del átomo, existían vida y facultad de razonamiento embrionarias. ¡De la molécula al hombre; sí, de la masa giratoria de vapores incandescentes, o de la nebulosa espiral hasta el hombre! Cuando nos penetramos de estas maravillas, ¡qué tejido más grotesco parece el concepto de la ciencia natural como una colección de hechos presentados en beneficio de quienes puedan encontrarles utilidad práctica, o la tentativa de eliminar la evolución mediante un decreto legislativo!

Lamento que la escasez del tiempo no me permita sino una referencia pasajera al lenguaje y a la literatura, porque estos ramos ilustran, mejor quizá que cualquier otro estudio, la verdad que tratamos de demostrar; o sea, que la función de la ciencia, tanto como del arte, es ensanchar la visión del individuo en forma de incluir todo aquello de alta significación en la vida de la humanidad. El lenguaje es el instrumento de comunicación; en el lenguaje se encarnan y encuentran expresión las experiencias personales de generaciones humanas sucesivas, convirtiéndose así en propiedad permanente de la humanidad. Los grandes escritores son seres peculiarmente sensibles a todo lo que tiene significado perenne en la vida; ante su penetrante visión ciertos hechos, eventos y situaciones revelan significado profundo que excita su imaginación y sacude sus emociones. Poseen la facultad de traducir esta impresión en palabras adecuadas y capaces de comunicarla; y de esta manera nos es dado compartir las cosas que perciben íntimamente, experimentar momentos de visión desde la cumbre de la montaña en donde los hechos ordinarios de la vida aparecen transfigurados a la luz de su significado eterno. Citando las elocuentes frases de la Comisión británica para el estudio del inglés: "Debemos considerar la literatura no solamente como frases, no solamente como una ingeniosa serie de símbolos, una especie de superficial y superflua decoración o una serie de graciosos gestos tradicionales, sino como la expresión que de sí hacen los grandes espíritus, como documento que reaviva las impresiones espirituales, y como el instrumento que, en medio de la rutina diaria, puede hacernos percibir nuestros propios sentimientos y comunicarlos, si así lo deseamos, a nuestros semejantes." Y a este respecto no es demás rememorar que nosotros, los pueblos de habla inglesa, poseemos una fuente común de inspiración, iluminación y norma en nuestra literatura jamás sobrepasada en vigor, calidad y belleza.

Volvamos ahora a otro aspecto de la vida humana, el aspecto práctico, teniendo en cuenta al hacerlo que nuestra tesis sobre la posibilidad de asegurar a todo individuo la posibilidad de expresión de su propia personalidad bajo las complejas condiciones de la vida civilizada depende: primero, de una nueva comprensión de la cultura en el sentido de su íntima relación con los hechos ordinarios de la vida social; y segundo, del aprovechamiento del nuevo sistema de organización social e industrial para el fomento de dicha cultura. Con respecto a la ciencia juzgamos necesario hacerla descender de las nubes y sacarla del santuario de los estudios profesionales,

interpretándola en los nuevos términos de nuestra común o comunicable experiencia humana. Con respecto a la acción se requiere un tratamiento opuesto: debemos insistir en el significado personal, el valor ilustrativo, de una acción vigorosa, de labor inteligentemente dirigida. La acción ha representado hasta ahora el papel de Cenicienta entre las facultades humanas; se ha visto compelida a esclavizarse en tareas groseras, en tanto que sus facultades hermanas, el pensamiento y la apreciación estética, han gozado de libertad para figurar en la alta sociedad de los dioses. Ha sucedido así probablemente porque los fines del pensamiento y de la apreciación, a saber, la verdad y la belleza, se han juzgado de importancia universal y de valor absoluto, mientras que la acción se consideraba destinada a servir fines estrechos, utilitarios. Pero yo mantendría que la acción, desarrollada en todas sus implicaciones, comprende un campo tan vasto, de atracción tan universal como la verdad y belleza mismas; y que toda labor verdaderamente productiva es, en principio, a la par *creadora* y *cooperativa*. Es creadora porque produce un ajuste nuevo y original de las fuerzas y factores existentes con el empleo racional a que los sujeta el hombre: ajuste que significa cuando menos una extensión del dominio ejercido por la voluntad racional sobre las fuerzas de la naturaleza. Esto es evidente en casos en que los resultados de la acción se definen en la invención de alguna nueva herramienta, algún procedimiento político o hábito social que llega a ser generalmente adoptado de acuerdo con las actividades del hombre. No es cierto, empero, que cualquier clase de acción sea simplemente habitual ni imitativa. Los intereses económicos, sociales y políticos del individuo son idénticos en su mayor parte, identidad que se hace más clara a medida que se desarrolla la inteligencia. La acción que persigue estos intereses comunes tiene la facultad de asociar a los hombres en una confraternidad de esfuerzos, y de producir aquel sentimiento de compañerismo que es uno de los frutos más bellos de la cultura social. Estas posibilidades son más evidentes cuando los individuos trabajan juntos, hombro a hombro, para obtener algún resultado: el propósito común los une recíprocamente y prescribe el plan general de acción que todos siguen; pero dentro de los límites del plan común, cada cual hace uso de la iniciativa y originalidad que posee para desempeñar de la manera más eficiente la parte de labor que le ha sido confiada; y los esfuerzos que presencia o que llegan a sus oídos respecto del progreso de los demás en sus ramos respectivos le estimulan y alientan para desempeñarse personalmente lo mejor que puede. De esta manera todo individuo tiene oportunidad de ejercitar sus propias habilidades creadoras, y recibe de la labor de los otros y del adelanto de la empresa entera un alegre sentimiento de poder acrecentado, de éxito conjunto, de participación personal en la labor del mundo, en el progreso de la humanidad. Este sentimiento de trabajo concertado, semejante al que experimentan los miembros de un partido de deportes atléticos, es el que debería inspirar la labor del mundo a todos los que participan en la obra; es el que inspirará de seguro, si la cultura espiritual se pone al alcance de todos, porque temo que en el porvenir, lo mismo que en lo pasado, las necesidades de la existencia impongan a las masas humanas una inexorable rutina de trabajo diario.

En vista de las condiciones actuales, estas declaraciones os harán sonreír, considerándolas meras divagaciones teóricas. ¿Qué diremos de la maquinaria industrial y la limitación definida del trabajo en las fábricas? preguntaréis. ¿Qué campo de acción para la iniciativa individual y el impulso creador tiene el moderno obrero de fábrica, convertido en simple apéndice de un mecanismo casi automático, en esclavo del "hombre de hierro," condenado a una monótona repetición de iguales movimientos? Y, ¿qué diremos de los pequeños productores y distribuidores independientes, empeñados en rivalidad destructora a pesar de la vana conciencia de no ser sino impotentes factores de un sistema industrial y pecuniario que no pueden comprender ni orientar? Y, ¿qué de los millares y millares, los millones, de mujeres que se afanan trabajosamente en la eterna rutina de cocinar y limpiar y lavar y remendar, desmoralizadas por el cansancio perpetuo,

descorazonadas por el aspecto sórdido y servil que su labor llega a adquirir ante sus mismos ojos? Pues bien; muchas cosas podrían decirse sobre esta materia, mucho más de lo que es posible decir en este momento. Despejará un poco la atmósfera el admitir francamente, ante todo, que los sistemas actuales económico y político necesitan modificarse en gran manera para permitir cooperación más eficaz de parte del obrero y del ciudadano individualmente, si la obra de producción económica y administración social ha de llegar alguna vez a convertirse en instrumento de cultura social. Hasta dónde podemos avanzar en el sentido de conceder a las masas de obreros ciudadanos participación en el manejo de las industrias y en el gobierno, dentro de los límites de producción eficiente y administración eficaz, sólo el tiempo, el tiempo requerido para un cuidadoso experimento, lo podrá demostrar. Posiblemente nos confronta aquí un antagonismo básico, un conflicto no del todo remediable en las condiciones de la existencia humana, entre la necesidad de seguridad física y medios materiales de subsistencia que experimenta el hombre por un lado, y sus aspiraciones hacia la libre expresión de su individualidad por el otro. Pero una fácil aquiescencia sería un error fatal; la sociedad humana debe aceptar el reto y no confesarse vencida ni siquiera parcialmente hasta no haber agotado el último recurso.

Por otra parte, en la presente situación hay elementos favorables que deben observarse cuidadosamente y aprovecharse hasta donde sea posible. En primer lugar, en cuanto se refiere a procedimientos y organización la industria moderna se ha hecho absolutamente cooperativa. Antes trabajaban los hombres independientemente para alimentar a sus familias; ahora trabajan unidos para abastecer al mundo. En sentido económico, los miembros de la sociedad moderna dependen recíprocamente unos de otros; son partes de un complejo sistema que extiende sus ramificaciones a todas las funciones de su vida y su labor; están compelidos a sostenerse o a caer juntos, porque no puede sobrevenir el desastre para una de las partes sin afectar a todas las demás. Los modernos inventos técnicos han producido el mecanismo de la cooperación; corresponde a los modernos inventos sociales descubrir el medio de infiltrar en el mecanismo industrial el sentimiento y el espíritu de cooperación. Si los hombres están obligados a trabajar juntos, es necesario encontrar la manera de comprender el valor social de esta asociación física. La cooperación en el procedimiento debe convertirse así en escabel para alcanzar la cooperación entre los individuos. Ahora bien; la educación puede hacer mucho para producir tal resultado. Gran parte del desasosiego actual y el antagonismo de partido en el campo de la industria se debe a simple ignorancia. No responde a las demandas de la situación presente el procurar al obrero individual una educación rudimentaria de las cuatro reglas y escasa enseñanza técnica en algún ramo especial. Si ha de obtener las satisfacciones que tiene derecho a esperar de su labor, necesita poseer alguna inteligencia del sistema económico-social de que forma parte. Necesita poseer algún conocimiento organizado de ciencias políticas, económicas y sociales, conocimiento que le ilustre acerca de las funciones de la industria que sirve, del gran sistema de industrias que sostienen la vida social civilizada; que le permita comprender inteligentemente sus procesos esenciales, haciéndole capaz de establecer la relación entre sus tal vez sencillas tareas y el funcionamiento del mecanismo entero, y recibir de su trabajo, una vez percibida su necesidad e importancia, la satisfacción que se origina en la convicción de servir en forma eficaz los intereses esenciales de su comunidad. El que un hombre se desprecie a sí mismo como simple jornalero asalariado, inerte víctima de una inexorable maquinaria que forja utilidades para unos cuantos individuos despiadados, o se respete a sí mismo como ciudadano útil a su comunidad mediante el desempeño eficiente de una labor honrada, no depende del todo de la cantidad a que ascienda el cheque por su salario; depende tanto o más quizá de la amplitud y claridad de su visión mental.

La educación pública es función que corresponde al estado, y el mencionarla nos hace recordar que existe cooperación cívica del mismo modo que existe cooperación en

el trabajo. Hay algunos, indudablemente, que quisieran borrar esta distinción. Afirman que la base actual de cooperación en la democracia representativa—comunidad de residencia en las ciudades, el campo, el estado y el territorio nacional—es ficticia e irreal, y que la única base sólida y eficaz de cooperación en el gobierno tanto como en la industria es la comunidad de trabajo con la similitud de intereses que engendra; de allí el propósito radical de suplantar la democracia representativa con una república de obreros gobernada por representantes de las industrias principales. Es posible que el sindicalismo haya muerto en Francia, el lugar de su nacimiento; pero vive todavía como idea dominante de la propaganda revolucionaria en todos los confines del mundo. Ahora bien; lejos de mí el sugerir que el mecanismo del gobierno democrático no pueda perfeccionarse con la adición de representantes industriales a los regionales. Pero es perfectamente claro, imagino, que los intereses del trabajo son en sí mismos estrechos, exclusivos y divisorios, y si no estuvieran regulados por un comprensivo interés público, destrozarían la democracia en un caos de luchas de partido. La necesidad del momento es fortalecer el interés público en forma de contrarrestar el creciente poder de los grupos económicos. No quiero decir con esto que la gran masa de ciudadanos que no están directamente aliados con uno u otro partido en la arena industrial deba hacer causa común en defensa propia (aunque tal acción pueda ser justificada en alguna emergencia pasajera), sino que es necesario desarrollar el interés y la responsabilidad públicos a la par que el interés legítimo que a fuer de obreros sentimos en el desempeño de nuestras diversas ocupaciones. El interés común que une a los ciudadanos en la administración de la sociedad de la cual son miembros es, después de todo, un vínculo comprensivo; sólo mediante su influencia podemos apreciar el alcance e importancia de nuestra labor en relación con la economía social. Únicamente cuando el individuo siente que es parte integrante de la vida nacional es posible encaminarlo a la cooperación en base más amplia. El ideal nacional debe definirse en términos de una norma de vida suficientemente comprensiva y humana para incluir los diversos elementos del cuerpo político. Y es necesario aprovechar de las modernas facilidades de comunicación, publicidad y organización para hacer vital y eficaz la cooperación entre todos los diversos elementos, primeramente en las comunidades locales y en seguida en las grandes unidades regionales. Se ha iniciado algo en este sentido, según creo, reviviendo la discusión pública de asuntos de interés general en los centros locales; las reuniones semanales o mensuales celebradas en las escuelas de barrio durante los meses de invierno están haciéndose rápidamente una costumbre cada vez más difundida, y señalan la orientación que deberá tomar el futuro desarrollo de la educación pública.

Limitaciones del momento presente me impiden tratar como quisiera del tercer ramo de cultura: la expansión personal de nuestras facultades emocionales en el goce de la belleza. Me contentaré con señalar primero el carácter real de toda apreciación estética, y en seguida llamaré vuestra atención hacia ciertas características de la situación que justifican la esperanza de que el gran recurso de la cultura humana se haga socialmente accesible en medida capaz de sobrepasar los sueños más entusiastas. Cuando admiramos alguna obra hermosa en la naturaleza o en el arte, una puesta de sol, un cuadro, una composición musical, aquel objeto, en virtud de su forma sensible, nos revela un significado que a pesar de carecer de expresión articulada asume una significación humana universal que deseamos compartir con los demás. En compañía de otros gozamos las bellezas de la naturaleza y el arte, penetrándonos de un sentimiento más profundo del significado de la vida humana imposible de traducirse en palabras, pero que, experimentado en conjunto, crea un lazo de inteligente simpatía entre los individuos. El gran artista posee la facultad de expresar a través de sus obras sus sentimientos íntimos impregnados del hondo significado de la vida, que encarna así en forma perdurable para goce general y simpática apreciación de la colectividad. Las oportunidades para cultura estética de esta índole han estado, sin embargo, estrictamente limitadas en pasadas etapas de la historia social, primero, por la

relativa inaccesibilidad del arte verdaderamente elevado y de la belleza natural; y segundo, por el desconocimiento de que el goce general de la belleza constituye una necesidad moral en la vida del hombre. Ahora ambos inconvenientes están en vías de obviarse. El mecanismo moderno de la organización social está poniendo al alcance de la masa del público múltiples y valiosas producciones de arte y presentando a la admiración general las bellezas de la naturaleza: museos, galerías y centros artísticos brotan por todas partes; colecciones de viajes se remiten a diferentes puntos de la nación; parques y campos de juego se edifican para solaz del público. Y los métodos mecánicos modernos para la reproducción del arte, la fotografía y la imprenta, copias meritorias a pesar de sus limitaciones, representan instrumentos de posibilidades inapreciables para acrecentar la proporción de experiencia social mediante la cultura estética. No menos importantes respecto del valor moral y social de la apreciación estética son los maravillosos hechos que la psicología y la biología han puesto recientemente de relieve. Hemos aprendido que los seres humanos somos un compuesto de tendencias instintivas de origen animal: tendencias que nos hacen aptos para la vida simple de la naturaleza, para buscar alimento y consorcio, experimentar solicitud por la especie y rechazar a los intrusos. Las condiciones de la vida civilizada restringen la expresión natural de estas tendencias: restricción que origina un estado de tensión; los instintos conscientemente subordinados se conservan latentes y activos bajo el nivel de la inteligencia consciente, revelando su existencia en aberraciones de conducta desastrosas para el individuo y ofensivas para la sociedad. El problema tanto social como moral que necesitamos solucionar es el de dar salida y expresión a aquellos de esos instintos fundamentales que no afecten ni destruyan el orden y los propósitos de la vida civilizada. En muchos casos sería posible realizarlo procurando al estímulo y reacciones naturales un objetivo que ofreciera igual satisfacción, siendo al mismo tiempo de utilidad social. Ahora bien; mediante el goce de la belleza, que por sí mismo constituye un solaz, y mediante distracciones y entretenimientos que estimulen la sensibilidad estética, estas tendencias primitivas, el instinto sexual, el instinto pugnaz, la inclinación instintiva hacia la aventura y expresión del propio ser, se refinan; esto es, sus energías espontáneas sirven para dar colorido y vitalidad en sus fines a la conciencia social. Indudablemente es tiempo de que la sociedad humana perciba las posibilidades benéficas y nocivas que presentan los modernos métodos de recreación y entretenimiento. Abandonados estos medios a la explotación comercial, pueden estimular apetitos y desencadenar pasiones que, si no se refrenan, concluirían por desorganizar el orden social; mientras que bajo una regulación social autorizada y competente podrían llegar a constituir uno de los factores más poderosos al alcance del hombre para la organización de la sociedad.

Diremos en conclusión que el anhelo de libre expresión humana en los diferentes órdenes de la vida ha inspirado la orientación entera del progreso social, anhelo cuyo significado sólo vagamente ha percibido el hombre. Libertóse primeramente el ser humano de las necesidades físicas y del desorden social; pero sólo obtuvo esta libertad a expensas de un sometimiento político, social y económico que limitaba su iniciativa y actividad como individuo. El segundo paso libertó al individuo de las restricciones y desventajas de la sujeción política y la inferioridad social, estableciendo su igualdad política y su derecho para competir libremente con los demás en la obtención de los bienes de la vida. Pero los descubrimientos e inventos de la época moderna han creado un vasto, complejo y eslabonado sistema de organización social y producción económica que, si bien absorbe las energías individuales, ofrece al hombre poca o ninguna oportunidad para desarrollar sus dotes personales en el ejercicio mental, en una labor constructiva, en el libre compañerismo, en la comunidad de facultades imaginativas. De allí que comencemos a despertar a la necesidad de iniciar una tercera etapa en que el hombre se sirva de este sistema mismo que ahora amenaza destruir su personalidad espiritual a fin de obtener la libertad de expresión propia social. Esto

significa que los modernos instrumentos de comunicación y publicidad deben emplearse para presentar ante el criterio individual, cada vez más ilustrado, las opiniones de otros hombres y otros pueblos y el resultado general de la experiencia humana; que el sistema industrial debe organizarse de manera que infunda a sus miembros un sentimiento de cooperación personal en las grandes tareas de la vida humana y el progreso social; que los métodos recientemente perfeccionados para recrear por medio de la película, la música y la literatura popular deben utilizarse para educar la imaginación y elevar los sentimientos, promoviendo una apreciación comprensiva de las tragedias y los triunfos que constituyen la suerte común de la humanidad. De tal manera adquirirá significación racional la labor humana, antes inspirada por el anhelo instintivo y la necesidad natural, convirtiéndose en instrumento de la cultura personal y de la conciencia social del individuo.



Franklin Simon & Co.

Una Tienda de Secciones Chic

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., New York



PEINADORES DE ENCAJE DE COLOR

Para Señoras

y

Señoritas

212—PEINADOR DE ENCAJE DE SEDA DE COLOR y forro de gasa; azul, rosa, orquídea.

29.50

Nuestros intérpretes están perfectamente familiarizados con los gustos y las necesidades de las damas de habla española y prestarán atención especial a todos los pedidos que serán embarcados prontamente.

Se invita cordialmente a las personas que vengan a Nueva York a visitar nuestro establecimiento donde serán recibidas por intérpretes y compradores expertos.

FRANKLIN SIMON & CO.
NO TIENEN SUCURSALES



A CUALQUIER HORA Y EN CUALQUIER PARTE,

en la oficina o en el hogar, la CORONA está siempre lista para prestar útil y eficaz servicio.

Con ella pueden escribirse las cartas comerciales en la oficina, la correspondencia privada en el hogar, y las anotaciones, pedidos y demás documentos cuando se viaja, pues la CORONA, siendo portátil, puede llevarse a todas partes.

Apenas pesa 3 kilos. Es plegadiza y cabe dentro de un estuche de 28.58 x 25.4 x 12.07 cm. Es fuerte y eficaz, y con ella pueden sacarse cuantas copias de carbón se desee, estarcir, y escribir a dos tintas, lo mismo que con las máquinas corrientes de mayor tamaño.

La CORONA es como un hábil secretario privado.

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

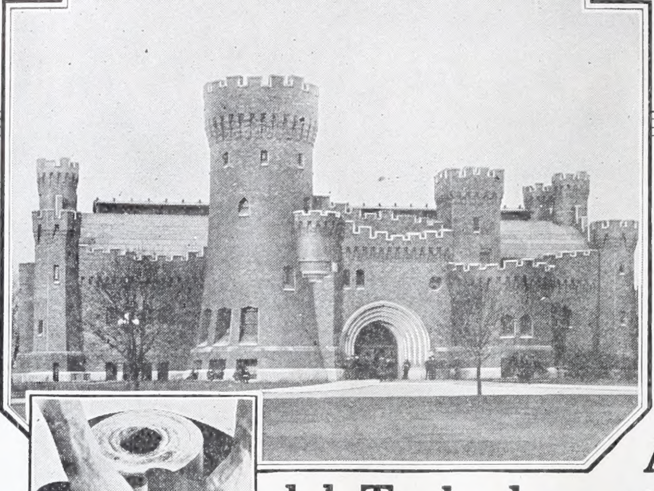
Fabricada por la

CORONA TYPEWRITER COMPANY, INC.

GROTON, N.Y., E. U. A.

Agentes exclusivos en el exterior:

ARGENTINA: Compañía La Camona, Buenos Aires. **BOLIVIA:** E. Bolloten Co., La Paz. **BRASIL:** Casa Pratt, Río de Janeiro. **CHILE:** Lemare & Co., Valparaíso. Curphey y Cía., Santiago y Valparaíso. **CUBA:** H. E. Swan, Habana. **ECUADOR:** Enrique Maulme, Guayaquil. **MEXICO:** F. Armida y Cía., México, Distrito Federal. **PANAMA:** Alberto Lindo, Ancón, Canal Zone. **PERU:** Lemare & Co., Lima. **PUERTO RICO:** Stebbins & Co., San Juan. **SALVADOR:** E. E. Huber, San Salvador. **SANTO DOMINGO:** M. de Costa Gómez, Puerto Plata. M. de Moya Hijo & Co., Sánchez. **VENEZUELA:** Bazar Americano, Caracas.



Techado de Amianto
Johns-Manville

Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al palacio—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

JOHNS-MANVILLE
Incorporated

Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.

REPRESENTANTES ESPECIALES

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

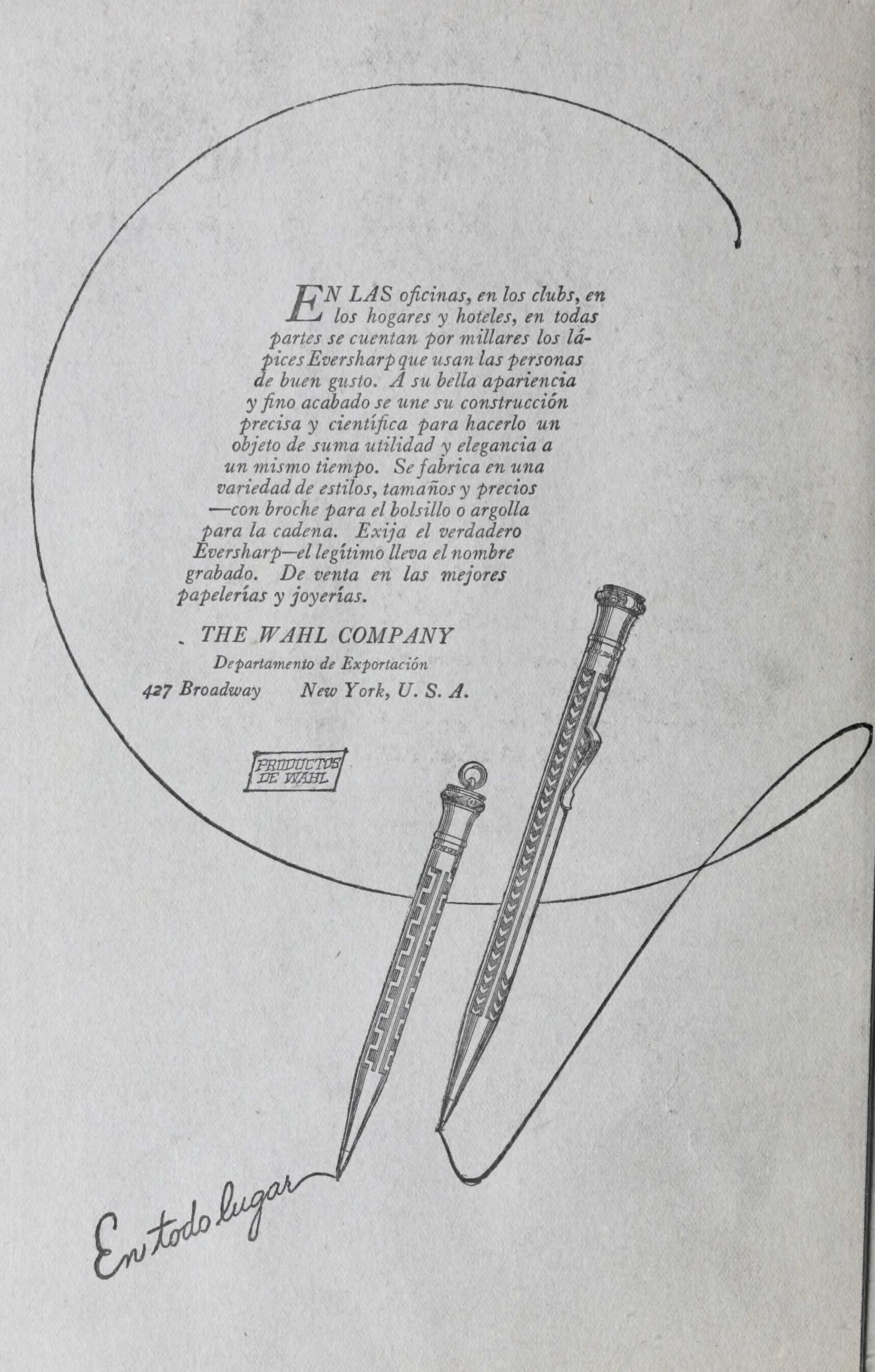
MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541



Johns-Manville
Productos de
Amianto
y sus Aliados

AISLADORES
par mantener el calor en su lugar apropiado
CEMENTOS
para impermeabilizar las paredes de hornos
TECHADOS
para disminuir los riesgos de incendios
EMPAQUETADURAS
para impedir pérdidas de fuerza
FORROS PARA FRENOS
para rendirlos seguros
PRODUCTOS PARA PREVENIR INCENDIOS

JOHNS-MANVILLE
Techados de Amianto


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar